# EL HOMBRE QUE NO ERA NADIE

**Edgar Wallace**

## UNA CARTA MISTERIOSA

BIEN, ¡ya le has cazado! ¿Que piensas de él? Los labios delgados de Augusto Javot esbozaron una cínica sonrisa, mientras contemplaba el espectáculo. La confusión reinaba en el pequeño gabinete; los muebles habían sido arrimados a las paredes, a fin de dejar a los bailarines un poco más de espacio. La mano de un borracho había arrancado un aplique eléctrico de un tabique, y un gran jarrón de lilas blancas había sido roto y arrojado al suelo, donde yacía, formando un montón de trozos de china y flores deshojadas. En un rincón de la estancia lanzaba sus notas mecánicas una pianos, y media docena de parejas se movían al compás de un paso-doble, dando pasos vacilantes entre una babel de risas y chillidos histéricos.

La hermosa muchacha que estaba al lado de Augusto Javot paseó la mirada por la habitación; y detuvo los ojos en un joven enrojecido, que en aquel momento trataba de sostenerse en el aire con las manos apoyadas en la pared, animado por los ensordecedores gritos de otro, que parecía algo más sereno que el acróbata improvisado.

Alma Trebizond levantó ligerísimamente las cejas; y se volvió para mirar a Javot.

—No se puede escoger—dijo con aire de satisfacción—, ¿no le parece? Pero es un baronet del Reino Unido y tiene una renta de cuarenta mil libras al año.

—Y el collar de diamantes de los Tynewood —murmuró Javot—. Será una cosa original verte con cien mil libras en diamantes alrededor de tu lindo cuello, querida.

La muchacha lanzó un largo suspiro, como persona que se ha atrevido a mucho y que ha alcanzado más de lo que esperaba.

—Todo ha ido mejor de lo que yo creía—dijo, y añadió—: He puesto un anuncio en los periódicos.

Javot la miró fijamente. Era un hombre de rostro delgado, anguloso, algo calvo. Sus ojos parecían los de un halcón, cuando se volvió hacia la joven para observarla con seriedad.

— ¿Has dado parte a los periódicos?—repitió, con lentitud—. ¡Creo que estás loca, Alma!

— ¿Por qué?—preguntó ella, en son de desafío—. No tengo nada de que avergonzarme... Yo valgo tanto como él. Además, no es cosa muy rara que una actriz de mis méritos se case con un par.

—No se trata de que sea par—replicó Javot—. Ese es otro asunto. El te pidió, particularmente, que mantuvieses secreto el matrimonio.

— ¿Y por qué lo iba a hacer yo?—preguntó ella.

Un ligero brillo asomó a los ojos de Javot.

—Por muchas razones—repuso, intencionadamente—, y yo podría darte alguna si hiciera falta. No mandarás ese anuncio, Alma.

—Lo he mandado ya.

Javot hizo un gesto de impaciencia.

—Mal empiezas—dijo—. Sir James Tynewood no estaba borracho cuando te pidió que quedara el matrimonio secreto durante un año. Estaba muy sereno, Alma; y tenía motivos, créelo.

Encogiéndose de hombros con indiferencia, Alma se separó de él; y se dirigió al joven de los equilibrios, que ahora estaba en pie y sosteniendo con una mano vacilante una copa de champaña que su compañero intentaba llenar, con resultados desastrosos para la alfombra de Alma.

—Te necesito, Jimmie—dijo ella; y cogió al joven por un brazo.

El la miró, sonriendo.

—Espera un minuto, querida—repuso, con voz oscura—•. Precisamente, ahora voy a tomar otra copita con el viejo Mark.

—Tienes que venir conmigo—insistió ella.

El joven, sin dejar de sonreír, dejo caer al suelo la copa, que se hizo mil pedazos.

—Se ve que me he casado, ¿eh?—exclamó—. Hay que obedecer a la esposa, ¿verdad?

La muchacha le condujo al lado de Javot.

—Jimmie—dijo bruscamente—, he enviado a los periódicos el anuncio de nuestra boda.

Jimmie la miró con torpe asombro; y frunció las cejas.

—Di eso otra vez—exclamó.

—He enviado la noticia de que Alma Trebizond, la eminente actriz, ha contraído matrimonio con sir James Tynewood, de Tynewood Chase—dijo ella, fríamente—. No quiero guardar secreto nada de este asunto. ¿Es que te avergüenzas de mí?

El había soltado el brazo de Alma; y sin dejar de fruncir las cejas, se pasó las manos por los cabellos, haciendo un esfuerzo para meditar.

—Te dije que no lo hicieses—exclamó, con repentina violencia—. ¡Maldita sea! ¿No te dije que no lo hicieras Alma?

Y de pronto, cambiando de actitud, echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—Esto es lo más gracioso que he oído nunca —murmuró, enjugándose las lágrimas que se le saltaban, de risa—. Vamos a beber, Javot.

Pero Augusto Javot negó con la cabeza.

—No, gracias, sir James—contestó—. Si siguiera usted mi consejo...

— ¡Bah!—exclamó el otro—. Estos días no quiero seguir consejos de nadie. Ya tengo a Alma, y

eso es todo lo que me importa, ¿no es verdad, querida?

Javot le vio alejarse y cruzar la habitación, y movió la cabeza.

— ¿Qué dirán sus parientes?—preguntó, en voz baja.

La joven se volvió hacia él.

— ¿Importa algo lo que digan?—replicó—. Además, no tiene más parientes que un hermano menor que está en América, que, por otra parte, es solo hermanastro. ¿Por qué estás tan pesimista esta noche, Javot?—dijo, irritada—. Me atacas los nervios.

Javot no contestó; con la cabeza apoyada en el sofá vio cómo la joven se reunía con su marido; y se preguntó en qué terminaría aquella aventura. La diversión estaba en todo su apogeo cuando surgió un incidente.

El piso de Alma estaba en una elegante manzana que daba al parque; y la aparición de una doncella en el umbral de la puerta no quería decir a Javot sino que uno de los inquilinos del piso inferior se había quejado del ruido. Eran las interrupciones de costumbre en las reuniones de casa de Alma.

Esta vez, sin embargo, el recado de la criada era importante, porque Alma impuso silencio a la gente; y se oyó la voz de sir James preguntar:

— ¿Para mí?

—Sí, señor—dijo la doncella—; quieren verle.

— ¿Quién es?—preguntó Alma.

—Una joven, milady—repuso la criada, que no estaba acostumbrada a dirigirse a Alma de este modo, nuevo hasta entonces.

Alma se echó a reír.

— ¿Otra de tus conquistas, Jimmie?—preguntó, y James Tynewood sonrió, halagado, porque la vanidad no era el menor de sus vicios.

—Tráela aquí—dijo en voz alta; pero la doncella vaciló—. Tráela—gritó Tynewood, y la criada desapareció.

Volvió al poco rato seguida de una muchacha. Al verla, los ojos de Javot brillaron.

"Muy linda", pensó. Y ciertamente lo era.

La recién llegada miró a los reunidos. Indudablemente, no se sentía a gusto en aquella compañía.

— ¿Sir James Tynewood?—preguntó, con una voz suave.

—Yo soy.

—Tengo una carta para usted.

— ¿Para mí?—repitió el otro, lentamente—. ¿De dónde diablos viene usted?

—De la casa Vanee & Vanee—dijo la joven, y el rostro de sir James se contrajo.

— ¡Oh! ¿De veras?—exclamó, con voz ronca.

Javot creyó notar en su voz algo de miedo.

—No sé para qué Vanee querrá molestarme a estas horas.

Cogió de mala gana la carta de la joven y le dio vueltas en la mano.

—Ábrela, Jimmie—dijo Alma, impaciente—. Esta muchacha no puede estar esperando.

Un muchacho delgado, de pelo rojo, se adelantó, y antes que la recién llegada se pudiera dar cuenta la había cogido por la cintura.

—Esta es la pareja que yo buscaba—exclamó, riendo—. ¡Dale marcha al piano, Billy!

La joven trató de librarse, pero tuvo que andar a compás de la música, sin ver en los rostros de los allí reunidos más que miradas de aprobación.

— ¡Déjeme marchar!—gritó—. ¡Oh, déjeme marchar! No debe usted...

— ¡Baila, chica, baila!—exclamó el joven; y, de pronto, sintió que le cogían por una muñeca. —Haz el favor de soltar a la señorita, Molton. Era Augusto Javot.

—Tú métete en tus asuntos—repuso el otro, enfadado, pero sonriendo.

Javot libertó a la muchacha.

—Perdone usted—murmuró, sin preocuparse de su interlocutor.

James Tynewood abrió la carta; y Javot se interesó demasiado examinando su rostro para preocuparse de las confusas amenazas que sonaron a su espalda. Vio a Tynewood pestañear y leer el breve despacho. De repente, el baronet perdió el color y su labio inferior tembló.

— ¿Qué pasa?—preguntó Alma, al observar también aquellos signos.

Lentamente, el joven arrugó la carta; y una expresión de enfado asomó a su rostro.

— ¡Maldita sea, ha vuelto!—exclamó, con voz sorda.

— ¿Quién ha vuelto?

Tynewood no contestó, de momento.

— ¡El hombre a quien más odio en el mundo! —exclamó, por fin, guardándose la carta en el bolsillo.

Volvió la vista hacia la joven.

— ¿Hay contestación?—preguntó ella, tímidamente, aún pálida y temblorosa.

—Puede usted decirle a Vanee que se vaya al diablo—replicó sir James Tynewood—. ¡A ver, uno de vosotros, dadme coñac!

## 2

## EL HOMBRE DE PRETORIA

Marjorie Stedman, secretaria particular de la casa Vanee & Vanee, salió de la casa del parque, feliz por sentir de nuevo en el rostro el fresco aire de una noche de primavera. ¡De modo que aquel era sir James Tynewood! Hasta entonces, solo había sido para ella un nombre escrito en una de las cajas

negras que había en el despacho de su principal.

¡Sir James Tynewood! Poseer un título antiguo y honroso, que recordaba la caballerosidad de los tiempos pasados..., y ser un borracho, un idiota, un ser vulgar, completamente a tono con los que le rodeaban.

Se estremeció al recordar la escena.

Llegó a la oficina de Bloomsbury cuando todos los empleados se habían ido. Míster Vanee, un hombre de pelo gris, la aguardaba en su despacho, y la miró con curiosidad cuando entró.

—Bien, miss Stedman, ¿entregó usted mi carta? —preguntó.

—Sí, míster Vanee—contestó ella,

— ¿A sir James Tynewood?

La joven asintió. El abogado la miró, con más fijeza aún.

— ¿Qué le pasa? Está usted algo pálida. ¿Ha ocurrido algo?

Ella negó con la cabeza.

—He tenido una aventura desagradable—dijo, y contó lo que había sucedido.

El abogado se mordió los labios con disgusto.

—Lo siento. No creí que la recibieran así; de figurármelo, hubiera ido yo—dijo—. Ya comprenderá usted, miss Stedman, que no podía enviar a un empleado.

—Comprendo que se trataba de un mensaje confidencial—afirmó ella.

No añadió que, realmente, se había preguntado por qué no había ido otro a entregar la carta; pero como si Vanee leyera sus pensamientos, exclamó:

—Algún día sabrá por qué la he hecho que vaya a ver a... sir James Tynewood-. Le estoy agradecido. Supongo que sir James no le daría ninguna contestación.

Ella vaciló.

—Me dio una que no quisiera repetir, porque no fue muy halagadora para usted, míster Vanee—dijo sonriendo.

El abogado asintió.

—Mal asunto es este—afirmó después de una pausa—. ¿Está usted segura que sir James no dijo nada más?

—A mí, no—replicó la muchacha—. Dijo...—volvió a titubear—. Una señora le preguntó qué decía la carta; y él contestó que el hombre a quien más odiaba había vuelto.

— ¡El hombre a quien más» odiaba!—repitió el abogado, sonriendo tristemente.

Luego se levantó, encogiéndose de hombros.

—Mal asunto—dijo de nuevo, cogiendo su abrigo, que estaba colgado de una percha, en la pared; y cambió de tema—. ¿De modo que nos deja usted a fines de esta semana?

—Sí, míster Vanee, siento tener que irme. He sido muy feliz aquí.

—Desde un punto de vista egoísta, yo también lo siento—dijo el abogado, luchando con su abrigo pero me alegro por usted. ¿Encontró su tío la mina de oro que andaba buscando?

La joven sonrió.

—No; pero ha hecho bastante dinero en Sudáfrica, y se está portando muy bien con mamá y conmigo. Usted no conocía al tío Salomón, ¿verdad?

—Le encontré hace veinte años—dijo el abogado—. Su padre le trajo a la oficina un día, y me pareció que era todo un carácter.

Fue hacia la puerta y se detuvo, como si esperara a que saliese la joven.

— ¿Va usted a seguir trabajando?—dijo sorprendido al ver que ella no hacía ademán de seguirle.

Marjorie sonrió.

—Tengo que pasar a máquina la demanda de James Vellón—contestó. Míster Vanee lanzó una exclamación de impaciencia.

— ¡Qué tonto soy! Es verdad, no debía haberla hecho a usted salir. Pero ¿no será lo mismo mañana?—preguntó sin sinceridad, porque sabía que aquello había que terminarlo cuanto antes.

La joven movió la cabeza con aire risueño.

—No me importa quedarme un poco más, míster Vanee—contestó—. Esta noche no tengo nada que hacer. La demanda solo me llevará dos horas, y prefiero que sea ahora que no por la mañana temprano.

—Muy bien—dijo míster Vanee—. Buenas noches, miss Stedman. Tengo el tiempo justo para tomar el tren de Brighton. La llamaré por la mañana, para que me diga usted si hay noticias de importancia.

Al quedarse sola entró la joven en el cuartito que daba al despacho del abogado, y a los pocos minutos, la máquina de escribir sonaba rápidamente, conforme Marjorie se esforzaba en terminar el trabajo retrasado. .

Había llegado ya al cuarto folio de una demanda larga y monótona, cuando creyó oír un golpe en la puerta de la habitación de fuera, y se detuvo para prestar atención. El golpe se repitió, y la joven se levantó, preguntándose qué cliente inoportuno llegaría a aquella hora de la noche.

Abrió la puerta creyendo que iba a encontrarse con un chico de Teléfonos; y se quedó sorprendida al ver a un hombre delante de ella. Era un sujeto alto, vestido con un raído traje gris; y Marjorie hizo ese gesto extraño e incongruente del que ve por primera vez a un desconocido que no llevaba cuello ni corbata. Una camisa blanca abierta, un sombrero usado echado hacia atrás completaban su atavío. El rostro atrayente del recién llegado era de un color caoba oscura; y dos ojos grises y observadores contemplaron a la joven.

— ¿Está míster Vanee?—preguntó una voz seca, aunque Marjorie notó que el desconocido se había quitado el sombrero para hablarle.

—No; míster Vanee se fue hace diez minutos—repuso la joven.

El recién llegado se humedeció los labios.

— ¿Sabe usted dónde podré encontrarle?—preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—En otras circunstancias, hubiera podido decírselo—repuso sonriendo—, aunque no es costumbre dar a los visitantes la dirección particular de míster Vanee. Pero esta noche ha ido a Brighton a pasar con un amigo el fin de semana, y no nos ha dejado las señas.

Marjorie vaciló:

— ¿Querría usted darme su nombre?—preguntó, y el otro titubeó.

— ¿Hablará usted pronto con él?

Ella asintió.

—Me llamará por teléfono mañana por la mañana para ver si ha ocurrido algo de interés—dijo—. Le puedo dar entonces su nombre.

El otro seguía en el pasillo aún; y comprendiendo que aquel hombre, a pesar de su facha, podía ser un cliente de importancia, ella abrió por completo la puerta.

— ¿No quiere usted pasar y sentarse un momento?—dijo—. Si necesita enviar un recado a míster Vanee...

El hombre entró pausadamente en la habitación, y se detuvo un momento mirando la silla que la joven le había llevado.

—No, no escribiré—afirmó, al cabo de un minuto de silencio—. Pero ¿quiere usted decirle, cuando llame mañana, que míster Smith ha llegado de Pretoria?

Hablaba con mucho énfasis y calma.

—No se le olvide... míster Smith, de Pretoria. Dígale que necesito comunicarme con él en seguida.

—Míster Smith, de Pretoria...—repitió ella, escribiendo el nombre en una hoja de papel, y preguntándose si tendría mucha importancia aquel Smith, de Pretoria.

Marjorie tenía la vaga sensación de que, aunque el visitante la miraba fijamente, no la veía en realidad. La arruga de su frente demostraba de un modo palpable su preocupación.

Por fin, él se sentó ante el escritorio.

—Escribiré- una nota—dijo—. ¿Puede usted darme papel y pluma?

—Los hay encima de la mesa—repuso ella echándose a reír; y el rostro bronceado del hombre se tino de un rojo oscuro.

—Perdone—murmuró, en son de disculpa—, pero estoy que no veo nada.

Marjorie se fue al otro extremo de la habitación para que él no pensara que estaba mirando lo que escribía; pero el visitante parecía encontrar cierta dificultad en trasladar al papel sus pensamientos. Estuvo quieto durante cinco minutos, mordiscando la punta del palillero.

—No, no escribiré—dijo, y dejó la pluma mientras se ponía en pie—. Diga a míster Vanee que Smith, de Pretoria, ha venido. Creo que con eso bastará. Ya sabe él dónde encontrarme.

Entonces sonaron pasos en el corredor, el pestillo de la puerta dio una vuelta, y esta se abrió. El nuevo visitante tenía, por lo visto, demasiada prisa para llamar.

—¿Dónde está Vanee?—preguntó al entrar. Era sir James Tynewood, algo descompuesto y con el rostro enrojecido.

—Míster Vanee se ha ido—repuso la muchacha; pero sir James no contestó. Estaba mirando al desastrado viajero de Pretoria.

—¡Dios mío!—exclamó, con voz trémula—. ¡Tú..., Jot!

Se quedaron mirando el uno al otro: el joven baronet medio borracho, y el hombre de Pretoria, cuyo rostro parecía una máscara por lo impasible. La pausa que siguió fue angustiosa para la joven. Adivinaba que allí había una tragedia; y su rápida intuición la colocó al momento de parte del viajero de Sudáfrica.

—¿Conoce usted a sir James Tynewood?—balbució Marjorie.

Lentamente, Smith volvió la cabeza hacia ella y enseñó los dientes sonriendo.

—Le conozco muy bien—repuso, y dirigiéndose al otro añadió torvamente—: Mañana me encontrarás en Chase, sir James Tynewood.

El joven baronet quedó temblando, con el rostro blanco como el papel y la cabeza baja.

—Mañana te veré—murmuró con voz ronca, y salió de la habitación.

## 3

## DEUDAS SORPRENDENTES

—Estoy segura de que algo te ha pasado, querida. Nunca has estado tan agria conmigo como ahora—gimió mistress Stedman.

Su actitud era siempre de queja; y Marjorie estaba ya acostumbrada a estas reprimendas. Se sentaron a almorzar en la modesta casa de Brixton, y mistress Stedman, que, a pesar de sus frecuentes predicciones de que iba a morir muy pronto, había comido bastante, miró a su hija por encuna de los lentes, con ademán de disgusto.

—No es nada que me preocupe, madre—repuso Marjorie Stedman, con calma—. Tuve un día agitado ayer en la oficina. Ocurrió algo extraordinario.

—¡Y no quieres decírselo a tu madre!—repitió mistress Stedman, por tercera vez.

—¿No comprendes, madre—repuso la joven, con paciencia—, que los asuntos de mi principal son o

deben ser sagrados y que no puedo hablar de ellos?

—¿Ni a tu propia madre?—murmuró, moviendo la cabeza—. Marjorie, yo siempre he tenido confianza en ti y te he pedido muchas veces que me cuentes todo lo que te preocupe.

—Bien; ahora no se trata de un asunto mío—repuso la joven, sonriendo—. Es cosa de otra persona, que a mí no me interesa ni a ti tampoco debe interesarte, madre.

Mistress Stedman lanzó un profundo suspiro.

—Me alegraré el día que dejes esa maldita oficina —dijo—. No está bien para una muchacha verse envuelta en esos crímenes y divorcios y todas las cosas terribles que se leen en los periódicos del domingo. Marjorie posó su mano sobre el hombro de su madre, mientras se colocaba a sus espaldas.

—Mamá, ya te he dicho muchas veces que míster Vanee no tiene nada que ver con ningún crimen. No hemos tenido un criminal en nuestra oficina desde hace cien años.

—¡No digas "nuestra oficina", querida!—exclamó mistress Stedman—. ¡Suena tan mal! Y haz el favor, cuando nos vayamos al campo y estemos entre gente de nuestra clase, de no hablar de tu empleo. Si se supiera que habías estado a sueldo...

—¡Oh, mamá, qué tonterías estás diciendo!—exclamó Marjorie, perdiendo, por fin, la paciencia—. Porque el tío Salomón nos envíe bastante dinero para poder vivir en el campo, ¿crees que vamos a tener lujos o a tratar con personas a quien disguste que yo haya sido mecanógrafa en el despacho de un abogado?

—Secretaria particular—corrigió mistress Stedman—. Insisto en decirte que eres una secretaria particular. No puedo consentir que te llames mecanógrafa, querida. Les he dicho a todas mis amistades que estabas preparándote para el foro. —¡Santo Dios!—exclamó la joven. —El mes que viene no habrá nada de eso—prosiguió la madre de Marjorie, con aire satisfecho—. Dentro de un año, cuando tu tío se haga rico, podremos comprar la hermosa casa donde yo nací..., la finca de los Stedman...

La finca de los Stedman eran tres acres y medio de jardín y de excelentes pastos. Marjorie había hecho una vez una excursión a Tynewood...

¡Tynewood! Pues aquellos debían de ser los terrenos de sir James. Marjorie decidió preguntárselo a míster Vanee, en cuanto tuviera una oportunidad

Aquella mañana, mientras iba a la ciudad, pensó en los acontecimientos de la noche anterior. ¿Qué dominio tendría aquel forastero de Sudáfrica sobre sir James Tynewood? Marjorie no podría olvidar nunca el rostro lívido del baronet cuando vio al hombre del traje raído. En una de las caras había terror y en la otra severidad. ¿Sería un chantaje? ¿Acaso el conocer una indiscreción de sir James daba a aquel hombre tanto ascendiente sobre el otro?

No podía decidirse la joven a aceptar esta hipótesis. Había algo en el rostro de Pretoria Smith que

impedía esta explicación. Si alguna vez la honradez y los propósitos rectos brillaron en los ojos de un hombre, fue en los de Pretoria Smith.

Marjorie llegó a la oficina media hora más pronto que de costumbre. No quería dejar pasar la llamada telefónica de míster Vanee, la cual llegó a las once.

—¿Va todo bien, señorita?—preguntó él; y Marjorie le habló del visitante.

—¿Smith?—contestó la voz seca del otro—. ¿De Pretoria? No le esperaba hasta dentro de una semana. Iré ahora mismo a la ciudad.

—No ha dejado señas—dijo la joven.

—Sé dónde encontrarle—repuso Vanee—. ¿Le habló a usted de algo?

—No pasó más que lo que le he dicho; sir James llegó cuando él estaba aquí.

Marjorie oyó la exclamación de míster Vanee. —¿Se encontraron en la oficina? ¿Qué pasó? —preguntó la voz angustiada del abogado.

—Únicamente que sir James pareció descomponerse mucho; y se fue inmediatamente.

Hubo una larga pausa, y Marjorie creyó que Vanee había colgado el auricular. De pronto, oyó su voz.

—Salgo en el tren de las once y cuarenta y cinco. Estaré en la oficina antes de la una. Coma temprano. ¿Ha visto usted los periódicos?

—No—repuso ella sorprendida. Era una pregunta que no solía hacerle—. ¿Qué ha pasado?

—Pues que sir James Tynewood se ha casado con Alma Trebizond, la actriz—exclamó, con voz sombría, el abogado—. Va a haber mucho jaleo en la familia Tynewood.

Aquel día fue de sorpresas para la joven. Durante la mañana llegó otro desconocido a la oficina... Un hombre grueso y amable, indudablemente de origen judío. Era costumbre de la casa hacer que el primer empleado se las entendiese con los clientes nuevos; pero aquel día, el empleado estaba de vacaciones, y la joven tuvo que recibir al visitante.

—¿Es usted la secretaria particular de míster Vanee? ¿Sería posible verle hoy? Ella negó con la cabeza. —Míster Vanee vendrá a la ciudad a atender un asunto muy importante, y no creo que se ocupe de nada más. ¿Puedo hacer algo por usted?

El hombre dejó cuidadosamente su sombrero sobre la mesa, sacó una gran cartera y extrajo de ella un documento.

—Bueno, esto no tiene por qué quedar secreto, señorita—dijo—. Tengo que ver a míster Vanee antes del lunes, y si no puede ser, decirle que míster Hawkes, de la casa Hawkes & Ferguson, financieros, le han llamado con motivo de las deudas de sir James Tynewood.

—¿Las deudas de sir James Tynewood?—repitió ella perpleja, y el otro asintió.

—Ese joven me debe veintiocho mil libras, y este es un asunto que me preocupa. El quiere renovar

sus pagarés y pedirme un poco más de dinero, pero yo he de ver a míster Vanee antes de seguir adelantando cantidades.

—Pero sir James Tynewood es un hombre rico —replicó la joven.

—Y yo soy muy pobre—afirmó el otro, haciendo una mueca—. Por eso necesito que me devuelvan algo de lo mío.

—¿Ha visto usted ya a míster Vanee?

El visitante negó con la cabeza.

—No. Sir James me pidió que no me entrevistara con sus abogados; pero las cosas han ido ya un poco lejos para mí, señorita. Soy un hombre de negocios y, como buen demócrata, no tengo ningún respeto por los títulos. Los únicos que me interesan son los títulos de propiedad. He dejado en paz a la casa Vanee & Vanee cuanto he podido; pero ahora he de echar mis cuentas. Comprenda usted, señorita —añadió confidencialmente—: yo me dedico a prestar dinero y conozco los asuntos de todos mis Colegas. Sé que sir James ha pedido prestado bastante a la casa Crewe & Jacobsen, a la Bedsons Ltd. y a media docena más. Debe en todas partes... A la agencia de automóviles de Bond Street cerca de tres mil libras por un coche que regaló a Alma Trebizond. Cuando vi esta mañana en los periódicos la noticia de su boda, me dije: "Bien; vamos también nosotros a hacer nuestros arreglillos."

Sonrió, y añadió bajando la voz:

—Mire usted, señorita; yo soy un hombre de negocios y usted una mujer de negocios. Temo por mi dinero, y si dice usted a Vanee algo para que mi deuda se arregle la primera, tendrá usted una bonita comisión.

—No tengo costumbre de aceptar comisiones—replicó la joven, fríamente—, y mi posición tampoco me lo permite. No soy más que la secretaria de míster Vanee, y no sé si a él le agradaría saber lo que me ha confiado usted.

Con esto terminó la entrevista y todas las relaciones entre Marjorie Stedman y la casa Hawkes & Ferguson. Cuando Vanee llegó, ella le puso en antecedentes de toda la conversación, y el abogado se puso muy serio.

—Prestamistas, ¿eh?—dijo con calma—•. Ya sospechaba yo algo de eso. Telegrafíe a míster Hermán que venga a la oficina.

Míster Hermán era el agente.

—No quiero molestarle a usted con este asunto.

Hermán se encargará de averiguar cuánto debe ese loco.

—Pero, míster Vanee, ¿no es sir James muy rico?

—Mucho—repuso Vanee.

Aquella tarde, aunque era sábado, hubo muchas ¡das y venidas en la oficina. Llegó míster Hermán y volvió a marcharse en un taxi para hablar con los acreedores de sir James, o al menos con aquellos a quienes se pudiera encontrar en un período tan intempestivo de la semana.

## 4

## LO QUE SUCEDIÓ EN TYNEWOOD CHASE

Ante la sugerencia de Vanee, la joven se quedó hasta bastante tarde en la oficina. No tenía nada que hacer; pero Marjorie suponía que más pronto o más tarde harían falta sus servicios, y en esto no se equivocaba. A las cinco sonó el timbre; y la joven entró en el despacho de míster Vanee. El abogado estaba cerrando un gran sobre donde se guardaba, indudablemente, todo lo que había estado escribiendo por la tarde. Selló el sobre y mojó la pluma en el tintero para poner la dirección; se detuvo vacilante:

—¡Hum!—dijo—. ¡Esto sí que es fuerte!

Luego escribió un nombre:

"Sir James Tynewood, Bart", leyó ella por encima del hombro de Vanee, y una sensación de desaliento la invadió, porque comprendía que tenía que llevar aquella carta y aún no había olvidado la aventura de la noche anterior.

Con gran sorpresa suya, Vanee cogió de la escribanía un sobre aún mayor y guardó dentro de él el primero. Esta vez escribió un nombre desconocido para la joven: "Dr. Fordham, Tynewood Chase, Tynewood."

El abogado se sumió por un instante en profunda meditación y luego alzó los ojos, sonriendo.

—-Miss Stedman—dijo—; necesito que haga usted una excursión. ¿Conoce usted Tynewood?

Ella asintió.

—Está en Droitshire—explicó él—. Puede usted tomar en Paddington un tren que sale a las cinco cuarenta y cinco y estar allí antes de las ocho. La estación más cercana se halla a tres millas de Tynewood Chase, pero yo telegrafiaré a la fonda del León Rojo que manden un coche... Supongo que este moderno establecimiento tendrá ahora autos de alquiler—añadió sonriendo—. De todos modos, no le será difícil llegar a Chase y estar de vuelta a las once. Un tren sale de Junction a las nueve. Tiene usted que dejar este sobre en manos del doctor Fordham.

Marjorie asintió.

—Quiero decirle otra cosa, miss Stedman—añadió Vanee, con cierta vacilación—: en el tiempo que lleva usted siendo mi secretaria ha conocido asuntos muy importantes y yo sé que a usted se le pueden confiar, pero el secreto de sir James Tynewood es más importante que ningún otro. Lo único que espero es que usted no hará ningún descubrimiento sin saberlo yo. Si no fuera así, le ruego que todo lo que vea y oiga esta noche, como todo lo que ha visto y oído ya, sea considerado por usted

como algo inviolable y sagrado...

—Desde luego, míster Vanee—dijo ella—. Pero...

—Pero ¿qué?—se apresuró a preguntar el abogado.

—¡Oh, no tiene nada que ver con este asunto! —replicó la joven—. Quisiera saber si podría enviar un recado a mamá diciéndole que no volveré hasta muy tarde. Me esperaba a las dos.

—Enviaré un chico... Pero ¿por qué no telegrafiar?

Marjorie se echó a reír.

—Un telegrama siempre asusta a mamá—dijo.

No añadió que el carácter de su madre era tan exaltado, que esperaba que ocurriera un milagro cada vez que llamaban a la puerta; y se disgustaba mucho cuando la realidad no correspondía a sus rosadas esperanzas.

El viaje a Dilmot Junction parecía inacabable, aunque Marjorie se había provisto de libros y periódicos. Cuando llegó al término, la joven saltó alegre al andén de la estación, empapado por el agua de la lluvia. Indudablemente, míster Vanee había telegrafiado, porque allí estaba aguardándola un viejo y estrepitoso automóvil.

Afortunadamente, era un coche cerrado, porque llovía copiosamente. Mientras el anticuado vehículo cruzaba renqueando las calles oscuras, pensó la joven que al cabo de un mes ella iría a vivir a pocas millas de aquel sitio. A pesar de la poca aptitud del auto para subir cuestas y de la alarmante velocidad con que las bajaba, iban a buena marcha, y por fin desembocaron en la calle principal del pueblo. Marjorie vio las ventanas azotadas por el agua, se fijó en una docena de tiendas y luego el coche volvió a sumirse de nuevo en la oscuridad.

"Esto debe de ser Tynewood", pensó, y no se equivocaba.

De repente, el auto se detuvo y. bajando el cristal de la ventanilla, vio la joven una verja alta de hierro, a la que, después de varios furiosos bocinazos, se acercó una negra silueta completamente envuelta en un impermeable.

—¿Qué pasa?—gritó—. ¡No puedo dejarla pasar a usted al parque!

Marjorie se asomó por la ventanilla.

—Vengo de parte de míster Vanee, el abogado, y traigo una carta importante para el doctor Fordham—dijo.

Sin más conversación, se abrió la verja. El auto se internó por una larga avenida bordeada de altos árboles, y se detuvo de nuevo.

La joven miró afuera. El edificio estaba envuelto en la oscuridad y se veía algo de luz por el montante semicircular colocado encima de la puerta. Salió del coche Marjorie, diciendo al chofer que esperara, y tuvo que valerse de una de las luces del vehículo para dar con la campanilla. El

sonido de esta llegó débilmente, pero transcurrió un largo rato antes de que nadie fuese a abrir. Por fin oyó pasos rápidos sobre el suelo de piedra del vestíbulo, hubo un chirrido de cadenas, un crujido de la puerta y se abrió una rendija.

La joven no conocía al hombre que apareció frente a ella.

—¿Qué pasa?—preguntó él, bruscamente.

—Vengo de parte de míster Vanee—dijo Marjorie Stedman—. Traigo una carta importante para el doctor Fordham.

—Soy yo—repuso el otro—. Haga el favor de pasar.

La puerta se cerró tras la joven, y el doctor cogió la carta.

—Siéntese un momento, tenga la bondad—dijo, y la joven se acomodó en una de las grandes sillas de roble que había en el otro extremo del vestíbulo.

—Es para sir James—dijo él, cuando hubo abierto el primer sobre—. Un momento.

Iba a salir, cuando de pronto se volvió.

—¿No le importaría a usted esperar aquí? No es un sitio muy agradable, pero, por ahora, siento no poder proporcionarle nada mejor. Espero que haya usted cenado, porque aquí no nos es posible darle nada. No hay ningún criado en la casa.

Marjorie no había cenado y comenzaba ya a sentir hambre; pero movió la cabeza, sonriendo.

—No importa; no tengo apetito—dijo, fingiendo.

—¿No se marchará usted de aquí?—volvió a preguntar el otro.

—Claro que no—repuso la joven, algo enfadada—. ¿Cómo voy a ir ahora a Junction? Tengo un coche fuera.

—Espere un momento—dijo el doctor Fordham, y apresuradamente salió del vestíbulo, para entrar en una habitación que daba a él.

Cerró la puerta tras sí; pero, por lo visto, no funcionaba el pestillo. Desde donde estaba sentada Marjorie pudo ver cómo la puerta se abría lentamente, y hasta ella llegó con claridad un rumor de voces.

—Estoy arruinado—dijo una voz amargamente; y la joven adivinó que era sir James Tynewood quien hablaba—. ¡Dios mío, qué loco he sido, qué loco!

—Aún puedes enmendarte—replicó otra voz que le pareció conocida a Marjorie—. Te he dado una ocasión de hacerlo y serás idiota si no la aprovechas.

—Pero ¡si no puedo!—gimió la voz de sir James—. ¿Crees que voy a volver a Londres a enfrentarme con toda esa gente? ¿Crees que puedo decirles...?

Hubo una interrupción, indudablemente del doctor. Marjorie oyó cómo rompían el sobre que ella había llevado. Después de una pausa, rota tan solo por el ruido de las hojas de papel, se oyó una

voz:

— ¡Imbécil, imbécil!

Nadie contestó durante un segundo.

—¿Qué pasa?—preguntó sir James, en voz baja; y hubo otra pausa.

Marjorie adivinó que la carta había sido entregada al otro, porque no se oyó ni una palabra durante dos minutos. Entonces sonó de nuevo la voz severa:

—Tendré que ajustarte las cuentas...

Se oyó el estampido ensordecedor de un tiro, y la joven se puso en pie, blanca como el papel. Un silencio, y luego la voz dijo:

—¡Dios mío! ¡Le he matado!...

Marjorie corrió a la puerta y la abrió. Sir James Tynewood yacía en el suelo en medio de un charco de sangre, y un hombre inclinado sobre él con un revólver en la mano. Al oír que se abría la puerta, se levantó... ¡Era Pretoria Smith!

## 5

## EL MISTERIO

Un segundo después el doctor Fordham sacó a la joven de la habitación medio a rastras.

—Tiene un coche fuera, ¿no?—dijo.

—Sí... Pero ¿qué pasa?—balbució ella.

El, sin contestar, abrió la puerta de la calle, salió con la joven en medio de la noche tempestuosa y cerró el portal tras sí. Dio al chofer unas señas, que Marjorie no pudo oír.

—Entre—dijo, impaciente.

—¿Qué ha pasado?—repitió ella—. ¿Va usted a buscar a la Policía?

El doctor tampoco contestó a aquello. Cruzaron de nuevo el pueblo; y solo cuando hubieron llegado al final habló él:

—Señorita—dijo—, vuelva usted al despacho de míster Vanee y hasta que no le vea, no hable de esto con ninguna alma viviente. ¿Me comprende?

La joven estaba aterrada, y sus labios temblaron cuando repuso:

—No.

—Yo llamaré a míster Vanee por teléfono. Estará en su oficina, según decía en la carta.

—¿Ha muerto sir James?

—Espero que no—replicó, lacónicamente, el doctor; y con estas palabras se marchó.

Marjorie se sorprendió al ver a míster Vanee esperando en el anden cuando llegó el tren a Paddington. Como había ido sumida en sus pensamientos, el viaje se le había hecho cortísimo, y hasta que no llegó a Londres no se dio cuenta del hambre que le aquejaba.

—Me ha dicho el doctor que no ha cenado usted —exclamó Vanee—. La llevaré a comer y luego hablaremos.

—¿Ha hablado usted con el doctor Fordham?

El asintió.

—¿Es que sir James...?

—Mire, no hablemos hasta que no se haya alimentado usted—repuso Vanee en tono de buen humor, que estaba muy lejos de sentir—. La llevaré a mi casa de Grosvenor Place.

Hasta que la joven no hubo terminado de comer y de beber medio vaso de oporto, no habló Vanee de sir James Tynewood ni de la tragedia que había ocurrido.

—En primer lugar, he de tranquilizarla a usted. Sir James no ha muerto.

—¡Gracias a Dios!—exclamó la joven, lanzando un suspiro de alivio—. Temía...

—No fue más que una herida superficial y ya ha recobrado el conocimiento. Realmente—añadió el abogado de modo significativo—está bastante bien para poder marcharse al extranjero mañana.

La joven le miró.

—¿Que sir James se va al extranjero?

Vanee asintió.

—¿Y su mujer con él?

—No—repuso Vanee.

—Pues... no comprendo.

—Hay muchas cosas en este asunto que no podrá usted comprender, por ahora—dijo Vanee—. Pero debe usted creerme. Mañana por la tarde se marcha en el vapor correo *Carlsbrooke Castle*.

La joven movió la cabeza.

—Temo no tener mucha aptitud para resolver misterios—dijo, y luego preguntó—: ¿Dónde está míster Smith, de Pretoria? ¿Se marcha también?

El abogado se quitó el cigarro de la boca, y miró a Marjorie.

—Míster Smith. de Pretoria, acompaña a sir James—repuso con calma—. Y ahora voy a mandarla a usted a su casa en mi auto.

Si Marjorie Stedman había estado poco comunicativa por la mañana, por la noche parecía una esfinge; y la señora Stedman, con mucha curiosidad por saber por qué su hija había estado fuera hasta tan tarde, tuvo que abandonar sus pesquisas, exasperada.

El misterio del suceso de Tynewood Chase aún se hizo más oscuro para la joven. Fue a la oficina el lunes, como de costumbre, y notó que míster Vanee parecía haber olvidado todo lo ocurrido el sábado. Después de la parte que había representado en el extraño drama de Tynewood, Marjorie encontró la rutina de su empleo más monótona y aburrida. No vio mucho al abogado. Este tenía un

timbre en su mesa; y la llamaba cuando tenía necesidad de ella.

Debido a la naturaleza de las ocupaciones, míster Vanee no quería ser interrumpido; y cualquier pregunta que se le quisiera hacer o cualquier asunto que hubiera que arreglar, había de ser precedido de una llamada telefónica, para saber si estaba libre.

Pero Vanee tenía la costumbre de tocar el timbre, distraídamente, cuando no necesitaba a la joven. Casi todos los días oprimía el botón; y cuando acudía Marjorie veía que no había habido intención de llamarla. La tarde del lunes, cuando ella se preparaba para marcharse, el timbre sonó. La joven cogió papel y lápiz y abrió la puerta que comunicaba con el despacho de Vanee.

Al otro lado de la mesa estaba sentado un hombre, en quien reconoció inmediatamente al doctor Fordham; y se detuvo bruscamente, comprendiendo que el timbre lo había tocado el abogado, en uno de sus momentos de descuido. Ni Fordham ni Vanee la vieron, porque estaban distraídos en la conversación que sostenían, y cuando Marjorie se marchaba dijo el abogado.

—¡De modo que ha muerto! ¡Pobre chico, pobre chico!

—Desde luego—afirmó Fordham—. Creí haberle dicho por teléfono que no había esperanza alguna de curación.

La joven volvió rápidamente a su despacho, cerró suavemente la puerta y se detuvo, con la mano apoyada en el pestillo.

¡Muerto! ¡Sir James Tynewood había muerto! ¿Por qué había mentido el abogado? ¿Y qué mano había quitado la vida al esposo de Alma Trebizond?

## 6

## EN EL ÁFRICA DEL SUR

Hubo una discusión al lado del manantial situado en el límite del desierto de Kalahari, entre Wilhelm el *Fingo* y Jan, el pastor mestizo, referente a un tal Salomón Stedman, que yacía moribundo, con los labios azulados, a unos pasos del agua que podría salvarle.

La discusión se sostenía en ese dialecto holandés hablado por cocineras y campesinos.

—Creo que el *baas* morirá al anochecer—dijo Wilhelm—, y entonces llevaremos sus cosas al magistrado de Vrykloof, quedándonos con el dinero. Nos apoderaremos de la mina que ha encontrado y seremos ricos. Luego yo me iré a T'simo y compraré aguardiente y mujeres.

—Eres idiota—replicó el calculador Jan—, porque aquí no se permite a los indígenas poseer minas. Le dejaremos que muera y nos llevaremos el dinero.

Todo esto lo oía Salomón Stedman, con los ojos brillantes fijos en sus desleales criados.

—No soy idiota—dijo el *Fingo*—, y te advierto que soy cristiano y sé escribir mi nombre. Conozco a un pobre blanco de Mafekin que hará la solicitud por mí. Vivé con una mujer de Matabele, a quien yo he conocido.

En esta discusión intervino Pretoria Smith. Sabía la situación del manantial, porque había hecho expediciones antes por aquel país. Llevaba barba de una semana y desde hacía seis meses estaba cansado de la vida. Las arenas del desierto se le habían introducido en la garganta y acarreaba un paquete pesado, pero no tanto como su corazón, porque continuamente soñaba con aquel muchacho muerto y tendido a sus pies en el amplio vestíbulo de Tynewood Chase.

En el cinturón, en una funda de dos pulgadas, guardaba un arma mortífera, cuya cañón brillaba.

Se quedó durante un momento mirando al grupo, y luego se fijó en el moribundo.

—¿Dejáis al *baas* ahí tendido mientras se muere de sed?—preguntó.

La voz ronca se debía al paseo de diez millas a través de uña tierra en que solo hay sal y arbustos de *wacht ein bitfe.*

Jan era un mestizo, y, por tanto, cobarde. Wilhelm había nacido entre los de *Fingo* y tenía el alma de un esclavo. Ambos previeron que iban a ocurrir cosas desagradables; y trataron de evitarlas.

—*Búas*—dijo Wilhelm—, este hombre ha encontrado una mina de oro que se puede extraer con un cuchillo. Si muere, podemos...

El revólver salió entonces; y, lanzando un grito a coro, los dos levantaron a Salomón Stedman y le colocaron al lado del agua, dándole la vuelta para que llegara hasta sus labios resecos el líquido.

Pasaron dos horas antes que Salomón recobrara su energía y pudiera hablar; y entonces empleó los primeros minutos en maldecir a todos los mestizos, Kaffirs y otros aborígenes del África del Sur.

Pretoria Smith, que había encendido fuego y estaba preparando algo de comida, rió suavemente.

—Si no hubiera sido por ti, chico—dijo el viejo—, estaría ahora muerto, y la mina Stedman habría sido explotada por otro buscador... Tú no lo eres, ¿verdad?—añadió, con desconfianza.

—Todos somos buscadores de algo—respondió Pretoria Smith—. Si se refiere usted al oro, puede tranquilizarse. No lo soy.

El viejo le miró fijamente.

—No, no eres buscador. Eres un caballero. Pero tampoco un novato aquí, lo juraría.

—Es verdad—replicó el otro, abriendo una lata de verduras y vaciando el contenido en el bote que le servía de plato—. Llevo cazando y andando por este país desde que tenía diecisiete años. Realmente, desde que salí de Eton.

Pretoria Smith no solía estar nunca tan comunicativo; pero el viejo sabía el modo de que se le hicieran confidencias.

—Estuve en el África Occidental y Oriental alemana durante la guerra—prosiguió Smith—. No he pasado, desde que era niño, más de seis meses fuera de aquí de una vez.

—¿Adonde vas ahora?—preguntó el otro.

Pretoria Smith se encogió de hombros.

—A cualquier sitio, con tal que signifique un cambio—dijo, vagamente.

El viejo estuvo muy pensativo durante toda la comida, y se sentó al lado del fuego, fumando su pipa y mirando las llamas. De repente arrojó al suelo las cenizas, y dijo:

—¿Quieres hacer tu fortuna?

Pretoria Smith, que estaba sumido en sus pensamientos, le miró fijamente.

—¿Qué dice usted?—preguntó.

—Sencillamente—replicó el otro, con calma—, que he encontrado la mina de Kalahari.

—¡Qué va!—replicó Pretoria Smith—. Para mí, esa es una de las leyendas de África. La gente dice que hay una mina en el desierto de Kalahari y no se ha encontrado jamás.

—Yo he dado con ella—repuso Salomón Stedman, triunfalmente—. ¿Qué dices a eso?

—¿A qué?

—Vente conmigo. Necesito un hombre joven, y te debo algo por lo que has hecho hoy.

—No sea usted tonto—replicó Pretoria Smith, amablemente—. ¿Quién no hubiera dado agua a un hombre que se moría de sed? No necesito alabanzas por eso ni quiero dinero. Tengo bastante para ]o que me hace falta.

Salomón Stedman le miró.

—Eres el primer hombre que yo he encontrado que no busque dinero—afirmó, sonriendo—. Bien; esta mina no va a ser tan fácil de explotar; si no, no te ofrecería una parte. Hay que demostrar su existencia y hacer los primeros trabajos, lo que representa un año de tarea. Luego necesitaré alguna cantidad para sacarla adelante, y eso también representa tiempo.

Pretoria Smith se frotó la mejilla sin afeitar.

—El trabajo me atrae más que la riqueza—dijo, y Salomón entendió esto como una aceptación de su oferta.

Habló luego el viejo de su vida y de sus esfuerzos, aunque Pretoria Smith no había dado ninguna noticia referente a sí mismo.

—Mira—dijo Salomón—: si consigo explotar esta mina, no tengo a nadie a quien dejársela. Hay una chica en Inglaterra, hija de mi hermano... Un poco alocado era el tal Fred, que es el único pariente que me queda en el mundo. Se llama Minnie..., no; Margarita..., tampoco—se metió la mano en el bolsillo, sacó un paquete de cartas y se fijó en una—. Marjorie, eso es—añadió, poniéndose unos lentes—. Muy buena chica. Me escribe desde que era niña.

—¿De veras?—dijo, cortésmente, Pretoria Smith.

No le interesaban los parientes de Salomón, y le parecía más divertido fijarse en la absurda figura de aquel hombre con su rudo atavío y con lentes.

—Es una señorita muy educada—afirmó Salomón Stedman—. Mi hermano Fred también era muy

distinguido, aunque nunca reunió lo bastante para salir de pobre; y gastaba el diez por ciento más de lo que ganaba. ¿Has oído hablar alguna vez en Inglaterra de los Stedman?

—No lo recuerdo—replicó Pretoria Smith—. Claro que yo en Inglaterra conozco poca gente, así como también poca gente me conoce a mí.

—Yo he estado manteniendo a su madre durante años—exclamó el viejo complacido—. Solo unas libras al mes para ayudarles—. Ya comprenderás. Últimamente les pude enviar más, y si esto de la mina se realiza.

Movió la cabeza ante lo magnífico del negocio.

Salomón Stedman no había exagerado las dificultades de la empresa. Durante seis meses, bajo un sol abrasador, los dos hombres trabajaron abriendo fosos en la arena, examinando cuarzo que a menudo había de ser transportado veinte millas más allá, para que lo lavaran; en aquellos meses, Pretoria Smith consiguió olvidar varias cosas desagradables. La mina fue reclamada, llegaron peritos de Johannesburg, altos empleados de El Cabo; se solicitaron y pagaron licencias; y doce meses después del encuentro de los dos hombres, el primer molino funcionaba, estruendosamente, en el mismo lugar en que Salomón Stedman había recobrado el conocimiento.

Durante aquel tiempo la amistad entre aquellos hombres había aumentado, y aunque Salomón, que se enorgullecía de su habilidad en descubrir cosas, no había conseguido saber nada de su socio, el mutismo de Pretoria Smith más bien apretaba que aflojaba el vínculo entre ellos. Por fin, la primera trituradora se multiplicó, y la pequeña aldea de Stedmanville surgió. Una enorme central hidráulica y la instalación de la energía eléctrica habían recabado toda la atención de Pretoria Smith, y comenzó a sentirse tan orgulloso como el viejo de aquella gran obra.

Habían pasado dos años, cuando el viejo se detuvo con su socio al lado de un pozo.

—¿Te acuerdas de aquella cuñada mía?—dijo. Había llegado a esa edad en que se repiten una y mil veces las mismas cosas, y no era probable que Pretoria Smith hubiese olvidado a aquella señora a quien Salomón siempre describía como una *mujer inútil*—. Bueno, pues parece que nos va a mandar aquí a un sobrino.

— ¡Vaya!—exclamó Pretoria Smith—. ¿Y desde dónde lo manda?

—Desde Inglaterra, por supuesto—contestó Salomón—. Llegará aquí la semana que viene. Según mi cuñada, hay ciertas relaciones entre este chico y Lily... Margarita...

—Marjorie—sugirió Pretoria Smith—. ¡Qué olvidadizo eres!

—¿De veras? Bueno; el caso es que este hombre y mi sobrina se han enamorado.

— ¡Salomón! ¡Qué hombre más vulgar eres! ¿Y por qué no se iban a enamorar? Es cosa propia de jóvenes. Nosotros, los viejos, no los comprendemos.

—¡Viejos!—exclamó Salomón—. ¡Qué, si tú eres un niño! Se llama—añadió, consultando una car-

ta—Lance Kelman.

—Muy bonito nombre—afirmó Smith, dando un golpecito en el hombro de su amigo—. ¿Qué, quieres que vaya a buscar a ese caballero en el Ford de la casa, o prefieres que venga andando?

Salomón, por lo visto, había pensado que su socio fuera a Kimberley a recoger al recién llegado; pero Pretoria Smith se opuso; y no se arrepintió cuando míster Lance Kelman se apeó, en unión de media docena de grandes baúles, del correo de Bulawayo una mañana de primavera. El viajero se quedó mirando, desconsolado, el aburrido paisaje.

Era un joven muy bien vestido, con el traje que él juzgaba adecuado para ir a una tierra salvaje. Sus pantalones cerrados mostraban una factura magnífica; llevaba una camisa de seda blanca impecable, y una americana ajustada a la cintura. La única persona que había en el andén cuando llegó era Pretoria Smith, quien se fijó, sorprendido, en la abundancia del equipaje. Lance Kelman se dio cuenta de su presencia, y le llamó.

—Oiga—dijo en voz alta—: ¿cómo podré ir a la mina de míster Salomón Stedman? Yo soy su sobrino.

—Puede usted ir allá en mi humilde automóvil —repuso Pretoria Smith—, y mandaré un vagón de ganado por su equipaje.

—¡Ah! ¿Ha venido usted a buscarme?—dijo míster Lance Kelman, con aire protector—. Bien; pues dígale a estos hombres lo que tienen que hacer con los baúles hasta que venga ese vagón. Claro que algo tendré que llevar conmigo.

—Para el tocador habrá sitio—dijo, irónicamente, Pretoria Smith, mientras cogía una maleta muy brillante y se dirigía al automóvil—. Esta noche tendrá usted todo lo demás.

El recién llegado miró a Smith con desconfianza.

—Soy el sobrino de míster Salomón—repitió, con énfasis.

—Ya lo dijo usted antes—replicó, fríamente, Pretoria Smith—. ¿Quiere eso decir que es mejor que vaya usted también en el vagón de ganado?

—No se insolente, amigo—exclamó Lance Kelman, y Smith sonrió.

El viaje a la mina transcurrió en un digno silencio, al menos por lo que tocaba a Lance Kelman. Ni siquiera cuando le fue presentado Pretoria Smith como socio del viejo cambió de actitud.

—Bien, ¿y qué opinas de mi sobrino?—preguntó Salomón cuando el joven se hubo retirado a la celda de hierro galvanizado que iba a ser su cuarto mientras estuviera allí.

—Tiene muy buena pinta—replicó, con cautela. Pretoria Smith—. ¿De modo que este es el prometido de tu sobrina?

—Bueno; no sé si están realmente prometidos —repuso Salomón, vacilante—. ¿A ti te agrada?

—Después de un ataque de paperas, es la cosa más divertida que he conocido—contestó Pretoria

Smith.

## 7

## EL PLAN DE SALOMÓN

De la estancia de tres meses de míster Kelman no es necesario hablar en detalle. Continuamente estaba aludiendo a la superioridad de la metrópoli, a sus maravillas y a las ventajas que poseía sobre aquel *agujero de salvajes,* mientras los otros dos hombres le escuchaban en grave silencio.

—Tengo que ir a Inglaterra uno de estos días —dijo Pretoria Smith—. Debe de ser un sitio muy interesante.

—Claro que al principio se perdería usted en Londres—afirmó Lance Kelman, con su aire protector—; pero si va usted allí pídame que se lo enseñe.

—¿Lo conoce usted tan bien?—preguntó Pretoria Smith, con voz sorprendida; y míster Kelman se quedó bastante perplejo.

Hablaba de Marjorie con tal tono calmoso de propietario, que Pretoria Smith sentía deseos de cogerle por el cuello y pegarle. La llamaba *Marje y mi chica,* de un modo que hubiera puesto a la propia Marjorie Stedman los pelos de punta.

Un mes después de su llegada reveló el objeto de su visita. Había creído que su parentesco con el viejo Salomón le daba derecho a compartir su prosperidad; pero la sugestión cayó en un silencio aterrador. El estaba dispuesto a ser un empleado de la compañía, bien pagado, y preferentemente con el encargo de representar sus intereses en Londres. El viejo Salomón no era de la misma opinión. Y después, para colmar lo molesto de su visita, el joven contrajo un sarampión, y durante el cual solo podía ser alimentado con frutas, y había que estar pendiente de él. Pretoria Smith le cuidó y, a falta de cosa mejor, le proporcionaba plátanos maduros.

—¡Gracias a Dios que se ha ido!—dijo Salomón Stedman, cuando Pretoria paró el automóvil ante la puerta de la oficina, después de haber ido a llevar al huésped.

Smith rió largamente; pero para Salomón aquello no era asunto divertido, porque se le había planteado un nuevo problema, y durante algunos meses estuvo silencioso y preocupado.

Un día muy frío de mayo (que es invierno por aquellas latitudes), el viejo Salomón estaba sentado en su despacho, de cuyas paredes pendían planos azules y mapas topográficos. Tenía las cejas más fruncidas que de costumbre y se pellizcaba la mejilla. La causa de la perplejidad en que se veía sumido era la carta que leía.

La dejó y se rascó la cabeza. En aquel momento entró en el despacho Pretoria Smith. El único signo de su prosperidad era un alfiler de oro que sujetaba su cuello blando.

—¡Hola, Smith!... Entra.

—Ya he entrado—dijo el otro, lacónicamente; y el viejo lanzó un gruñido.

—¡Bueno; pues quédate, idiota! He recibido una carta de mi sobrina...

—Se me hace un poco difícil creer que aún tengas parientes respetables—dijo Pretoria Smith.

—Es hija de mi hermano menor que murió hace unos años; una suerte para él—añadió el viejo, filosóficamente—. Y Margarita, Minni, Maggy... ¡Bueno! ¿Cómo se llama?

Entregó la carta a su socio, y Pretoria Smith repuso, sin mirarla:

—Marjorie—y le devolvió la carta.

—Eso; Marjorie. Me escribe desde que era niña... Marjorie, sí; no podía ser otra cosa que Marjorie...

—Bien. ¿Y qué?—preguntó, con paciencia, Pretoria Smith.

—Es mi único pariente en este mundo.

El viejo Salomón se rascó una mejilla y abrió la boca para ayudarse.

—¿Te acuerdas de aquel chico elegante que llegó aquí el año pasado con pretensiones de descubrir una mina de oro?

Pretoria asintió. Aún no había tenido tiempo de olvidarse del joven en cuestión. Su arrogancia, su aire de superioridad, su infantilidad, habían quedado impresos en la mente de Smith. Después de una epidemia que había matado diez bueyes en una semana, era lo más interesante.

—Bien. ¿Qué le pasa al elegante Lance?—preguntó Pretoria Smith—. Para ser un hombre de tus años, me parece que hablas demasiado.

—Se trata de él—afirmó Salomón.

Pretoria Smith se echó a reír, y tiró la ceniza de su pipa.

—Pero ¿qué le pasa?

—Ya sabes que ella le quiere—dijo el viejo Salomón—. Me he enterado, no por lo que ella dice, sino por lo que su madre me ha escrito... Yo les mando cuatro mil libras al año, Smith. En la última carta de Maud se habla de él, *un chico muy valiente..., peligros..., terrible viaje a través del desierto,* y cosas por el estilo.

Llegó en el tren de lujo de Bulawayo y tomó té con fresas. Yo le traje de la estación en el nuevo *limousine*. Confieso—añadió Pretoria Smith—que no le ayudé a acostarse. Pero, de todos modos, ya debe de estar otra vez en su casa.

Salomón había tenido una idea..., una idea maravillosa. Pretoria Smith conocía los síntomas.

—Pretoria—dijo, de repente—, tú y yo hemos sido buenos compañeros. Jamás olvidé lo que hiciste por mí aquel día en el manantial.

—Tonterías—repuso el otro—. Si no lo hubiese hecho, habría sido un criminal.

—Hemos sido buenos compañeros—continuó Salomón; y comprendió Pretoria Smith que aquello era el fundamento de todo lo que viniera después—. Tú y yo somos ricos, Pretoria. A mí aún me

queda un invierno, lo más dos, que vivir, si ese doctor de Kimberley no era un embustero, y no debía de serlo después de todo el dinero que me costó traerlo aquí. He estado pensando en lo que sucederá con mi dinero cuando yo haya muerto.

—Viejo loco—repuso e! otro, cogiéndole cariñosamente por un hombro—. Debías pensar en lo que te sucederá a ti cuando te mueras.

—De mí no hay que preocuparse. No, se trata del dinero. Puedo dejártelo a ti o al hospital de Kimberley... Pero no pienso hacerlo. Tú tienes cerca de un millón de libras. Y ahora llega lo más importante. ¿Te has casado?

Nunca había hecho esta pregunta a su socio, y se estremeció al ver fruncir las cejas de Pretoria.

—No—repuso este—. Nunca me han interesado gran cosa las mujeres. Llevo mucho tiempo queriendo decirte que mi nombre no es Smith.

—Es tan raro, que pensé que podría serlo—repuso Salomón—. ¿Supongo que habrás vivido en Pretoria algún tiempo?

El otro asintió.

—Pero ¿cuál es tu idea?—preguntó.

Stedman masticó un terrón de azúcar que había cogido, y miró hacia la ventana.

—Ve a Inglaterra y cásate con Marjorie—dijo.

Hubo un silencio mortal en el despacho.

—¡Pedazo de bruto!—exclamó Pretoria, sorprendido—. ¿Y qué hago con Lance?, ¿matarlo?

—¡Lance!

Había tal desprecio en la voz de Salomón, que Pretoria sonrió.

—Aún queda otro punto—dijo Pretoria, a quien no disgustaba tratar de aquel asunto, por su originalidad y seducción—. ¿Y Marjorie?

Stedman se detuvo algo antes de contestar.

—Marjorie accederá—repuso—. Hará lo que sea por darme gusto. Voy a escribirle.

Pretoria Smith se había sentado sobre un taburete, y miraba seriamente al viejo.

—Creí que ibas a decir que lo haría por mi físico, mi juventud y otras cualidades atractivas.

—Tu no tienes mala facha—protestó el otro.

—Soy demasiado viejo para llamarte tío—repuso Pretoria Smith, decidido.

—No, tienes más de treinta años— no muchos más. No des la lata, Pretoria. Yo quiero que sea así..., y basta. Se me ha metido en la cabeza que para esto es para lo que yo he hecho mi dinero. Si no ocurrieran las cosas así, me iría de este mundo con la impresión de que las dejaba a medio hacer.

—Pero, Salomón—replicó el otro—, ¿hablas en serio? La muchacha se echaría a reír si te oyera. A

mí no me importa un comino casarme o no. Le daría a ella la granja y los bosques de más allá y no la molestaría jamás.

—No es esa mi idea—Salomón volvió los ojos hacia su socio—. Quiero que perpetúes... mi raza. Y nada más. Tienes que tener hijos.

—Salomón, estás poniéndote algo pesado. Hablemos ahora del pozo número tres, que se ha hundido, como yo te decía...

—¡Que se vaya a paseo el pozo número tres, y el uno, el dos, el cinco y el seis!—añadió Salomón, para ser imparcial—. ¿Quieres ir a Inglaterra para hablar con Marjorie y hacerle esa pregunta? Si ella dice que no, tú has cumplido, Smith. No puedo dejarla que se case con ese chico tan idiota.

Pretoria llenó de nuevo la pipa, la encendió, y durante algún tiempo se acarició el fino pelo de su barba rubia.

—Esta bien—dijo, resignado—; pero hubiera preferido que se te hubiese ocurrido construir un orfanato.

—La salvarás de las manos de Lance—dijo Salomón—. Se me olvidaba eso.

—Casi vale la pena hacer el viaje—contestó Pretoria—. Y, además, quizá salve a Lance de manos de ella.

—¡Que es mi sobrina!—exclamó Salomón.

—Por eso lo digo—afirmó el otro—. Y a propósito—ya iba a salir de la oficina—, ¿dónde vive tu incomparable sobrina?

—En Tynewood.

—¡Gran Dios!—exclamó Pretoria Smith; y se puso pálido.

Se sentó en la silla que tenía más cerca; y Salomón le miró, inquieto.

—Me has dado tu palabra. Pretoria—dijo, y el otro asintió.

Después de todo, en Tynewood no conocían a Pretoria Smith.

## 8

## LA ORDEN DE MATRIMONIO

"Estoy ya viejo; he vivido una vida azarosa y puedo morir en cualquier momento. No quiero que mi dinero, tan duramente conseguido, sea derrochado por un marido cualquiera. Quiero que te cases, y en seguida, con mi socio Pretoria Smith. Quizá le encuentres algo rudo; pero es un hombre honrado. Me costó trabajo convencerle, pero como quiere a su viejo socio, ha accedido. Estará de camino cuando tú leas esta. Cablegrafíame tu decisión. Si dices que no, Marjorie, entonces la pensión que envío a tu madre se acabará y no querré saber nada más de vosotras.

Tu tío que te quiere,

*Salomón Stedman."*

Marjorie Stedman volvió a leer la carta y las letras vacilaron ante sus ojos.

Tenía ojos grises y un rostro de delicada dulzura. Sus manos y sus pies eran pequeños; pero no demasiado para aquella figura esbelta, de suaves y armoniosas líneas.

Pocas mujeres habría en el mundo más bellas que Marjorie Stedman, que, desde lo alto de su dorada cabeza hasta los pies, hubiese satisfecho al más exigente de los escultores griegos. La virginal pureza de su piel estaba realzada por unos labios muy rojos, invitantes y seductores.

Pero ahora, su cutis de marfil se había teñido de rojo por la vergüenza y la indignación que la invadían, y en los ojos encantadores brillaba el desenfado.

—¿Cómo se atreve?—exclamó, y la agitación de su seno mostraba la emoción que aquella carta había despertado.

¡Tenía que casarse por obligación! ¡Ella, que se estremecía ante la sola idea del matrimonio y que pensaba en un amante come en una criatura divina sin sustancia ni forma; ella, para quien el matrimonio era un ideal en vez de una posibilidad, tenía que casarse... con Pretoria Smith!

Solo entonces, al repetir el nombre, se acordó de él. ¡Pretoria Smith! Durante tres años y medio, por un esfuerzo de su mente, había apartado de la memoria aquella terrible noche de Tynewood; aunque vivía a poca distancia de la casa familiar de ellos; aunque, por designios curiosos del destino, Alma Tynewood les visitaba, casi diariamente, había logrado con firmeza mantener a Pretoria Smith lejos de sus recuerdos. ¿Sería el mismo? Debía de haber muchos Smith en Pretoria. Quizá fuese algún hombre ineducado, salvaje, que el viejo Salomón hubiera recogido en la selva de África. Su tío había llevado una vida dura y tenía una fama que al padre de Marjorie no le gustaba discutir. Había matado a gente: y, en su juventud, había sido condenado a trabajos forzados por algún crimen desconocido. Ella nunca le había visto, porque el viejo siempre vivió en tierras lejanas... América, Australia, África del Sur...

Y, sin embargo...

Cuando se cambió su suerte, haría cuatro años, su primer pensamiento había sido para la hija de su hermano. La había librado del trabajo y las había sacado, a su madre y a ella, de una casa en los arrabales, para comprarles la finca de la familia donde aquella nació. Su madre era feliz, y casi había olvidado... El campo la había puesto mejor del corazón.

"El dinero del viejo Salomón había hecho esto", pensó ella, y su resentimiento se calmó.

Volvió a leer la carta.

"Costó trabajo convencerle", pensó, y lágrimas hirvientes de humillación subieron a sus ojos.

Iba a ser comprada y vendida, comprada con el dinero de Salomón y vendida a su socio..., y al com-

prador que hubo que "convencerle" para que aceptara el trato.

Se puso en pie, llena de justa indignación; luego se sintió mal, y cubriéndose el rostro con las manos, lloró en silencio.

Aquello era el final de sus sueños de rosa...; había que volver al trabajo en la oficina. Al Metro lleno de gente, a los autobuses, a la niebla y la lluvia, a las mañanas tristes y las noches sin alegría, con unos escasos días de descanso cada año, en una pensión, a orillas del mar.

"¿Qué dirá mamá?", se preguntó la joven, secándose los ojos.

Estuvo un rato sentada mirando hacia la casa, los coloreados macizos de flores, al estanque donde nadaban los patos, ignorantes de que un día próximo la joven que les alimentaba, apoyada en la barandilla de piedra, se marcharía para no volver más.

Marjorie se levantó, suspirando. No había solución. El capricho del viejo, que les había instalado en aquel paraíso, las arrojaba de él. Mientras cruzaba lentamente el jardín, pensó en su madre. Aquella era la verdadera dificultad. Sufría por aquella mujer a la que tanto amaba y cuyos defectos veía, no obstante, tan claramente.

Entonces se animó. Durante tres años, ellas habían disfrutado de una renta de cuatro mil libras al año. Algo debían de haber ahorrado, y con eso se suavizaría la caída.

—No me casaré con Pretoria Smith—dijo la joven, mientras abría uno de los grandes balcones que daban al gabinete.

Debió de hablar en voz alta, porque las dos mujeres que había dentro de la casa volvieron la cabeza. antes de que ella entrase.

Era demasiado temprano para visitas; cuando Marjorie vio quién estaba allí, hubiera querido retirarse; pero como era demasiado tarde, se adelantó sonriendo, algo forzadamente, a la esbelta y graciosa muchacha que se le acercó.

—Buenos días, lady Tynewood.

Alma Tynewood jamás había ocultado la antipatía que sentía por Marjorie. Pero ahora, que tenía una razón especial para aborrecerla, sus labios, en cuyo color intervenía no poco el artificio, dibujaron una sonrisa maliciosa.

Mistress Stedman, una mujer de aspecto cansado y débil, pareció algo turbada por la repentina llegada de su hija.

—Querida, creí que habías ido a montar a caballo.

—Iré esta tarde—dijo la joven.

—Lance me aseguró que le habías prometido ir por la mañana.

—Mamá; por la mañana tengo muchas cosas que hacer—replicó Marjorie, con paciencia—. Iré por la tarde; y si Lance está demasiado ocupado, me marcharé sola.

La señora Stedman, lanzando un suspiro de desagrado, calló.

—Yo no creía que tendría usted tiempo de montar a caballo—dijo lady Tynewood, con una sonrisa desagradable—. Querida, ¿no tiene usted que preparar el discurso que va a decir mañana?

—No voy a decir ningún discurso—replicó, lacónicamente, Marjorie—, y estoy segura de que nadie tendrá ganas de oírme. Creo que el Comité ha hablado demasiado de este asunto y está exagerando la ayuda que yo he prestado al Hospital Provincial. Es verdad que he recogido cincuenta mil libras, pero fue porque era secretaria de la Fundación. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—Nadie es tan fascinadora como usted—repuso lady Tynewood—. Si yo fuera hombre y una muchacha como usted entrase en mi oficina y me pidiese una suscripción, abriría inmediatamente el talonario de cheques y le pediría que dijese la cifra que quisiera. Además, me han dicho que dio usted un beso a cambio de mil libras.

—Eso es mentira—repuso, con firmeza, la joven—. y nadie mejor que usted lo sabe.

—¡Marjorie!—intervino la madre, conciliadora.

—Querida, es un rumor que ha circulado ...

—Y que usted inventó—repuso Marjorie—, sabiendo que era una calumnia. Lady Tynewood: conozco algo de usted y de su pasado; y es probable que en su ambiente se compraran y vendieran besos sin que nadie pensara mal del que los compraba o los vendía.

La cara de lady Tynewood se tino de un rojo oscuro, y sus ojos despidieron fuego. Logró recobrar el dominio de su voz, no obstante.

—Mi ambiente—repuso—, le sería a usted, ciertamente, desconocido, aunque confieso que no era tan elegante como aquel en que va usted a figurar mañana por la noche.

La joven se mordió los labios y no dijo nada, fingiendo estar ocupada en la mesa, con unos papeles, mientras mistress Stedman miraba a uno y otro lado, desconsolada.

-^-¿Fue una idea de usted que la cena de mañana se sirviera en mesas separadas?—preguntó lady Tynewood, sin poder disimular su creciente rabia—. ¿Y que yo no me sentara en la mesa de su alteza real, que la tendrá a usted a la derecha, según creo?

—Hubiera sido posible—dijo Marjorie, fríamente—, pero la tranquilizaré, diciéndole que no ha sido idea mía, sino de lord Wadham. Yo no tengo nada que ver con la colocación de. los comensales, y el hecho de que haya sido usted excluida de la mesa del príncipe no tiene nada que ver conmigo.

—Eso es lo que usted dice—exclamó la otra, con intención.

—Ya sé que usted no me creerá, pero yo no he dicho una sola mentira en mi vida. Le aseguro, lady Tynewood, que el sentarse en esa mesa le ha sido negado a usted por alguien de más autoridad que yo.

—¿Y dónde me colocarán? ¿Entre rústicos de aquí y los señoritos de Billingham?

La joven se encogió de hombros.

—Querida—dijo su madre, tímidamente—, ¿no crees que podrías convencer al Comité para que lady Tynewood se sentara en la mesa del duque? Después de todo, es de aquí, y los Tynewood son una de las mejores familias de Droitshire.

Marjorie no contestó.

—Qué—dijo Alma Tynewood, secamente—, ¿no oye usted que le habla su madre?

—Ya le contestaré cuando estemos solas y le daré motivos excelentes por los que debe usted sentarse entre los rústicos de aquí.

La otra hizo una mueca.

—¡Ah. comprendo!—dijo—. Se trata de un complot, ¿eh?

—No, que yo sepa—replicó Marjorie, con el rostro encendido y los ojos brillándole peligrosamente—. Pero una cosa le digo, lady Tynewood: que si la hubieran puesto a usted en mi mesa, yo no me habría sentado a su lado.

La otra respiró profundamente, y haciendo un gesto a la angustiada mistress Stedman, se dirigió a la puerta.

—Algún día, amiguita, te arrepentirás de haber dicho eso—murmuró entre dientes; abrió la puerta y se fue, dando un portazo.

## 9

## LA PREOCUPACIÓN DE MISTRESS STEDMAN

Irritada, mistress Stedman miró a su hija.

—Querida, te has enemistado con lady Tynewood —dijo, con cierta petulancia.

Fue una mujer débil que no supo ser madre ni cargar con ninguna responsabilidad. Hay muchas madres en el mundo incapaces de comprender o simpatizar con las ideas de sus hijos.

—No importa—dijo Marjorie, sin preocuparse—. La enemistad de lady Tynewood no me ha de quitar el sueño.

—Ha sido buena amiga nuestra—insistió mistress Stedman—. Estoy segura de que a tu tío no le agradaría que hubieses ofendido a una mujer de título.

—¡Oh, mamá!—replicó la joven, a punto de echarse a llorar—, ¿qué quiere decir una mujer de título, sino una mujer que se ha casado con el heredero del genio de otra persona? Los únicos títulos que valen la pena son los ganados por aquellos que los llevan.

—Me parece eso muy revolucionario—dijo la madre, severamente—. No quisiera que se te metieran en la cabeza esas ideas socialistas.

A pesar de su inquietud, la joven se echó a reír.

—No hablemos de títulos, madre—dijo—. Tengo algo mucho más importante de que tratar. Mamá —añadió Marjorie, al cabo de una pausa—, tú amas esta casa, ¿verdad?

—Sí, querida—repuso, creyendo que su hija trataba de cambiar la conversación para evitarse la reprimenda—. Pero te digo que lady Tynewood...

—-Dejemos a lady Tynewood por un momento —replicó Marjorie—. Mamá, creo que habrá cosas que tú quisieras más que esta casa y la vida y tranquilidad que nos rodea...

—Por supuesto—repuso, vagamente, mistress Stedman—. Cuando uno piensa en el cielo...

—No estoy hablando del cielo, sino de cosas tangibles de este mundo—dijo Marjorie—: del honor y la felicidad de tu hija, por ejemplo.

Mistress Stedman alzó los ojos y la miro, con aire patético.

—¿El honor de mi hija?—repitió—. Marjorie, no habrás tocado el dinero del hospital, ¿verdad?

Marjorie se levantó, desesperada.

—No sé si reír o echarme a llorar—dijo; y fue hacia la ventana.

—Entonces, ríete—replicó mistress Stedman, poniéndose los lentes y cogiendo una revista—, porque estoy muy deprimida.

—Mamá, ¿y si tuviéramos que dejar todo esto y volver a la vida de antes?

—No digas cosas tan horribles—suplicó mistress Stedman, estremeciéndose—. No resistiría una semana. Gracias a la generosidad de tu tío Salomón, no tenernos que temer nada, mi vida.

—Pero suponte que fuera así—dijo la joven.

—No quiero suponerlo—exclamó—. Marjorie, ya sabes que no estoy bien del corazón. ¿Es que quieres que me ponga mala? Esperaba que estuvieras amable esta mañana. Tengo que decirte una cosa.

—¿Decirme a mí?—repuso la joven, temerosa—. Será quizá mejor que hable yo primero—añadió—. Mamá, ¿cuánto dinero hemos ahorrado en estos cuatro años?

—¡Ahorrar!—exclamó la madre—. ¿Ahorrar, Marjorie? ¿Estás loca?

La muchacha la miró atónita.

—¿Quieres decir que no has guardado nada? —preguntó—. Cuatro mil libras al año... ¿De dieciséis mil libras? No tenemos que pagar alquiler, sino solamente los criados, la comida y el carbón. ¿No has ahorrado nada?—preguntó, medio temblando.

Mistress Stedman movió la cabeza, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—No, querida—exclamó—. No he ahorrado nada. Tengo quinientas libras en el Banco y..., y...—comenzó a sollozar.

—¿Y qué?—preguntó Marjorie—. Dime lo que sea, mamá; por favor.

Estaba pálida como la muerte; y la mano con que se alisó su rubio cabello temblaba violentamente.

—Debo miles de libras—dijo, con ademán histérico, mistress Stedman.

Marjorie se dejó caer en la silla más cercana.

—No me mires así—prosiguió la madre—. ¡Oh, quisiera no haber tenido hijos! Tú nunca me has consolado, Marjorie, y ahora lo necesito.

Por fin recobró la joven la voz; y dijo, trémula:

—Mamá, ¿a quién debes miles de libras?

—A lady Tynewood—murmuró mistress Stedman—. Pero no sé por qué me haces esas preguntas, Marjorie. Yo soy tu madre y me estás faltando al respeto. Va contra todas las enseñanzas del Evangelio examinar a tu madre acerca de su dinero.

Marjorie miró hacia la ventana. ¡Aquello era la explicación de las largas visitas que por la tarde hacía su madre a Monk House, la pequeña propiedad de Alma Tynewood! No tenía nada de particular que lady Tynewood enviara su auto a recogerla.

—Supongo que habrás jugado al *bridge* con lady Tynewood—dijo la joven, con calma—. Y con míster Javot. ¿Quién era el cuarto?

—Nadie—murmuró mistress Stedman—. Marjorie, al principio tuve tanta suerte, que gané miles de libras. Mas se volvieron las tornas y comencé a perder y a perder. Pero Alma se ha portado muy bien, Marjorie. No debes criticarla; para mí ha sido una buena amiga. Jamás me ha pedido que le pague, aunque yo sé que su renta no es muy elevada.

Marjorie se levantó, se acercó a su madre y le dio un golpecito en un hombro.

—Madre, no debes volver a jugar—dijo—. No podemos sostener eso.

—Recobraré todo uno de estos días—dijo mistress Stedman, ansiosamente—. No tienes idea de las cartas tan malas que me han venido.

—Me lo figuro—replicó la joven, con una triste sonrisa—, si Alma Tynewood jugaba contra ti.

¿Debía hablar a su madre de la carta que había recibido? ¿Para qué? ¿De qué le podría servir, si ella absorbía toda clase de ayuda y consuelos como la arena absorbe el agua, sin devolver nada? ¡Miles de libras! Y la renta se acabaría a la semana siguiente. Marjorie sabía que aquello mataría a su madre. La mataría lo mismo que si cogiera aquel puñal oriental que pendía en la pared y se lo clavase en el corazón. La joven se humedeció los labios y miró a su madre, que, trémula, se había arrinconado en el sofá.

—No te preocupes, mamá—dijo suavemente—. Después de todo, ya nos arreglaremos. Estar casa vale bastante.

—¿La casa? ¡Qué tonterías estás diciendo!—dijo mistress Stedman, olvidando en su indignación su actitud de lástima—. ¡No pensarás venderla ni hipotecarla! Además, que ya la he hipotecado yo —

añadió, con desafío.

La joven, aunque creía que era insensible a estos golpes, estuvo a punto de desmayarse.

—¡La has hipotecado!—exclamó, débilmente—. Pero si no es tuya... Es del tío.

—Nos la dio—repuso mistress Stedman—. Me la regaló. Tengo derecho a hacer con ella lo que quiera. Eres muy atrevida, Marjorie; precisamente ahora estaba yo pensando en escribir a tu tío, que tanto nos quiere, y pedirle algo prestado. Le podrías decir tú que te ibas a casar, o algo así...

—¡Que me iba a casar!—exclamó la joven, riendo nerviosamente.

Entonces, con gran asombro de mistress Stedman, Marjorie se levantó, salió de la habitación y su madre la oyó subir las escaleras, cerrar la puerta de su habitación y echar la llave.

## 10

## MARJORIE ENVÍA EL TELEGRAMA

El joven, que esperaba a la entrada de la avenida, en traje de montar a caballo, era atrayente; pero algo afeminado. Llevaba el pelo rubio pegado a la cabeza y resplandeciente de brillantina; las uñas, arregladas por una manicura, y sus manos, de las que estaba tan orgulloso, eran muy blancas y bonitas. Levantó una de ellas para quitarse el sombrero cuando Marjorie, vestida de paseo, cruzó la verja.

—Hola, Marjorie—dijo—, creí que montarías a caballo por la mañana.

Lance Kelman era primo de ella, hijo de un hermano de su madre. Hombre joven, poseía una ilimitada confianza en sí mismo, confianza que había tratado de imponer a Salomón Stedman..., porque Lance Kelman había emprendido su peligroso viaje al África del Sur buscando un trabajo cómodo en que toda la tarea estuviese a cargo de otro, o, mejor, una bonita colocación, gracias al lejano parentesco.

Todas sus esperanzas se vieron defraudadas. Marjorie sabía que lo que él pensaba de Salomón Stedman no era muy halagador ni piadoso para el viejo. A la joven no se le había ocurrido discutir con su primo el asunto que la preocupaba; pero comprendía que debía hablar de ello con alguien o se volvería loca.

Necesitaba ánimos, un poco más de vigor para enfrentarse con aquella crisis suprema de su vida.

—Sí, sí—se apresuró a decir—. Montaré esta tarde.

—-Pensaba llevarte  a Tynewood  Chase—dijo él.

Tenía la costumbre de hablar como si todas las tierras fueran suyas; pero esta presunción no divirtió a Marjorie, que hizo un gesto.

—No quiero nada hoy con los Tynewood—repuso—•. ¿Vendrás a la cena mañana, Lance?

El asintió, pero frunciendo un poco las cejas.

—No sé por qué no me has puesto en tu misma mesa—dijo en son de reproche—. No es que me

importe la realeza, pero me gustaría estar junto a ti. ¿Y qué es lo que pasa con lady Tynewood?—se apresuró a preguntar—. ¿Os habéis vuelto a pelear?

—Yo no me he peleado; ella se lo ha dicho todo —dijo Marjorie—, y por el mismo asunto..., el sitio en la mesa principal de la cena de mañana. Me gustaría no asistir a la comida.

—¿Es que no la han colocado a ella allí?—preguntó Lance.

—No—repuso Marjorie, cuyos nervios estaban a punto de estallar—, y me alegro. No tengo nada que ver con la colocación de las mesas..., ni las primeras ni las últimas.

Lance estaba disgustado por la misma razón que lady Tynewood, y salió ahora en su defensa.

—No es una mala persona, créeme—dijo—. Conocedora del mundo. Yo siento un gran respeto por ella. No tiene nada que ver con los sentimientos que me mueven hacia ti, querida—añadió.

—Ahora voy al pueblo, Lance—dijo ella, impaciente por marcharse—. ¿Estarás preparado para las dos? Te sienta tan bien el traje ese—prosiguió, sonriendo—, que yo en tu lugar no me lo quitaría.

El hizo un gesto de satisfacción.

—Está bien, a las dos. Pero ¿no puedo ir al pueblo contigo?

Marjorie negó con la cabeza.

—No, voy al correo a hacer un encargo—replicó—, y prefiero ir sola.

La joven no esperó a que Lance insistiese, sino que, haciendo un movimiento con la cabeza, se dirigió, apresuradamente, hacia la cuesta que conducía al pueblo de Tynewood.

¡Tynewood! ¡Tynewood! ¡Cómo detestaba aquel nombre, aunque había sido algo feliz en aquella vecindad! Pero la presencia de Alma Tynewood envenenaba toda dulzura; y ahora tenía a su madre entre sus garras y la obligaba a ella a tomar una decisión que repugnaba a su alma y su conciencia. En aquel momento, odió a lady Tynewood con todo su corazón.

Aquella mañana iodo conspiraba contra ella. La oficina de Correos estaba en el extremo de una calle por la que ella raras veces pasaba, ya que la estación del ferrocarril se hallaba a dos millas de distancia, en la dirección por donde había venido. Mientras Marjorie andaba, Perkins, el carnicero, salió de su tienda y se acercó a ella quitándose la gorra.

—Perdone que la moleste, miss Stedman—dijo—, pero llevo unos quince días queriendo verla.

—¿A mí?—preguntó Marjorie, sorprendida—. ¿Para qué?

—Pues..., señorita—repuso el otro, turbado—, no me gusta molestar a parroquianos como ustedes, tan respetados en el pueblo, pero querría que su señora madre arreglara esa cuenta que tiene conmigo.

El corazón de Marjorie dio un vuelco.

—¿Debe mucho?—preguntó.

—Ciento veinte libras, señorita—contestó el carnicero—. Quizá no sea mucho para ella, pero para

mí, y ahora precisamente que necesitaba dinero...

Marjorie se mordió los labios.

—Está bien, Perkins—dijo—; ya haré yo que se le pague.

Apenas había dado una docena de pasos cuando encontró a Grain, que la aguardaba. Grain era el maestro de obras del pueblo.

—Miss Stedman—dijo, tan turbado como el carnicero—, ¿sería pedirle demasiado que le recordara usted a su madre que aún no ha saldado la cuenta? Llevo ya un año con ella. Se acordará usted que hubo que hacer reparaciones en su casa y la pintamos por dentro y por fuera la primavera pasada.

—¿Es mucho?—preguntó ella con voz poco segura.

—Cerca de ciento ochenta libras, señorita. He escrito a su madre; pero no me ha contestado.

—Yo me encargaré de eso, Grain—respondió la ¡oven—. Mamá ha estado muy ocupada últimamente, y se le habrá olvidado.

Marjorie se sintió mala al pensar que cada uno de aquellos pobres comerciantes, que apenas si podían salir adelante, eran acreedores todos de su madre. Si necesitaba algo que viniera en ayuda de su propósito, aquellos míseros detalles se lo proporcionaron.

Entró en la oficina de Correos y cogió una hoja amarilla que había en un rincón.

—Esa es para el extranjero, señorita—dijo la encargada.

—Ya lo sé—repuso Marjorie.

Algo la impedía escribir; pero, por fin, haciendo un esfuerzo, mojó la pluma en el tintero y dirigió el telegrama a "Salomón Stedman, mina de Stedman, Vryklook, Sudáfrica". Volvió a detenerse, sin ánimos para seguir, y luego, decidiéndose repentinamente, escribió: "Acepto a Pretoria Smith", y firmó con mano segura: "Marjorie Stedman."

## 11

## MARJORIE DICE LA NOTICIA

—¿Qué le pasa a Marjorie?—preguntó Lance Kelman, mientras encendía una cerilla.

Mistress Stedman hizo con las manos un gesto en que daba a entender su ignorancia.

—No puedo comprenderla; y a medida que va siendo mayor se aleja más de mí—repuso, quejándose—. No siente por mí simpatía ni comprende mi temperamento.

—Es muy joven—dijo Lance, condescendiente—. Quizá si viajara algo, tendría un espíritu más amplio v se daría más cuenta de las cosas.

Mistress Stedman, que comprendía muy bien a su sobrino, le miró admirada.

—Me gustaría que Marjorie cambiara—dijo—. A veces deseo que se case. ¿Sabes lo que pensé cuando fuiste a África a ver al viejo Salomón?... Fuiste muy valiente en emprender ese viaje... Me hubiera gustado que Salomón hubiera hecho tu fortuna y que volvieras en disposición de casarte.

—Con Marjorie, ¿no?—preguntó Kelman, nada disgustado ante aquel proyecto—. Sí, yo también lo pensé—añadió—. Ella es muy buena, aunque de opiniones muy estrechas, tía.

—Esa es mi idea, exactamente—dijo mistress Stedman, mirando nerviosamente el reloj—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—¿Vas a salir, tía?—preguntó Lance.

—Lo pensaba—repuso, bajando la voz—; pero te ruego que no se lo digas a Marjorie. Está obsesionada con lady Tynewood.

—Vas a casa de Alma, ¿eh?—dijo el sobrino—. Estoy de acuerdo contigo; lady Tynewood es una gran persona. El otro día le conté mis preocupaciones, y ella me dijo si yo había visto alguna vez a su marido..., ya sabes, sir James Tynewood. Se escapó, según creo, aunque jamás he sabido toda la verdad.

—Se cuentan muchas cosas—comenzó a decir mistress Stedman; y la llegada de Marjorie la interrumpió.

La joven venía bellísima en traje de amazona. Una levita gris que le sentaba perfectamente le caía hasta donde las botas de montar subían sujetando los pantalones por encima de la rodilla. Lance la miró, admirado.

—Para ser tan mojigata, Marje, a veces te vistes de modo muy atrevido.

—Yo no soy mojigata, y haz el favor de no llamarme Marje—dijo Marjorie—. Suena a eso que poníamos en el pan cuando vivíamos en Brixton.

—Querida—repuso mistress Stedman, estremeciéndose—, no hablemos de aquellos tiempos horribles.

La joven lanzó un suspiro.

—¿Estás tú dispuesto?—preguntó.

Sin esperar contestación salió de la casa; y se dirigió a donde guardaban los caballos. Lance se apresuró a seguirla para ayudarla, pero ella tenía ya puesto un pie en el estribo y saltó a la silla antes de que él la tocara.

—Eres muy independiente—gruñó Kelman; y se disgustó bastante, porque se enorgullecía de saber cómo hay que ayudar a una dama en aquellas circunstancias.

Cruzaron un largo y estrecho sendero bordeado de macizos, sin que Marjorie hablara durante cierto tiempo. Quería contarle a Lance lo que había hecho, y no dudaba de cuál sería su opinión.

—Tu madre me habló de Tynewood—dijo él, y la joven murmuró algo.

—Espero que no irá hoy allí—exclamó de repente; pero Lance no contestó.

—Tú no has estado nunca en Chase, ¿verdad?

Marjorie había ido una vez. Se acordó de ello estremeciéndose.

—No lo he visto nunca—repuso, y no mentía.

—Es un edificio de la época Tudor, muy hermoso, con un parque magnífico. ¡Dios sabrá por qué ese hombre ha abandonado a una mujer tan encantadora y una posición de esa clase!

—¿Te refieres a sir James Tynewood?—preguntó ella; y él asintió.

—-Sí. Dejó a su mujer, tú ya sabrás, pocos días después de la boda. Aquí no se sabe la verdadera historia. Sir James tiene dos fincas, y suele pasarse le vida en la otra. Realmente, en Chase no existe quien le conozca más que el viejo encargado de la verja. Se casó hace cuatro años, por sorpresa. Lady Tynewood trabajaba en el teatro, como tú sabes.

—Oí algo de eso.

—Creo que él debió de volverse loco—dijo Lance—. Dejarla, sin una palabra...

—¿Quién te contó todo eso?—preguntó la muchacha.

—Bueno, para ser sincero, te diré que lady Tynewood me contó la triste historia de su vida, o parte de ella, el otro día, cuando estuve tomando el té —contestó Lance, con aire de indiferencia.

—Comprendo—afirmó la joven, sonriendo para sí—. Continúa, haz el favor, que sir James Tynewood me interesa mucho. Realmente, es la única cosa de Tynewood que me interesa.

—El se escapó—prosiguió Lance, orgulloso de conocer la historia de tan buena tinta—. Se casaron bruscamente en Londres, y él, que era algo alocado, se metió en algunos líos antes de conocer a Alma..., quiero decir a lady Tynewood. Recuerdo que yo estaba en Winchester por entonces... Vino en todos los periódicos, y uno de ellos aludió a que lady Tynewood llevaría ahora el famoso collar de los Tynewood..., ya sabes, ese de diamantes...

—Ya me suponía que no sería un collar de perro —repuso ella, sin sonreír; y Lance la miró con desconfianza.

—Bueno, el caso es que ella insistió en que sir James se lo diera; él vino a Tynewood Chase—se detuvo con ademán dramático—, y desde este momento... no se le volvió a ver. A la mañana siguiente, Alma Tynewood recibió una carta de su abogado, diciendo que, aunque James se había casado con ella, no se le permitía transponer las puertas de Chase. Se le aseguró un poco de dinero, completamente suficiente para una mujer de su posición, y la primera noticia que tuvo fue leer un suelto en el periódico, donde se decía que sir James Tynewood había salido para África del Sur.

—¿África del Sur?—preguntó inmediatamente la joven—. ¡Ah, claro! El *Carlsbrooke Castle* va allí, ¿no?

—Yo no he hablado del barco—dijo Lance, satisfecho de haber despertado tanto interés y no molestándose en preguntar (con gran contento de ella) por qué asociaba aquel vapor con el desaparecido sir James—. Pero ¿por qué dices África del Sur en ese tono de voz tan raro?

—Porque es un país que me interesa—dijo ella, con voz tan ronca, que Lance se volvió sorprendido

a mirarla—. ¡Voy a casarme con Pretoria Smith!

—¡Pretoria Smith!—exclamó él—-. ¿Qué quieres decir?

—Lee esto.

Marjorie sacó la carta del bolsillo y se la entregó. Lance detuvo el caballo y la leyó.

—¡Pero no puedes hacer esto!—dijo—. Conozco a ese Pretoria Smith... Es un bárbaro... Un camorrista, un rufián. Una vez le vi pegar a un pobre indígena y tuve que intervenir. Estuvo una vez procesado por disparar contra un pastor que se llamaba..., se me ha olvidado, pero es verdad. ¡Y bebe!... Le he visto dando tumbos por la ciudad. Se dice...

—¡Oh, calla, calla!—repuso ella, estremeciéndose y cubriéndose el rostro con las manos.

—-Esto no puede ser, Marjorie.. No es posible que consientas. Querida, yo estaba esperando que llegara el día en que pudiese pedirte que fueras mi esposa.

Ella le detuvo con un gesto.

—No podría casarme contigo—dijo con calma—. No compliques más un asunto ya bastante embrollado.

—¡Pero esto es imposible!—exclamó Lance—. Es una locura. No puedo consentirlo.

Marjorie sonrió,  amargamente.

—Desgraciadamente, no lo podrás evitar—dijo—. Tengo que hacerlo.

No le habló de las imprudencias cometidas por su madre" ni de su tragedia interior, y siguieron el paseo, él lleno de rabia y sintiéndose ofendido personalmente; ella, resignada ante lo inevitable. Así llegaron a las puertas de Chase, donde se detuvieron.

—No tengo muchas ganas de ver hoy esto—elijo la joven, con aire de cansancio.

Desde donde ella estaba, se divisaba la belleza del parque, los árboles altos y llenos de boscaje, el antiguo edificio gris tan majestuoso, con sus ventanas que brillaban a la luz del sol de la tarde.

—Quedémonos aquí. Me gusta este espectáculo. Es muy hermoso—dijo ella, en voz baja.

Y durante algún tiempo el encanto del paisaje le hizo olvidar sus preocupaciones. Mientras estaban allí sentados oyeron el ruido de un automóvil, que poco después apareció y se detuvo enfrente de la verja. Una mujer se bajó del coche.

—Lady Tynewood—'murmuró Lance, y la joven no quiso volverse, pero triunfó su curiosidad de mujer.

Lady Tynewood se dirigió andando hacia la verja, y un portero de librea abrió y se colocó a la entrada.

—¿Puedo hacer algo por su excelencia?—preguntó, tocándose la gorra.

—Quiero entrar—dijo lady Tynewood; pero el otro no se movió.

—Lo siento, señora, pero tengo órdenes de no franquearle el paso, bajo ningún pretexto.

—Pues yo le ordeno a usted lo contrario—respondió la otra, furiosa—. Ya he obedecido demasiado los mandatos de su amo. Insisto en que tengo derecho a entrar aquí, cómo y cuando quiera.

Por toda respuesta, el otro retrocedió y cerró la verja.

—Lo siento, señora—dijo del otro lado de los hierros—. Mis órdenes son estrictas. No puedo dejarla entrar.

Alma se volvió furiosa para encontrarse con Marjorie.

—¡Usted!—dijo, con voz ronca. Se llevó la mano a la garganta como si la costara trabajo respirar—. Esta es otra humillación que ha presenciado, Marjorie Stedman. Ya tengo dos cuentas que arreglar con usted.

Marjorie no contestó al principio, y dijo luego con calma:

—Podrá usted arreglar todas las cuentas que quiera, lady Tynewood, pero jamás serán cuentas de *bridge*.

Y diciendo esto, se alejó.

## 12

## EL HOMBRE QUE NO CONOCIÓ A NADIE

Míster Vanee, de la conocida casa de procuradores Vanee y Vanee, estaba sumido en el trabajo de un día agitado cuando recibió una visita. Al ver la tarjeta alzó las cejas.

—Que pase miss Stedman.

Se levantó y salió a su encuentro.

—¡Placer inesperado, miss Stedman!—dijo, cerrando la puerta detrás de la joven—. Espero que no haya usted venido para hacer alguna consulta.

—Precisamente para eso, no—replicó ella, sonriendo.

—He oído grandes cosas acerca de lo que había usted progresado en el campo—dijo Vanee—. Siéntese. Me alegro mucho de volverla a ver. Jamás tendré una secretaria como usted. Sí, he oído cosas magníficas; me han dicho que ha recaudado usted mucho dinero para el Hospital Provincial. Y que le van a dar un banquete de homenaje... ¿O se lo han dado ya?

—No es, precisamente, un homenaje—respondió Marjorie, sonriendo—. Nos felicitaremos mutuamente, y yo seré una de las participantes. Míster Vanee —añadió, en tono más serio esta vez—, ¿ha conocido usted a mi tío Salomón?

—Creo haberle dicho que le vi una vez—afirmó Vanee—. Solo conservo un vago recuerdo.

—¿Sabe usted  que ha hecho una gran fortuna?

Vanee asintió.

—Me dijo usted eso en una carta, y la felicito. Pero ¿qué pasa?—se apresuró a preguntar—. ¿Lo ha perdido todo?

Ella negó con la cabeza.

—Hay momentos en que me alegraría de que fuera así—dijo tristemente—. No; lo único que ha hecho es...—titubeó—querer mandar en mi vida.

Vanee pareció un poco perplejo; pero luego comprendió.

—¿Le ha elegido a usted un marido?—preguntó.

—Efectivamente.

—¿Y quién es el afortunado mortal?

—Alguien a quien conoce usted muy bien—respondió ella.

La medio esbozada sonrisa desapareció del rostro del abogado.

—¿A quien yo conozco? Habla usted muy misteriosamente, miss Stedman. ¿Es amigo mío?

—No lo sé..., pero yo he hablado con él en este despacho... Míster Smith de Pretoria.

Vanee se levantó del asiento y a su rostro asomó una expresión de duda.

—¿Míster Smith de Pretoria? ¡Imposible!—replicó.

—¡Ojalá!—dijo ella, divertida, a pesar suyo, al ver la sorpresa del abogado, y un poco turbada también.

En pocas palabras, Marjorie contó todo. La llegada de la carta de su tío y su conversación con su madre. Las circunstancias no permitían callar los secretos de esta, y así, la joven habló francamente de la debilidad de mistress Stedman.

—Me deja usted atónito—dijo el abogado, cuando ella terminó—. No tenía ni idea de que míster Smith viniese para Inglaterra.

Meditó un momento, y la joven se fijó en su rostro, observando la emoción que aquella noticia le había causado.

—Le quiero preguntar a usted una cosa, míster Vanee, y le ruego que conteste con sinceridad... Esto parece brusco; pero se trata de algo tan importante para mí...

—¿Qué quiere usted preguntarme?—preguntó él con calma.

—Esto—dijo ella, hablando despacio—: ¿Qué significa aquella escena que yo presencié en Tynewood Chase hace cuatro años?

El se calló.

—A eso no puedo contestar, miss Stedman—dijo al fin—. Lo siento, pero hacerlo sería traicionar la confianza de un amigo y manchar el brillo de un antiguo apellido.

—¿El de los Tynewood?—se apresuró a preguntar ella.

El asintió.

—Entonces quizá quiera usted contestar a esto otro—prosiguió la muchacha—: Si me caso con Pretoria Smith, me caso con el hombre que ha obligado a sir James a desaparecer...; no quiero decir que

le ha asesinado—añadió inmediatamente—, sería demasiado horrible. Aunque sé que sir James ha muerto; no obstante, he sido fiel a mi promesa de no hablar jamás de los sucesos de Tynewood.

El asintió. Había en sus ojos una expresión de tranquilo respeto.

—Le estoy muy agradecido, miss Stedman—dijo—, y cuando sir James vuelva de su retiro lo estará también.

La otra le miró fijamente.

—Sir James Tynewood ha muerto—repuso, y Vanee abrió los ojos.

—Repito—contestó en el mismo tono de voz—que cuando sir James vuelva de su retiro le estará agradecido también.

La joven se acercó algo más a la mesa y apoyó es ella sus dos manos cruzadas.

—Voy a ser franca con usted, míster Vanee—dijo—. Sé que sir James Tynewood ha muerto. Entré por casualidad en su despacho cuando hablaba usted de ello con el doctor Fordham.

El viejo abogado se levantó del sillón y paseó por el cuarto con la cabeza inclinada y las manos en la espalda. De repente se detuvo frente a Marjorie.

—¿Va usted a casarse con Pretoria Smith?—preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Vanee se acarició pensativamente la barbilla.

—Podría usted hacer cosas mucho peores—dijo rotundamente—. Pretoria Smith es un hombre honrado y viene de muy buena familia.

—¿Se llama Smith?—preguntó ella.

—¿Es que hay alguien que se llame Smith?—replicó Vanee, de buen humor—. En fin, miss Stedman —apoyó su mano en el hombro de ella—, ¿querrá usted aceptar el consejo de un viejo amigo?

—¿Qué consejo me da usted?

—¡Cásese con Pretoria Smith!—fue la extraordinaria respuesta.

—¡Casarme con un borracho!—dijo ella, despectivamente.

—¡Un borracho!—exclamó él, asombrado—. ¿Pretoria Smith un borracho?—añadió, con voz incrédula—. ¿Qué quiere usted decir?

—Mi primo Lance Kelman, que estuvo en África, conoce a ese hombre mejor que usted—dijo ella—. Me dijo que había visto muchas veces a Pretoria Smith dando tumbos por la ciudad, completamente ebrio.

Marjorie estaba disgustada con el abogado, e irritada y atónita, porque le hubieran aconsejado que se casase con Pretoria Smith. Contempló con aire de triunfo la expresión de desaliento que asomó al

rostro de Vanee.

—¿Querría usted decirme—prosiguió la joven— cuál es su nombre? No puedo casarme con él sin saberlo.

El abogado vaciló, se frotó la barbilla, perplejo.

—Si se lo digo será previa promesa de que no se lo contará jamás a Pretoria Smith ni a ninguna otra persona.

—Lo prometo—dijo en seguida ella.

—Se llama—exclamó pausadamente el abogado— Norman Garrick.

—Norman Garrick—repitió ella; y luego, teniendo una inspiración repentina, añadió—: ¿Era pariente del... muerto?...

Sintió que el nombre de Tynewood sería inoportuno en aquel momento. Vanee volvió a titubear.

—Hermanastro suyo—dijo, en voz baja—; no puedo decirle más.

Míster Vanee habló entonces de la vida en el campo y del próximo banquete, y la joven se despidió por fin. En el despacho exterior se detuvo para hablar con el primer empleado, antiguo amigo suyo.

—Me acuerdo de los viejos tiempos al verla a usted, miss Stedman—dijo él, sonriendo—. No hemos tenido a nadie en la oficina con quien fuera más agradable trabajar que con usted.

—Si está usted muy ocupado—replicó ella sonriendo—vendré a ayudarle.

—¡Ojalá! Tengo aquí una de cosas que hacer...

Realmente, el escritorio estaba lleno de montones y montones de papel.

—Siempre fue usted muy desordenado, Hermán —dijo ella, y maquinalmente comenzó a arreglar los documentos como había hecho tantas veces.

Al coger un papel se fijó en un montón atado con una cuerda roja y lo cogió para ponerlo al lado de los otros. Casi sin fijarse, leyó: "Para el asunto de Norman Garrick."

Dejó caer los papeles, lanzando un ligero grito, y miró al empleado.

El otro la miró extrañado, y metió el montón de papeles en un cajón.

—Uno de nuestros clientes—repuso indiferente—, o, por lo menos, lo era. Murió hace tiempo.

Dos minutos más tarde, Marjorie bajaba la escalera de la casa completamente aturdida.

Pretoria Smith era Norman Garrick... ¡Y Norman Garrick había muerto! ¿Quién era entonces Pretoria Smith? Un hombre que... ¡no era nadie!

## 13

## SU ALTEZA REAL

Llegó la noche de la gran cena que el Consejo de Administración del Hospital Provincial de Droitshire había organizado para celebrar el haber conseguido los fondos necesarios para poder continuar sus tareas. En realidad, se trataba de un homenaje a la secretaria, la muchacha que había

puesto todas sus energías para que la recaudación constituyese un éxito.

Marjorie Stedman había utilizado las amistades hechas en la oficina de Londres; y su dulzura natural y su genio para la organización lograron recaudar la cantidad que hacía falta.

Su alteza real el duque de Wight, presidente del Hospital, había venido de Londres y era huésped del conde de Wadham, que vivía en las cercanías. En medio de la animación y alegría de la fiesta, en que estaban representadas todas las familias de la región, Marjorie, primorosamente vestida con un traje color blanco y plata, intentó olvidar los sucesos del día anterior, y recibió sonriente las felicitaciones de los invitados que llenaban el County Hall.

Lord Wadham, un hombre de pelo blanco y rostro encendido, que llevaba siempre un monóculo, se abrió paso hasta la joven.

—¡Oh! ¡Usted aquí!—dijo, en voz alta. Tenía una voz que parecía una sirena, y sus murmullos podían oírse desde el otro lado de la calle—. Venga, señorita Stedman. Quiero presentarle a su alteza real.

Cruzó a través de la gente hasta el otro extremo de la estancia, donde, rodeado de tres o cuatro señores, se veía la esbelta y juvenil silueta del duque de Wight, con la banda azul de la Liga sobre la nívea pechera de su camisa.

—¿Me permite vuestra alteza que le presente a miss Marjorie Stedman, que tanto ha hecho por el Hospital de Droitshire?

El duque sonrió y extendió la mano.

—He oído hablar de usted—dijo—, y quería conocerla personalmente. Tengo mucho interés en que este Hospital prospere, y creo que sin su energía y su inacabable actividad, todos nuestros esfuerzos hubiesen sido inútiles.

Ella hizo una cortés inclinación y sonrió al estrechar la mano del duque.

—Vuestra alteza no puede imaginarse qué placer es trabajar para el Hospital.

—Mi alteza comprende que debe ser un placer trabajar con usted, como habrán pensado los del Hospital—dijo el príncipe, con naturalidad, y luego miró a lord Wadham y al reloj.

En aquel momento un lacayo anunció que la cena estaba servida, y todos se dirigieron al amplio comedor.

El banquete se celebraba en grupos separados. Había cincuenta mesitas que llenaban la estancia, y en un extremo otra más larga, adornada con plantas y deslumbrante por la plata que había sobre ella, a la cual fue conducida Marjorie del brazo de su alteza real.

—Estará usted a mi derecha—dijo él, y Marjorie se sentó, dándose cuenta de los ojos envidiosos que la miraban desde todas partes.

Las familias nobles del condado solo veían en aquel honor una recompensa a sus esfuerzos, y les

agradaba; pero la gente menos importante, los recién llegados, la odiaban; y entre estos podría contarse a lady Tynewood, que había contemplado el triunfo de la joven desde una mesa colocada en medio de la estancia. Se volvió hacia su compañero.

—Bien, míster Lance, ¿qué opina usted de su prima?

—¡Oh, está muy bien!—dijo Lance Kelman, y comprendiendo que no sería diplomático hablar bien de Marjorie delante de aquella dama, añadió, sin pensar en la deslealtad que cometía—: ¡Tiene demasiados humos! Cosas de jóvenes.

Lady Tynewood le miró, divertida.

—No creo que sea usted tan viejo, ¿eh?—dijo con sarcasmo—. Va a casarse con un minero de África del Sur, ¿verdad? Pretoria Smith...

—Un perfecto animal—repuso, con violencia, Lance—. ¡Si ella le viera como yo le vi, le rechazaría en seguida! Marjorie no tiene carácter y me alegraré de que se lleve una lección.

Marjorie no pensaba en aquel momento en Pretoria Smith ni en nadie. El príncipe le hablaba del Hospital, cuando de repente se fijó en Alma.

—¿No es lady Tynewood?—preguntó.

—Sí—repuso la joven—. ¿Le conoce vuestra alteza?

—Conocí a su esposo—repuso, evasivamente, el Príncipe—. Estuvimos los dos en Eton e hicimos juntos varias cacerías. Un gran muchacho—movió la cabeza—. Jamás comprendí ese extraordinario casamiento.

Y entonces, recordando que a los miembros de su familia les está prohibido criticar y comentar ningún escándalo, cambió de tema.

Lady Tynewood se dio cuenta de que el príncipe se fijaba en ella, y adivinó, con su instinto femenino, que no había sido una mirada cordial.

—Lance—dijo, con familiaridad—, haz el favor de ir al vestíbulo. Tengo allí mi bolso y unos gemelos pequeños de teatro. Como me ha costado dinero la cena, tengo derecho a mirar a su alteza real.

A Lance le divirtió aquello, y obedeció. El vestíbulo estaba desierto, y la mujer encargada del guardarropa de señoras encontró prontamente el bolso y se lo dio.

Iba a volver al comedor, cuando se fijó en un hombre que había en pie, vacilante, en medio del vestíbulo. Volvió a mirarle, y entonces se le ocurrió una idea genial. Un plan astuto, cuyas consecuencias no pudo prever. El hombre que estaba en el vestíbulo era alto, de anchos hombros, rostro afeitado, enérgico, pero casi sin expresión, como si llevara una máscara que ocultara sus sentimientos. Vestía un traje raído, propio de un almacén de África, y llevaba una camisa de cuello blando, desabrochado.

Lance se metió el bolso de lady Tynewood en el bolsillo y se acercó a él.

—¡Hola!—dijo; el forastero se volvió para mirarle.

—¡Hola!—replicó con voz algo ronca.

—Es usted Pretoria Smith, ¿verdad?

El hombre vaciló y contestó con aire cansado:

—Así me llaman. Y usted, ¿quién demonios es?

—¿No se acuerda? El sobrino de Salomón Stedman.

—¡Ah!, sí, ya caigo—repuso el otro, asintiendo—. Entonces quizá quiera usted decirme dónde está el hotel. He venido aquí creyendo que era este; pero, por lo visto, aquí hay una función o algo así.

Entonces la idea tomó forma, y Lance Kelman, olvidándose de toda discreción y de las consecuencias de su impertinencia, cogió a Pretoria Smith por un brazo.

—Venga—dijo—. Conozco un camino que le llevará directamente al lado de la persona a quien busca usted.

—Un momento—repuso Pretoria Smith—. ¿De qué se trata?

—¿No tiene usted hambre?

—Sí—dijo Pretoria Smith al cabo de una pausa—, pero tengo más sed.

Mientras hablaba se caía hacia uno y otro lado.

"Está borracho—pensó Kelman, triunfalmente—. Ahora verás, Marjorie, la clase de hombre con quien te vas a casar."

—Voy a llevarle donde pueda beber... todo lo que quiera—dijo, y le condujo por el pasillo que corría paralelo al comedor.

Había allí varias puertas que se usaban como salidas cuando se daba alguna función. Lance adivinó cuál estaría enfrente de la mesa principal. Le costó algún trabajo abrirla, pero al fin lo consiguió, e hizo entrar al otro a la vista de todo el mundo.

El príncipe miró hacia él, sorprendido. Marjorie contempló asombrada al hombre a quien no había visto desde hacía cuatro años; su instinto le advirtió que estaba borracho y se puso pálida. Un silencio momentáneo reinó en el vestíbulo al ver aquel extraordinario visitante, y fue Lance Kelman quien lo rompió.

—Alteza real, señoras y caballeros—gritó—, permítanme que les presente al novio de Marjorie Stedman..., Pretoria Smith.

El otro volvió los ojos, medio atontado, y luego se inclinó hacia donde estaba el príncipe, mientras Marjorie, asustada y medio sin sentido, se echó hacia atrás en su silla.

—¡Está borracho!—dijo lord Wadham, mientras Pretoria Smith cayó, con estrépito, contra la mesa, frente a frente de su alteza real.

## 14

## EL INTRUSO

Jamás podría olvidar Marjorie Stedman aquella escena de horror y humillación. La enorme habitación, iluminada por centenares de luces, las paredes cubiertas de banderas, las mesas deslumbrantes, todos los rostros encendidos y vueltos hacia ella, y allí al otro lado..., se estremeció de angustia..., la figura grotesca de Pretoria Smith.

El estaba hablando una jerga extraña e incomprensible, como un borracho que solo a medias se da cuenta de lo que le rodea; y dominando el espectáculo la serena figura del príncipe, con las manos apoyadas en la mesa, la cabeza ligeramente inclinada y los ojos fijos en aquella ruina que tenía delante de él.

Fue su alteza quien primero se movió. Dio la vuelta a la mesa antes que ninguno de su séquito pudiera llegar a él, levantó a Pretoria Smith, y haciendo apartarse a unos cuantos, le condujo medio a rastras al vestíbulo.

Entonces comenzaron a oírse todas las voces, y todo el mundo se fijó en Marjorie, que, mortificada y humillada hasta el último extremo, no se atrevió a cruzar la mirada con nadie. El príncipe volvió luego con calma y se sentó al lado de ella. Se inclinó y le dio un golpecito en una mano.

—Querida amiga—dijo en voz baja—, siento mucho... ¿Quién fue el que le trajo?

Miró a todas partes, y sus sagaces ojos divisaron pronto el rostro turbado de Lance Kelman, y le hizo adelantarse. En el momento en que Lance había hecho su dramática presentación, había quedado como atontado, y al ver moverse el dedo del príncipe se acercó vacilante y aguardó en el mismo sitio poco antes ocupado por Pretoria Smith.

—No sé cómo se llama usted—dijo el duque de Wight, mirándole—ni lo he preguntado, porque no quiero saberlo. Solo le puedo decir, caballero, que su conducta le hace indigno de estar con nosotros; y así, pues, le ruego que se retire.

Lance Kelman se fue sin mirar a derecha ni a izquierda, hirviendo de rabia y miedo, porque temía lo que luego podría pasar. El, Lance Kelman, hombre de posición y posible candidato para el Parlamento, había sido injuriado públicamente. Estuvo a punto de echarse a llorar; y, efectivamente, había lágrimas de humillación en sus ojos cuando entró en su auto y volvió a la casa que había alquilado para el verano.

Poca senté le vio irse o supo por qué se fue. Marjorie Stedman había oído todo, y en cierto modo se lamentó del reproche; el duque debió de darse cuenta, porque volvió a ella sonriendo.

—No come ni bebe usted nada—dijo alegremente—. y eso no puedo permitirlo.

Mientras llevaba la copa de vino a sus labios su mano temblaba, y él lo notó.

—Ha sido horrible para usted, y yo lo comprendo—dijo—. Esa persona que he enviado a su casa es

un impertinente; supongo que tendría algún motivo...

—No sé cuál—repuso la joven, moviendo la cabeza—. Lance y yo somos buenos amigos; pero él está ofendido, según creo, por algo que ha pasado.

Con suavidad y raro tacto el duque consiguió saber toda la historia. La carta que había recibido la joven y el horror de tener que casarse. No le habló de su encuentro anterior ni de las indiscreciones de su madre, pero él comprendió que tenía que haber alguna razón esencial para que Marjorie aceptara la orden de Salomón Stedman.

—Yo no tenía idea de que ese Smith estuviese en Inglaterra—dijo ella—. Mi tío solo decía que se había puesto en camino. Debe de haber venido en el mismo vapor que la carta.

El príncipe asintió.

—¿Qué puedo hacer?'—preguntó con desesperación Marjorie—. Por mi gusto volvería a Londres a trabajar. Pero hay..., hay razones por las que no puedo hacer esto y por las que tengo que aceptar —vaciló—a Pretoria Smith, con todo lo que Pretoria Smith significa.

El joven príncipe guardó silencio. Todos se habían dado cuenta de qué estaban hablando; ni un solo movimiento escapó a los invitados. Vieron de repente levantarse al real duque, y cesó el murmullo de las conversaciones. ¿Iría a hacer alguna aclaración que explicase el incidente de la cena? Pronto se disiparon todas las dudas.

—Señores—dijo el duque de Wight—-, brindo en nombre del rey.

Así, pues, nada se dijo del otro asunto, y cada cual tendría que pensar y adivinar el significado de aquella original escena.

Por lo que ellos sabían, Marjorie no estaba comprometida con nadie, y no parecía de esa clase de muchachas capaces de aceptar a un rufián que se permitiese cometer tales groserías.

Había docenas de hombres en el condado que hubieran sido felices llevando a Marjorie al altar. Tenía innumerables amigos, todos en aquel momento ofendidos y atónitos. Varios jóvenes, en el vestíbulo, hablaron de ir a buscar a Lance Kelman en la primera ocasión y hacerle ver lo indigno de su proceder.

Por fin, el recuerdo del incidente se desvaneció, comenzaron los discursos; y Marjorie, como en un sueño, oyó las alabanzas que el príncipe le dedicaba. Después, ante toda aquella enorme reunión, su alteza prendió sobre su pecho la insignia de la Orden de la Real Cruz Roja. Los vivas fueron espontáneos como atronadores.

Lady Tynewood no gritó. Miró la escena e hizo una mueca de desprecio.

—Ese hombre debe de haberse enamorado de ella también—dijo en voz alta—para haber olvidado cosa tan desagradable.

Su vecino, un hidalgo de recias espaldas, la miró bajo sus cejas pobladas...

—No me agrada ese comentario, señora—repuso, y se fue.

Ella no le hizo caso. Todo su espíritu estaba concentrado en otro asunto... Cómo podría servirse de Pretoria Smith, cuyo rostro había visto por primera vez en la vida.

## 15

## MISTRESS STEDMAN SABE LA NOTICIA

Aquella noche, lord Wadham llevó a su casa a Marjorie. Estaba entusiasmado, y así lo gritó a la joven.

—Muy buen chico, el príncipe—exclamó—. Buena persona. Con hombres como él al frente de los asuntos no hay que temer revoluciones ni anarquías. ¡Usted se ha portado magníficamente, amiga mía, magníficamente! Jamás he visto a una señora aquí que hubiera sabido estar como usted en estas circunstancias. Es usted encantadora.

La joven sonrió débilmente y tocó la brillante condecoración. Decir que no se había alegrado y emocionado cuando se le tributó aquel honor sería decir que no era humana. Más tarde quizá recordara a Pretoria Smith y el insulto que se le había hecho. Pero ahora pensaba en cosas más agradables.

—Kelman es idiota—rugió lord Wadham—. Estoy seguro de que él solo no se hubiera atrevido a hacer eso. Esa Tynewood de todos los demonios ha debido de proponérselo. Una pájara de cuidado, querida, de mucho cuidado.

En ocasiones, el lenguaje de lord Wadham era fuerte y violento. Pero la joven no se ofendió por ello en aquel momento. Más bien estaba inclinada a compartir sus sentimientos y darle las gracias por expresar así sus íntimas opiniones.

El auto se paró ante la avenida; lord Wadham vio llegar a la joven hasta la puerta y la dejó. Marjorie logró contenerse hasta llegar al gabinete; pero luego, la vergüenza de lo ocurrido la hizo desmayarse durante un momento. Se sentó en un sillón, cansada, ofendida e indiferente a todo. Mistress Stedman entró en un momento muy inoportuno. Venía muy cariñosa.

—¿Qué tal fue todo, querida?—exclamó—. Estoy segura de que tuviste un gran éxito con ese vestido. Querría que te hubiera visto tu pobre padre. A mí no me gusta el blanco sobre plata; es un poco teatral, pero la juventud ha cambiado tremendamente de mis tiempos acá. ¿Estuvo simpático el príncipe?

Marjorie se reanimó haciendo un esfuerzo.

—Me dio esto—dijo, indicando la condecoración.

Mistress Stedman se impresionó bastante.

—¿De veras? ¡Qué amable!—dijo—. ¿Es de oro o imitación? Yo siempre he creído que las condecoraciones eran falsas. Tu pobre tío Juan, el que fue atropellado por un ómnibus, tenía una

condecoración del sha de Persia; todo cartón, querida, cartón.

—Mamá—dijo Marjorie, que se había quitado la medalla—. Voy a casarme.

La otra la miró asombrada.

—¿A casarte, Marjorie?—dijo en son de queja—. Hija mía, no me habías dicho nada. La mejor amiga de una muchacha es su madre, y debe ser la primera a quien se cuente todo lo importante.

—Voy a casarme con Pretoria Smith—dijo la joven—. No se llama Smith, y es buscador de oro, o ladrón, atracador o no se qué. Tiene mucho dinero. y bebe mucho.

Mistress Stedman miró a su hija muy alarmada.

—¿No habrás bebido tú también mucho, querida? —dijo—. Es muy malo para una muchacha. Cuando yo era joven tomábamos entre tres un vaso de oporto, y aun con eso se me iba a mí la cabeza.

Marjorie salió de la habitación; y volvió con la carta de tu tío.

—Quiero que leas esto, mamá—dijo.

Mistress Stedman miró a su hija con desconfianza, y se puso los lentes.

—¿No vas a casarte con Lance?—preguntó.

— ¡Con Lance!—exclamó la joven en un tono tan de desprecio, que su madre se quedó con la boca abierta.

—Es un muchacho muy simpático—respondió.

—Lee esa carta, mamá—dijo Marjorie—. Me volveré loca si sigues haciéndome preguntas.

Mistress Stedman leyó la carta. Cuando terminó estaba algo pálida.

—Supongo que obedecerás, ¿verdad, querida? —dijo—. No conoces a ese señor; pero estoy completamente segura de que tu tío no te recomendaría a un esposo si este no fuera una persona respetable.

—Tan respetable, que fue a la cena borracho y con todo el aspecto de un mendigo—repuso la joven amargamente—. ¡Insultó al príncipe y se desmayó encima de la mesa! ¡Y el animal de Lance le llevó allí!

—Estoy segura de que Lance no ha podido hacer una cosa tan incorrecta—dijo mistress Stedman—. Pero, querida, supongo que pensarás casarte con él.

—Eso creo.

—Entonces todo va bien—afirmó mistress Stedman, satisfecha, quitándose los lentes—. Quizá todo termine en bien para ti. Con estos casamientos románticos siempre sucede eso.

—¡Románticos!—dijo Marjorie, desesperada—. Mamá, ¿no te das cuenta de lo que significa para mí este matrimonio? ¿Crees que yo voy a casarme contenta porque es una cosa romántica, o esperando que vaya a traer esto nada más que desgracias?

—Entonces, querida—repuso mistress Stedman—. ¿por qué hacerlo? No importa que nos arruinemos ni que yo me muera de hambre. Si piensas así, no te cases. No te ocupes de mí; yo no soy nadie.

Y tapándose la boca con el pañuelo, hizo unos gestos de dolor.

Afortunadamente, llamaron a la puerta en aquel momento. La joven lo oyó; su madre también, y se le olvidó seguir lamentándose.

—¿Quién será a estas horas?—dijo.

Marjorie tenía un miedo horrible a que fuese Pretoria Smith, y necesitó de todo su valor para seguir allí quieta. Cuando entró la doncella y anunció a Lance Kehnan, casi se tranquilizó.

## 16

## EN BREVE CONTRAERÁN MATRIMONIO...

Lance Kelman estaba muy turbado. El también se sentía ofendido.

—Ya te habrás fijado, Marjorie—dijo—, de qué modo más vergonzoso me trató ese duque de todos los demonios. Jamás fui partidario de la realeza, y ahora...

La joven le detuvo con un gesto.

—Lance—dijo con calma—, te portaste como un villano esta noche. No sé por qué razón, a no ser porque tu despreciable amor propio se ofendió cuando supiste que iba a casarme con otro. No me interrumpas—añadió alzando la voz—. Me humillaste ante todo el mundo, creyendo que así terminaría con Pretoria Smith y me casaría contigo. Una cosa te digo, Lance—y fijó sus ojos ardientes en él—: que antes preferiría casarme con Pretoria Smith o con veinte Pretorias Smith que con un hombre como tú. El puede no haber sido educado y no saber portarse de otro modo. Tú has estado en un colegio y pasas por un caballero. Para vengar tu vanidad has hecho de mí el hazmerreír del Droitshire. Te mereciste todo lo que te dijo el príncipe, y ahora... ¡vete!

Marjorie señaló hacia la puerta; y Lance Kelman. después de intentar hablar en vano, se marcho sin que se le ocurriera lo que debía haber contestado en aquellas circunstancias hasta que estuvo acostado.

Para Marjorie fue aquella una noche en que no pudo descansar. No tenía sueño, y al llegar el alba estaba sentada, con su quimono de seda, ante el balcón, viendo desaparecer las estrellas hacia Occidente. El aire estaba perfumado con el fuerte aroma de las flores que llegaba hasta ella. Poco a poco se desvanecía su fatiga. La tranquilidad del ambiente llevó la paz a su espíritu agitado.

Su cuarto daba a la carretera, porque el extremo del edificio estaba separado tan solo doce yardas del alto macizo que separaba el camino público de la finca de su madre. La ventana dominaba parte de aquella; y Marjorie vio a un hombre que andaba por medio de la carretera acercándose hacia la casa. Se preguntó la joven si sería un trabajador que a hora tan temprana se dirigía a alguna granja;

pero por el modo de andar adivinó que no era así. Le estuvo mirando hasta que se acercó a muy poca distancia. Llevaba el sombrero en la mano. Y entonces, lanzando un grito, le reconoció. Era aquel hombre que había entrado en el comedor... Pretoria Smith. Ahora estaba sereno, y quizá, pensó Marjorie, habría dado un paseo para que se le pasaran los efectos de su embriaguez anterior.

No miraba sino de frente, y solo cuando pasó cerca de ella alzó los ojos. Marjorie había pensado retirarse de la ventana; pero aquella ojeada repentina la cogió por sorpresa. A él también, por lo visto, porque se detuvo y dijo algo. Marjorie oyó "Perdone"; se levantó y cerró el balcón con gran estrépito.

No se molestó en averiguar qué hacía él. Si lo hubiese hecho, habría visto que se encogía de hombros y seguía andando. Entonces, al comprender la joven la inutilidad de todo aquello, se echó en la cama, demasiado abatida para poder llorar. Aquel hombre iba a ser su marido y era una tontería empezar así, enemigos desde el principio.

¡Su esposo! Marjorie se estremeció y se echó el edredón por encima porque sentía frío. Así se quedó dormida, para no despertar hasta las diez. Se bañó, se vistió despacio y bajó. Su madre estaba en el gabinete con un libro en la mano y un cigarrillo en la boca. Solo desde que conocía a lady Tynewood había tomado esta costumbre; y Marjorie, a pesar de su disgusto, se divirtió en su interior, porque su madre solo fumaba cuando tenía algo desagradable que hacer.

—¿Te has vestido ya, querida?—dijo mistress Stedman—. Hay algunas cartas para ti.

La joven las ojeó y las echó a un lado.

—¿No has almorzado?

—Tomé un poco de café en mi cuarto—respondió secamente, Marjorie. Y conociendo los síntomas, preguntó—: ¿Qué te preocupa, mamá?

—Querida—dijo la otra nerviosamente—, he recibido una carta de Alma muy amable...; pero..., pero...

—Pero quiere su dinero, ¿no?

Todo conspiraba contra Marjorie, todo. Si hubiese querido cambiar de opinión, si después de la horrible escena de la noche anterior se hubiese decidido a no aceptar jamás a aquel hombre, el Destino !o disponía de otra manera.

—Quiere el dinero, sí. Claro que Alma tiene muchos gastos, y precisamente ahora le ha sucedido algo inesperado. Puedes leer su carta, si quieres.

—No te molestes, mamá. Ya sé yo cuáles son esos gastos inesperados—dijo la muchacha—. No olvides que he escrito a miles de personas pidiendo dinero para el hospital; y sé lo que todos dicen en estas circunstancias.

—Alma se portó muy bien en este asunto—respondió mistress Stedman en tono de reproche—. Fue

muy generosa.

—Nos dio cien libras y esperaba un anuncio por valor de mil—respondió, lacónicamente, la joven—. Y con mucho gusto cogería ahora otra vez sus cien libras. De modo que quiere su dinero, ¿eh? ¿Para cuándo?

—Para el lunes que viene. Es terrible que yo tenga que pedir a mi propia hija que me ayude en este asunto—dijo mistress Stedman, a punto de echarse a llorar—. Creí que podría arreglarme sin decir nada, porque tuve ayer una suerte extraordinaria.

—¿Volviste de nuevo a jugar?—preguntó la joven—. ¡Mamá!

—¿Por qué no ¡o iba a hacer?—preguntó, indignada, mistress Stedman—. ¡Qué niña! ¡Cualquiera creería que no puede una cuidar de sí misma!

Marjorie suspiró, fue al balcón y lo abrió. Estuvo un rato mirando al jardín y luego se volvió.

—Mamá—dijo—, ¿cuándo me podré casar?

—¿Cuando?—repitió mistress Stedman—. No se el tiempo que tardará la modista en preparar...

—No estoy hablando de modistas—respondió, sin alterarse, Marjorie—. Me refiero a la boda. ¿Con cuánto tiempo de anticipación hay que avisar para que la ceremonia se celebre?

—Pues si sacas una licencia especial..., aunque a mí no me gustan esos casamientos apresurados..., se podrá hacer en un día o dos.

—¡Casamientos apresurados!—repitió Marjorie. irónicamente—. Sí, quiero que sea cuanto antes. Me gustaría que llamaras a míster Curtís para que arreglara lo de la licencia—dijo, aludiendo al abogado del pueblo.

Su madre pareció algo turbada.

—No deberás también dinero a míster Curtís, ¿verdad?—se apresuró a preguntar la joven.

—El caso es...—titubeó la madre—que él tiene lo de los intereses de la hipoteca. Creí que te había dicho que la casa estaba hipotecada.

—No los habrás pagado, supongo—dijo Marjorie, moviendo la cabeza.

—Claro que lo puedo arreglar—repuso la otra dignamente—. Hablaré a míster Curtis y le diré lo que quieres.

Fue al escritorio y cogió una hoja de papel.

—-Marjorie Stedman—dijo, mientras escribía—, hija de Maud Stedman y de Juan Francisco Stedman—escribió algo más y luego se volvió—. ¿Como se llama tu novio, querida?—dijo con toda naturalidad, como si se tratara del casamiento más extraordinario que se había acordado jamás.

—¿El nombre de mi novio?—dijo Marjorie—. Pues... ¡no lo sé!



## LADY TYNEWOOD HACE UNA VISITA

Lady Tynewood entró en su comedor e impidió a Augusto Javot que siguiera leyendo la reseña de las carreras del día. Javot era el mismo hombre alto y delgado de siempre, por el que no parecían pasar los años. Aunque su apellido era francés, su familia procedía del norte de Inglaterra, si bien ninguno de sus miembros se enorgullecía de ello. Se suponía que era el secretario y *factótum de* lady Tynewood, pero su actitud hacia ella no era la de un criado.

Cuando Alma entró en el cuarto, a pesar de la cruda luz de la mañana, su rostro, sin arreglar, era muy agradable de ver.

—Javot—dijo.

El no se movió.

—Javot—repitió, y este se volvió, lanzando un suspiro de resignación.

—¿Por qué me interrumpes?—gruñó—. Ya sabes que me molesta cuando estoy leyendo algo de deportes.

Alma sacó un cigarrillo de un estuche lujoso y lo encendió.

—Javot, ¿te acuerdas de lo que te dije anoche acerca de los sucesos de County Hall?

—Me acuerdo—dijo él—. Hubo jaleo, ¿no? Ese sudafricano entró y lo echaron...

—Lo acompañó hasta la puerta el príncipe de la sangre—respondió Alma sardónicamente—. A quien echaron fue a Lance Kelman.

—Es un idiota.

—Pero puede servirnos—contestó con calma lady Tynewood—. Está medio enamorado de esa muchacha. Yo la odio.

Javot se recostó en la silla, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y sonrió.

—Es muy linda—dijo pensativamente—, muy linda realmente. Me acuerdo...—se detuvo. Javot no era comunicativo ni aun con lady Tynewood. Había reconocido a Marjorie la primera vez que la vio, y se asombraba de que ella no recordara su cara—. Va a casarse con ese minero, ¿no?—añadió—. Uno de esos diamantes en bruto que solo necesitan un poco de educación.

Alma se sentó en la mesa, balanceando las piernas y lanzando bocanadas de humo.

—Fui a Tynewood Chase ayer—dijo—y no me dejaron entrar.

—Eres tonta por ir—repuso el otro fríamente—. Te he dicho una docena de veces que no lo hagas. ¿Por qué no esperas? Más pronto o más tarde, Tynewood morirá, y toda la finca pasará a nuestro poder. Junto con el famoso collar de los Tynewood —añadió significativamente.

Ella no contestó, siempre sumida en sus pensamientos.

—Me gustaría ver a ese Pretoria Smith—dijo—. Es una de esas personas vagabundas que quizá haya encontrado a James. Tiene una cara enérgica—murmuró—. No sé...—se detuvo a tiempo.

—¿Qué es lo que no sabes?—preguntó él con desconfianza.

—Nada—repitió Alma—. Pero podía darnos algunos informes, ¿no crees?

—No es probable—dijo Javot—. Te digo que no te preocupes de sir James Tynewood. Te pasan una buena renta, y eres lo bastante joven para poder aguardar un año o dos. No me harás creer—añadió con sarcasmo—que te preocupas por él porque le amas, ¿verdad? Le conociste solo unas semanas y él estaba borracho cuando se casó contigo.

—Eres un descarado, Javot—Alma saltó de la mesa, pero no había en su voz ningún signo de enfado—. Claro que él estaba borracho cuando se casó conmigo; si no, no lo hubiese hecho. Si no le hubieras tenido toda la noche jugando a las cartas, dándole absenta y coñac, y si no le hubieras llevado completamente aturdido al Juzgado de Marylebone Road. no me hubiese casado con él y no estaríamos a estas horas viviendo tranquilamente aquí, en Monk House.

Javot se rascó una mejilla.

—Confieso que tienes razón. Pero es precisamente lo que yo estoy diciéndote. No te preocupes por él...

—Es que lo que necesito—replicó Alma—es tener pruebas de su muerte, Tú y yo hemos llevado una vida ruda, Javot, y sabemos lo que dura esa gente que bebe tanto y comete tantas locuras. Un clima extremado le mataría en seguida.

—Si tuviésemos una fotografía suya que hacer circular—afirmó Javot pensativamente—, podríamos obtener alguna noticia. Pero, por lo visto, jamás se retrató. Yo he ido a todos los buenos fotógrafos de Londres, y siempre me han contestado lo mismo.

—Pues no debe de ser muy difícil dar con él—insistió la otra—. Ya te acordarás de que le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda.

Javot asintió.

—Un tiro de fusil se lo llevó cuando era niño.

Javot había vuelto a coger el periódico y solo contestó con un gruñido. Alma le miró y se echó a reír.

—Me voy—dijo.

—¿Adonde?—preguntó él.

—A ver a nuestra querida Maud Stedman.

—¿Qué hay del dinero?

—Le he escrito pidiéndoselo... Le dije que tenía muchos gastos...

—¿Crees que pagará?—preguntó Javot, que siempre se interesaba por los asuntos financieros.

—Estoy segura. Su hija va a casarse con un hombre rico... Lance me lo dijo anoche. Fui tonta pidiéndole el dinero; pero envié la carta antes de hablar con Kelman. No debí disgustarla; por eso voy a decirle ahora que no me importa esperar

Se echó a reír, y Javot hizo un gesto de aprobación.

Mistress Stedman estaba dando de comer a los pájaros cuando lady Tynewood apareció en la avenida con un elegante traje de paseo y balanceando un bastón. La madre de Marjorie besó cariñosamente a su visitante.

—¡Oh querida Alma! Ese dinero...

—Amiga mía—repuso Alma con su sonrisa más dulce—, no hablemos de ello. He logrado saldar todas mis cuentas sin molestar a mis amigos; de modo que esa carta como si no hubiese sido recibida. Ahora quisiera tomar una taza de té. Me entusiasma el té por las mañanas.

Mistress Stedman hizo un gesto misterioso y señaló a la casa.

—Querida—dijo, bajando la voz, aunque no hacía falta, porque estaba a más de cincuenta yardas de la ventana más cercana—, no podemos entrar. El..., él está ahí.

—¿Él?—repitió Alma, intrigada—. ¿De qué *él* estás hablando?

—Del novio de mi hija. De... míster Pretoria.

—Precisamente tengo muchas ganas de verle—exclamó Alma; y cruzó el jardín.

## 18

## EL ENCUENTRO

El había venido. Marjorie no esperaba que lo hiciera tan pronto, después de su desagradable aventura de la noche anterior. Por lo visto no estaba avergonzado. La joven había visto salir a su madre de la habitación; logró escribir una carta de gracias a lord Wadham. Luego llamaron a la puerta y entró una doncella, muy agitada, como si estuviera enterada de los secretos de la casa, y que, probablemente, lo estaría.

—Míster Pretoria Smith—dijo.

El entró y Marjorie se levantó para ir a su encuentro.

Se miraron durante unos segundos. El vio una muchacha de delicada belleza y se quedó muy sorprendido. La noche anterior no había reparado en ella, y lo de aquella mañana solo había durado un segundo. Al examinar la gracia de Marjorie se quedó como si hubiera recibido un golpe.

Ella, por su parte, vio a un hombre alto, no tan ancho de espaldas como se lo imaginaba. Su rostro estaba curtido por el sol africano, sus ojos eran muy azules (y llenos de sangre, por algo que la joven adivinó). Su cara parecía una máscara por lo impasible, y cuando estaba rígida imponía. Llevaba aún él mismo traje raído de la noche anterior, que le sentaba muy mal, como si hubiese sido hecho para un hombre más ancho y bajo que él.

Fue un momento de terrible turbación para los dos.

—Yo soy el hombre de quien le ha hablado su tío—dijo él—. Me llaman Pretoria Smith, pero no es ese mi hombre.

Marjorie jamás había pensado que tal fuese; pero no dijo nada. Ni siquiera cuando él añadió:

—Me gustaría casarme con ese apellido, no obstante. Para la legalidad del matrimonio da lo mismo...; se armaría algún jaleo, pero el casamiento valdría lo mismo.

Para Marjorie, la cuestión de los nombres no tenía importancia, comparada con el hecho mismo de la boda.

—Yo no necesito presentarme—dijo con calma—. Soy Marjorie Stedman, la sobrina de Salomón Stedman. Le he visto a usted antes..., en la oficina de míster Vanee. Yo era su secretaria.

El la miró.

—¿En la oficina de Vanee?—dijo—. ¡Ah, ya me acuerdo!

Frunció algo las cejas, como si tratara de recordar su cara, y Marjorie pidió a Dios que no la asociara a ella con lo acaecido aquella terrible noche de Tynewood Chase; y, por lo visto, no fue así.

—¿No quiere usted sentarse?'—dijo ella, y el otro obedeció, algo perplejo. Marjorie se dio cuenta de que él la miraba con firmeza y sin turbarse. En vez de molestarla, prefirió aquello a la mirada de azoramiento que ella esperaba—. ¿Es usted amigo de mi tío?—preguntó en tono de conversación cortés.

—Muy íntimo—dijo él, carraspeando—. Nos conocemos desde hace... cuatro años. Le salvé la vida —añadió, sin darle importancia.

—¡Ad!, ¿sí?—dijo ella, interesada.

—Había salido a buscar oro—replicó Pretoria Smith—. Descubrió la mina de Kalahari, que hizo su fortuna, así como la mía, pero perdió la pista del agua. Sus dos criados... indígenas, sabe usted..., le traicionaron. Según creo, querían que muriera para quitarle las cosas. Yo llegué cuando estaba casi agonizando a una yarda o dos del agua, pero demasiado débil para llegar hasta ella.

—¿Y le dio usted agua?—le preguntó Marjorie. tratando de imaginarse aquella escena en el desierto.

—Sí—repuso él, vacilando—. Los obligué a que le dieran agua, y luego le llevé al pueblo más cercano.

—¿Y los criados?—preguntó ella.

Pretoria Smith miraba a todas partes.

—Contra uno hube de disparar. Se puso pesado —dijo, y ella se estremeció—. Creo que le maté, no estoy seguro. El otro no tenía ganas de reñir.

Hubo otra larga pausa, y Marjorie Stedman volvió a romper el silencio.

—Míster Smith—dijo con calma—, mi tío quiere que me case con usted, y creo que le ha... convencido—enrojeció al emplear aquella odiosa palabra— para que lo haga.

El asintió.

—Yo no quería..., como es natural—replicó—. Pero debo mucho a Salomón, y estaba empeñado. Es un viejo chiflado—añadió casi para sí, pero Marjorie notó el tono cariñoso de su voz, y le sorprendió casi sonriendo.

—¿Por qué hubo que convencerle a usted?

—Porque...—vaciló él—no quería casarme con nadie, y menos con una mujer a quien no conocía. Esta era una razón, y otra, por ella misma. Comprendo que debe ser terrible para una muchacha el que alguien le sea impuesto.

Marjorie le miró, algo admirada; y él, interpretándolo mal, enrojeció algo.

—Tengo que disculparme por mis ropas—dijo—. Las compré a toda prisa en un almacén, porque a poco si pierdo el barco, y así vine aquí. Y, además, quiero darle mis excusas, miss Stedman—añadió ansiosamente—, por lo de anoche.

—No hablemos de eso—dijo ella amablemente—. Pero espero que cuando...—al principio no pudo decir aquella frase—cuando nos casemos no... beberá usted.

El se calló, y en aquel momento entró lady Tynewood.

—Querida—dijo alegremente, dirigiéndose a la muchacha y mirándola con rabia—, preséntеme a su, novio.

Pretoria Smith se volvió lentamente y extendió una mano, mientras la joven decía, queriendo ser alegre:

—Míster Smith, lady Tynewood...

Durante un segundo se miraron frente a frente. Alma contemplaba la alta figura de Smith con cierta admiración. Entonces vio Marjorie una mirada de disgusto y horror asomar al rostro del joven, que dio un paso hacia atrás.

— ¡Usted!—exclamó, con voz ronca—. ¡Dios! ¡Antes preferiría estrechar la mano de un leproso!

## 19

## CONTRAJERON MATRIMONIO...

Durante un momento miró Smith a Alma, y esta se estremeció al observar su mirada de odio. Luego cogió él su sombrero, que estaba en una silla, y salió bruscamente.

Las dos mujeres se quedaron asombradas. Marjorie, pálida como la muerte, no pudo hacer sino ver cómo se iba su novio, con los ojos muy abiertos. Lady Tynewood fue la primera en serenarse.

—¿De modo que ese es su adorador?—dijo—. Un perfecto caballero. La felicito.

Marjorie no contestó. Su madre había entrado tras Alma, y, muy avergonzada y llena de agitación, había presenciado toda la escena.

—Ha estado muy grosero—dijo con voz débil.

Al principio, lady Tynewood pareció tomarlo a broma, pero luego se enfadó.

—¿Lo ha hecho por iniciativa de usted?—preguntó, trémula de indignación—. ¿O es una muestra de los modales de las colonias?

La muchacha tuvo que hacer algo extraordinario: defender a una persona cuyo solo nombre le era odioso.

—Míster Smith debe de tener alguna razón de peso —dijo con calma—. Al principio creí que era su marido que regresaba, lady Tynewood.

Hablaba con demasiada despreocupación; más aún: se portaba cruelmente. Tomaba a broma a los muertos, y se dio cuenta de ello, pero no le importó.

—¡Mi esposo!—exclamó Alma—. Era..., es un caballero—añadió, corrigiéndose—. No tenía el descaro de ese hombre—frunció las cejas, intentando recordar—. No puedo identificarle. ¿Dónde le habré visto antes?

Miró luego a la muchacha.

—Querida, no creo que sea usted muy feliz en su matrimonio—dijo al salir.

Marjorie apenas si la oyó. Sin esperar la comida, ordenó que le trajeran el caballo, y se dirigió a casa de lord Wadham. Sabía que el príncipe se había marchado por la mañana temprano y que el conde estaría visible. Le encontró paseando por el parque.

—¡Hola!—gritó lord Wadham—. ¿Qué demonios hace usted por la mañana tan temprano?

—Voy a casarme—exclamó ella—con un hombre horrible.

—¡No lo creo!—por primera vez habló lord Wadham con voz suave; y luego se dio un golpe en la pierna—. ¡Ya sé!—dijo—. Con ese borracho de anoche.

Ella se ruborizó.

—Sí—repuso en voz baja—. Ese es mi prometido.

—Un tal Johannesburg Jones, Maritzburg Mike, o algo así.

—Pretoria Smith—dijo ella.

—¿Y por qué diablos se casa usted con un hombre así?—preguntó él seriamente—. No le he visto jamás la cara, pero me figuro que no será una buena persona. Un hombre que lleva un traje hecho, es capaz de cometer un asesinato.

Marjorie se rió.

—No debe usted juzgarle tan mal—dijo—. Quizá haya... alguna explicación. Lord Wadham—añadió luego con inquietud—, ¿podría usted hacer algo por mí?

—Haré lo que sea, querida—dijo el conde, amablemente—. Si no tuviera mujer y cuatro hijos, me casaría ahora mismo con usted. Pero mi esposa. ¡Dios la bendiga!, está aún muy fuerte. Es de los Wingleys de Norfolk, y llegará hasta los noventa —añadió con buen humor.

—Quería pedirle a usted un consejo sobre algo relacionado con la boda—dijo ella sonriendo.

—Quiere usted casarse en seguida, ¿eh?—exclamó él pensativamente cuando la joven hubo acabado de hablar—. Eso podré arreglárselo. Pero, querida, ¿no es arriesgarse demasiado? Aunque se trate de... —vaciló; había oído historias relacionadas con la señora Stedman, y sabía algo, mucho más de lo que Marjorie podía adivinar, acerca de su nueva pasión por el juego—. Aunque se trate de salvar a personas a quienes usted ama—añadió bruscamente—. Bueno; no he dicho esto para molestarla. Está usted en una situación terrible, y haría lo que fuera con tal de ayudarla. ¿Qué tal es ese hombre?

La joven sonrió algo tristemente.

—Es... Pretoria Smith—repuso, tan alegremente como pudo.

Lord Wadham se acarició la barbilla.

—Puedo encargarme del certificado de matrimonio. Dígame los nombres.

Marjorie no podía decir que ignoraba el de su esposo.

—Ya se los mandaré—repuso.

(Cuando volvió a su casa, desalentada, se sentó a su escritorio, y puso: "Juan Smith, hijo de Enrique y María"; dijo que el padre había sido minero de profesión, y puso la edad de su novio en treinta y dos años.)

—Yo le arreglaré esto—dijo lord Wadham—. Y si me envía usted hoy los nombres, en el primer correo de mañana recibirá la licencia.

—¿Dónde podríamos casarnos?—preguntó ella.

—¡Oh, en cualquier parte!—contestó el conde—. Mi capellán se encargará de la ceremonia. Usted no conoce a Stoneham, ¿verdad? Es una buena persona..., más ciego que un topo y tan sordo como una tapia.

Sonrió al hacer esta descripción del infeliz sacerdote.

—Precisamente lo que a usted le conviene—añadió—. No reconocería a usted ni a su marido aunque llevaran campanillas encima. Pero ¿dónde podremos hacerlo?... ¡Hum!—volvió a meditar—. Ya lo sé. Telegrafiaré a un amigo mío que es el administrador de los Tynewood, y le pediré permiso para que se casen ustedes en la capilla particular de Tynewood Chase. Es Vanee, el abogado.

—¡Vanee!—repitió ella, asombrada—. ¡Sí, claro! Pero ¿no sabe usted que..., que no le gusta que vaya la gente a la finca?

—Yo lo arreglaré, querida—dijo lord Wadham, con confianza—. Bien; ¿qué hay si yo resuelvo esto, le mandó a Stoneham y voy en persona a la ceremonia?

A Marjorie se le saltaron las lágrimas.

—Es usted más que amable, lord Wadham—dijo con voz trémula.

El le dio un golpecito suave en el hombro.

—¡Tonterías!—contestó—. Me gusta que se case la gente, aunque no puedo decir que esta boda sea de mi agrado. ¿Acepta usted la capilla y el sacerdote?

Ella asintió.

—¿Qué día?

—Ya..., ya hablaré con míster Smith—dijo ella.

Le encontró aquella tarde, aunque no le esperaba. Marjorie había enviado una nota a la única fonda de que el pueblo gozaba, pidiendo que viniera a verla; pero indudablemente no llegó hasta él. La joven estaba dando un paseo por el campo, y había andado dos millas, cuando en un recodo del camino en que este se hundía en un valle, vio a un hombre sentado sobre la hierba, con la cabeza inclinada entre las manos, y que al oír pasos alzó los ojos. Era Pretoria Smith. Se levantó.

—Siento lo de esta mañana—dijo, con cierta turbación—. Hice mal en perder la serenidad delante de aquella... señora.

—¿Conoce usted a lady Tynewood?—preguntó la joven.

—¿Que si la conozco?—repuso él con acritud—. ¡Claro que sí!

—Es la mujer de sir James Tynewood, uno de los principales propietarios de esta región, aunque no viene nunca por aquí.

Marjorie le miró mientras hablaba. ¿Qué tal le sentaría la alusión a aquel hombre que había muerto trágicamente hacía dos años? El ni se estremeció.

—¿No vive aquí? Entonces es idiota—dijo Pretoria Smith—, porque este es el sitio más hermoso que he visto. Quizá se deba a que estoy cansado de las llanuras áridas y secas de África del Sur. Pero, de todos modos, puede usted asegurar que sir James es tonto.

—Míster Smith—a Marjorie le repugnaba lo que tenía que decir—, he de preguntarle si le molestaría a usted que nuestra boda se..., se celebrara muy rápidamente.

—Cuanto antes, mejor—repuso él; estaba mirando hacia el valle.

—Comprenda usted—prosiguió ella, sin alzar los ojos—que para mí todo esto ha sido tan raro e inesperado...

—Lo comprendo—replicó él—. Creo que ya le dije que yo tampoco pensaba ni remotamente en casarme. Querría seguir solo en la mina, con mi pipa y mis pensamientos, que no eran siempre agradables, aunque mucho más, sí, mucho más que los que me dominan en este momento.

Marjorie le lanzó una rápida mirada.

—No es usted muy galante—dijo riendo—. Pero yo no espero ningún cumplido. ¿Conque quiere que nos casemos en seguida?

—Quiero terminar—contestó el otro, fijándose en una vaca que bajaba por la cuesta—. Comprendo

sus sentimientos, y los comparto yo también.

—Lord Wadham me ha dicho que su capellán podría casarnos—dijo ella—. ¿Le parece?

—¿Que sea Stoneham?—preguntó Smith, indiferente—. Antes era vicario de aquí..., está casi ciego.

—¿Le conoce usted?—preguntó ella, inmediatamente.

El enrojeció.

—He prestado atención a los chismorrees del pueblo—confesó—. No, no conozco a lord Wadham ni a su capellán, pero me figuro que será tan bueno como cualquier otro.

—Además..., he dicho que se llamaba usted Juan. ¿Es así?

—Casi, casi. Puede usted llamarme como quiera. ¿Ha hablado también de mis ilustres antepasados?

—Lo intenté—afirmó ella—. Dije que su padre había sido minero.

El rió suavemente.

—Está bien—repuso—. Se pasaba la vida cavando... en el jardín; sentía adoración por toda clase de semillas, y los jardineros le temían.

—Y..., y...—añadió ella, queriendo dejar cuanto antes aclarado aquel detalle—lord Wadham sugirió que. como yo no quería que esto se hiciese público, podíamos casarnos en la capilla de Tynewood Chase.

El no contestó en seguida.

—¿Hay capilla en Tynewood?—dijo, al cabo de una larga pausa.

Ella estuvo a punto de despreciarle por aquel inútil fingimiento.

—Sí—dijo Marjorie, asintiendo—; una capilla muy bonita. Pensaba ir a verla hoy. ¿Querría..., querría venir usted?

El negó con la cabeza.

—No—contestó, como la joven esperaba.

—¿De modo que estamos de acuerdo?—preguntó Marjorie—. ¿Qué día?

—Cualquiera.

Smith seguía mirando para otro lado.

—Entonces está todo arreglado—ella hizo un movimiento como para marcharse—. ¿Pongamos a las once?

—Excelente hora.

—Y..., y...—la joven tuvo que hacer un esfuerzo—¿adonde iremos luego?

## 20

## EN EL CAMINO

Smith se había levantado.

—Perdone usted—dijo, con voz suave—, temo que piense de mí que soy un salvaje, y con razón.

Llevo tanto tiempo a solas con mis pensamientos, señorita Stedman, que se me ha olvidado vivir y hablar como un ser civilizado. Todo lo que usted haga estará bien.

Marjorie alzó los ojos y vio en los de él una simpatía que hasta entonces no había sospechado.

—Después buscaremos un automóvil.

Smith miró su traje raído.

—No tengo nada mejor que esto, pero he mandado traer ropas de Londres. ¿Cómo se llama usted?... Marjorie, ¿verdad?

—Sí.

—Marjorie—repitió él suavemente—. Tendré que llamarla así y tutearla. Espero que no le molestará.

Ella se rió a pesar de sí misma.

—Creo que es costumbre entre casados—dijo.

La joven tenía la impresión de que él quería decirle algo, y aguardó. Pero Smith no habló hasta que ella le hubo dicho adiós.

—Te acompañaré un rato—dijo—. ¿Das la vuelta?

Ella asintió. Era una sensación rara la que le daba andar a su lado. Le llevaba él la cabeza, según notó. A Marjorie siempre le habían gustado los hombres altos; pero no estaba dispuesta a extender sus preferencias hasta Pretoria Smith.

—Parecía una grosería decir que había venido de mala gana a casarme—dijo él—. Sin embargo, era verdad. Debo tantas cosas a Salomón, que no puedo rehusarle nada, y aunque haga la proposición que he pensado creo que será traicionarle un poco.

—¿La proposición?—preguntó ella, sorprendida—. ¿Qué proposición?

—Una muy sencilla—repuso él con calma—. Yo comprendo que te casas conmigo porque no puedes perder la renta de Salomón. Solo antes de partir me enteré de su amenaza. El está empeñado en que esta boda se celebre. Teme que su dinero caiga en manos de...—estuvo a punto de decir de Lance Kelman, pero se arrepintió y añadió—: de un hombre que se case solo por tu fortuna. Realmente, su única idea es que seas feliz. Me ha hablado de ella muy a menudo. Adora las cartas que le enviabas desde niña, y las ha conservado todas.

Marjorie se conmovió; y asomaron lágrimas a sus ojos.

—¡Pobre tío!—dijo, suavemente—. Estoy segura de que cree hacerme un favor.

—Eso es indudable—prosiguió Pretoria Smith—. Y ahora comprenderás mi dilema. Estoy dispuesto a darte la cuarta parte de un millón de libras para que puedas rechazarme—añadió con una sonrisa que iluminó su rostro y le hizo aparecer diez años más joven.

Ella se detuvo y le miró asombrada.

—No lo permitiré—dijo—. He dado mi palabra al tío. Le telegrafié el día que recibí su carta.

—Me lo temía—repuso, sombríamente, él—. Y temía también que aceptaras mi proposición. Hubiera sido portarse mal con Salomón. No le preocupaba el dinero, sino salvarte de las garras de un cazador de dotes. Y si yo te hiciera rica, porque tengo tanto dinero como Salomón, realmente mucho más—añadió, sonriendo—, estarías expuesta a correr el mismo peligro, por más improbable que este pueda ser.

Habían reanudado la marcha, cuando oyeron ruido de caballos, y se echaron a un lado, a fin de dejar paso a los jinetes.

Eran Lance Kelman y lady Tynewood. Al ver a los dos novios, el rostro del primero se ensombreció. Alma había comprendido bien sus sentimientos, porque si antes solo había sentido agrado por su prima, ahora la consideraba como el amor de toda su vida, y a él mismo como el más ofendido de los hombres.

No siguió adelante, sino que detuvo su caballo, en medio del camino, y Alma observó la escena con maliciosa curiosidad.

—De modo que te vas con Pretoria Smith, ¿eh, Marjorie?—gritó Lance.

Había almorzado bien con Alma Tynewood, y el vino había abundado en la comida.

Marjorie, muy encendida, le miró fijamente sin contestar.

—¿Supongo que estarás enamorada de él?—prosiguió Lance con ronca risa—. Tiene dinero, ¿eh? Y tu madre, deudas. Bueno, pues que te sea de provecho ese borracho. Ya viste quién era anoche cuando le llevé...

De dos saltos, Pretoria Smith se puso a su lado y le cogió por una rodilla.

—Me llevó usted, ¿eh?—dijo con calma—. Esta mañana he oído hablar de mi conducta anoche, de la que no me acordaba. ¿Fue usted el que me hizo que entrara allí?

—¡Déjeme en paz, idiota!—rugió Kelman, y amenazó a Pretoria con su látigo.

Marjorie lanzó un grito y retrocedió, pero la fusta no llegó a tocar a Smith. Y en vez de eso, Lance Kelman notó que le cogía una muñeca de acero.

—Hay cosas que no se deben hacer—dijo Pretoria Smith con tanta calma como antes—. ¿Sabe usted nadar?

—¡Déjeme!—gritó Kelman, tratando de librarse.

—¿Sabe usted nadar?—repitió el otro, y antes que Lance contestara le arrancó violentamente del caballo.

Durante un momento se balanceó en el aire por encima de la cabeza de Pretoria Smith, y cayó luego como una piedra en el estanque cubierto de musgo que había al lado de la carretera. Lanzó un aullido al caer, pero salió inmediatamente, lleno de suciedad.

—¡Me las pagarás, asesino! ¡Habíale a ella de los negros que has matado!

El rostro de Pretoria Smith se puso pálido, y su voz tembló.

—Siento haber perdido la cabeza—dijo al ver a Kelman andar dificultosamente; no alzó los ojos hacia la mujer que seguía a caballo.

—Va usted en mala compañía, amiga mía.

—Creo que es usted una autoridad en esto de las malas compañías.

Alma Tynewood fue quien contestó, y luego miró a Marjorie.

—Por lo menos, no he asistido jamás a una de sus reuniones, Alma Trebizond—replicó él, empleando el nombre que lady Tynewood llevó en la escena.

Esta trató de sonreír, y al mirar de nuevo a la joven dio un brinco, porque reconoció en aquella muchacha a la mecanógrafa que había ido a su casa la noche de su boda.

## 21

## LA BODA

"Todo esto es misterioso, extraño y terrible", pensó Marjorie, mientras estaba sentada en la sombría capilla normanda de Tynewood Chase esperando la llegada de su futuro esposo. Pensaba también en Alma, en sir James Tynewood y en Pretoria Smith. Pero, sobre todo, en este último.

El sacerdote había venido, y era como lord Wadham le había descrito: un hombre calmoso, corto de vista y algo sordo, que aguardaba también en la pequeña sacristía en unión de lord Wadham.

A Marjorie le parecía ahora menos terrible Pretoria Smith. No le había visto desde el día en que se separaron en el camino, después de dejar a Lance Kelman empapado.

¡Era el día de su boda! La joven no podía creerlo. Todo aquello parecía un sueño. Casi era como para echarse a reír. Su madre había querido acompañarla; pero, por fin, se había convencido de que era mejor dejarla en casa.

Uno de los guardianes de la capilla le enseñó la iglesia. Las paredes estaban cubiertas de lápidas, y en los seis nichos que había debajo de los ventanales, de hermosos dibujos y colores, estaban las tumbas de los antiguos Tynewood. Marjorie se impresionó realmente, si bien jamás se le habría ocurrido que iba a pasar la mañana de su día de boda examinando sepulcros, aunque fueran de muertos ilustres.

De repente se detuvo ante una tumba, donde leyó: *Norman Garrick.*

Aquello era todo. Ni señas ni ningún otro detalle. ¡Norman Garrick! El abogado le había dicho que aquel era el nombre verdadero de Pretoria Smith. Marjorie adivinó que era mentira; pero entonces se dio cuenta de su profunda decepción. ¿Por qué la habría engañado el abogado, él, que era el más amable y sincero de los hombres? El guía no pareció darse cuenta de su turbación, y ella le siguió completamente sorprendida.

Le enseñaron las antiguas armas, talladas en una de las columnas por un Tynewood a quien aquella capilla había servido de cárcel, en tiempos del rey Carlos, y de la cual solo salió para ser ejecutado.

—Son una gente rara los Tynewood, señorita—dijo el criado—. No conozco al último, sir James; pero me atrevo a decir que es como los demás.

Lord Wadham salió de la sacristía, seguido del sacerdote, ya revestido. Ella se volvió hacia el conde con algo de alivio. Debía pensar en cosas reales y tangibles o se volvería loca.

—¿No es ya hora de que venga?—preguntó su excelencia, mirando con impaciencia el reloj—. Tiene usted un novio muy informal, querida. Ya se retrasa diez minutos.

Pasó un cuarto de hora, veinte minutos, media hora, y como el otro no venía, lord Wadham cada vez se irritaba más. Por fin se oyeron pasos vacilantes en el vestíbulo, y Pretoria Smith entró para apoyarse en una columna. Estaba descompuesto, sin afeitar, y Marjorie observó que le costaba trabajo mantenerse en pie. Por último, lentamente cruzó la nave y se colocó al lado de la asustada joven, que apenas si se atrevía a respirar.

—¡Borracho, vive el cielo!—murmuró lord Wadham, y miró al clérigo.

Pero este ni vio ni oyó nada. Había abierto su libro por el sitio conveniente y comenzó la ceremonia, mientras el novio se balanceaba a derecha e izquierda. Aquello era un sueño, una pesadilla. De pronto oyó Marjorie la voz del sacerdote, que parecía venir de muy lejos:

—...que nadie podrá desatar.

Y sabía que ya era la mujer de aquel hombre, de Pretoria Smith; era la señora de Nadie, esposa de un hombre que pretendía llamarse como otro cuyas cenizas yacían casi a sus pies en aquel momento.

El sacerdote levantó la mano para bendecir, y Pretoria Smith se dejó caer de rodillas e inclinó la cabeza.

Todo terminó. Wadham tocó a Smith en un hombro.

—Vamos, levántese—dijo, pero el otro cayó al suelo y se quedó completamente dormido.

Hubo un largo y doloroso silencio, que lord Wadham interrumpió.

—Iré por el coche, querida—dijo, en voz baja.

Marjorie vio que estaba realmente apenado.

—Está fuera—dijo ella ahogadamente—. Quizá el viaje le anime—añadió, pero tuvo que ahogar un sollozo.

—¿Adonde van?—preguntó él.

—A Brightsea—repuso ella—. A una casa lejos de la ciudad, afortunadamente. ¿Cree usted que podremos llevarle al automóvil?

Con ayuda del criado, del chofer, a quien se trajo para esto, y de lord Wadham, se despertó al dor-

mido y sé le dejó en un asiento del vehículo.

—Creo que sería mejor que echaran ustedes la capota—dijo lord Wadham, y ella asintió.

En sus ojos se leía toda la tragedia cuando se volvió para dar gracias al conde.

—¡Adiós, y buena suerte!—exclamó este—. Sufro al verla a usted así, pero Dios sabe que no lo puedo evitar.

Ella, sin contestar, entró en el auto, y el chofer cerró la puerta.

Así comenzó la luna de miel de Marjorie Stedman.

## 22

## LADY TYNEWOOD TIENE UNA IDEA

Lord Wadham vio con una mirada de lástima desaparecer el automóvil. Luego, dando una propina al criado, anduvo lentamente por la avenida y cruzó la verja. Conocía al viejo que estaba allí, y contestó a su saludo.

—Qué, Hill, ¿hay noticias del señor?

—No, milord—repuso el otro—. Pero volverá uno de estos días.

—Triste asunto, Hill.

—En efecto, milord; y solo los que están enterados de todo saben bien lo triste que es.

—¿Tú estás enterado, Hill?

—No, milord—repuso el criado, mirando hacia otra parte.

—Creo que eres un embustero—repuso lord Wadham de buen humor—, pero si guardas bien los secretos de tu amo llegarás a viejo. ¡Ojalá tuviese algunos criados como tú! A propósito, ¿qué le sucedió al hermano de sir James?

—Al hermanastro, milord—dijo Hill.

—Eso, al hermanastro. Era un muchacho simpático también.

—Murió, milord, hace años. De fiebre..., fiebre tifoidea, eso es.

—¿Cuánto tiempo hace?

—No puedo decírselo, milord—contestó Hill—. Allá, cuando sir James se fue a Londres... y se casó. Quizá antes, o después; no puedo acordarme. El doctor Fordham le asistió; aquel era gran amigo de sir James; se marchaba a veces con él al extranjero.

—¿Fordham? ¿Fordham?—dijo el lord, frunciendo las cejas—. No me acuerdo de ese doctor.

Lord Wadham abría y cerraba distraídamente su paraguas.

—¿Ves por aquí a lady Tynewood?—preguntó, y el criado contuvo una sonrisa.

—Sí, milord. Milady viene a veces aquí, pero no la dejamos entrar.

—Sigue la misma orden, ¿en?—dijo lord Wadham.

—Ella está aquí precisamente en este momento —dijo el guarda, haciendo un gesto—. Ha venido

cuando la gente de la boda.

Y señaló a un recodo, donde se veía una rueda y buena parte del coche de lady Tynewood.

Alma Tynewood era una mujer lista. Tenía una imaginación que le permitía prever sucesos en los que otra persona no soñaría siquiera. Si lord Wadham. al preguntarse por qué se habían plantado delante de la verja de Tynewood Chase se había contestado que para contemplar por curiosidad la boda, había cometido un error. Fue Wadham en persona quien le había llamado la atención a ella. Tenía una voz estentórea, que llegaba hasta muy lejos, como lady Tynewood sabía muy bien.

Y también sabía que lord Wadham conocía a] más antiguo de los criados de los Tynewood, y que si hablaban algo, ella podría enterarse de la conversación. Ciertamente, hizo un descubrimiento de mucha importancia, pero por casualidad. Había oído hablar por primera vez de un hermano. ¿Quién era ese hermano que había muerto?

Ahora ya tenía una pista. El nombre del doctor Fordham había llegado hasta ella. Fordham era amigo de sir James y conocería probablemente a toda la familia.

Lord Wadham tuvo que cruzar la carretera para ir hacia su coche, que estaba algo más allá. Quería evitar todo encuentro con lady Tynewood; pero esta lo había pensado de otra manera; y se plantó en medio del camino.

—Buenos días, lord Wadham—dijo, con amable sonrisa, mientras él se quitaba el sombrero.

—Buenos días, lady Tynewood—repuso el lord, y añadió no sin malicia—: ¿Ha estado usted en la boda?

Ella sonrió.

—Desgraciadamente, no me dejan entrar en mi propia casa—dijo—; pero los he visto salir. Míster Pretoria Smith parecía un poco... indispuesto, ¿verdad?

—Ha..., ha estado algo indispuesto—repuso el lord—, pero no noté en él nada anormal.

La cínica sonrisa que brillaba en el rostro de ella le irritó, y quitándose de nuevo el sombrero trató de pasar adelante; pero Alma volvió a detenerle.

—Lord Wadham, ¿es usted acaso amigo de miss Stedman?

—En efecto, soy amigo de mistress Smith—dijo él con intención.

Llámela como quiera..., para mí no es más que una mensajera de una casa de abogados de Londres—respondió ella, encogiéndose, indiferente, de hombros—. Pero como es usted su amigo, quizá le agrade verla libre de ese hombre. Y si lo que dicen los criados es verdad...

El viejo par sonrió.

—Los casamientos son difíciles de disolver—dijo con calma—, como probablemente sabrá usted.

Ella le vio desaparecer; y volvió al lado del enfadado Javot, que estaba sentado en un estribo del coche.

—¿Qué querría decir con eso?

—¿Con qué?—preguntó irritado Javot—. ¿Es que vas a tenerme aquí todo el día?

—Los casamientos son difíciles de disolver. —¿Y acaso no es verdad?—preguntó Javot, riendo estrepitosamente.

## 23

## CONFIDENCIAS...

Marjorie miró hacia adelante, recostándose en un rincón del auto, y sin atreverse a volver la cabeza hacia el hombre con quien se había casado en tan extraordinarias circunstancias. Cuando cruzaron las verjas de Chase y llegaron a terreno abierto volvió los ojos. Su marido dormía. Tenía los dedos ligeramente retorcidos.

—-Quizá esté sofocado—pensó ella, porque, aunque Smith llevaba un cuello blando, iba por completo abrochado.

Le desabrochó, y llegó el aliento de él hasta su mejilla. Entonces le miró asombrada. Una vez la había besado un borracho (recordó a lady Tynewood y sus reuniones), y jamás había olvidado el odioso olor de una respiración alcohólica. Pero en aquel caso no había nada de eso. Se preguntó qué hacer. Quizá llevara en el bolsillo alguna medicina para reanimarle. Vaciló, y comenzó a registrarle el chaleco. Encontró un reloj que parecía haberse parado la noche antes; en el bolsillo de arriba una cajita negra. La abrió y quedó horrorizada. Era una jeringa de inyecciones como las usadas por los que toman estupefacientes. La examinó y vio, sorprendida, el nombre del farmacéutico de Tynewood en el forro de seda.

En la caja había unas pequeñas píldoras encerradas en un frasquito de cristal.

"Estricnina" leyó ella, y frunció las cejas. La gente no toma estricnina como sedante o narcótico.

Guardó la caja en su bolso y miró a su marido durante cierto tiempo. "Lo mismo daba estar casada con un borracho que con un morfinómano", pensó, encogiéndose de hombros. Estaba demasiado desesperada al imaginarse su porvenir para dar importancia a aquellos incidentes.

El coche cruzó grandes llanuras, bordeando espesos bosques; pero Marjorie no tenía ánimos para contemplar la belleza del paisaje ni lo hermoso del tiempo. El cielo estaba azul, y un suave viento acariciaba sus mejillas.

El coche se detuvo junto a un pueblo, y el chofer se apeó.

—¿Trajo usted comida, señora—preguntó—, o prefiere ir a la fonda? Hay una ciudad cerca.

Miró significativamente al dormido.

—Gracias—dijo la joven—. Trajimos una cesta; está atada detrás.

—Perdóneme, señorita—dijo el chofer; eran el coche y el chofer de lord Wadham—, ¿ha traído ese señor alguna ropa? Yo no he cogido ningún baúl.

Marjorie se desalentó.

—Vendrá en el tren—dijo.

Ya había mentido una vez antes por él; y ahora tenía que seguir mintiendo, cosa que aborrecía, aunque fueran embustes de pequeña importancia.

—¿Querrá usted traer bocadillos y algo de café? Hay un termo en la cesta—miró vacilante a su marido—. ¿Cree usted que podré despertarle?

—Yo probaré, señora—dijo el chofer, y zarandeó al dormido.

Con gran sorpresa de Marjorie, Pretoria Smith se despertó casi inmediatamente. Miró al chofer y a ella, y se llevó la mano a un bolsillo del chaleco.

—¡Eh!—dijo—. ¿Qué ha pasado?

Miró a la joven durante largo rato, y luego pareció comprender.

—De modo que estamos casados. Ahora recuerdo algo—añadió pensativamente—. ¿Dónde nos encontramos?

—¿Quieres café?—dijo ella—. No debes estar... muy bien.

—¿Café? ¡Magnífico!—había recobrado la energía—. Temo haberme portado como un animal por la mañana, pero no pude usar...—volvió a tocar el bolsillo—lo que quería y salí..., es gracioso.

Bebió con ansia el café y pareció serenarse. Luego se pasó la mano por la cara y murmuró una excusa.

—Andaré un poco—dijo—a ver si recobro el uso de mis piernas.

Dio un paseo por la carretera; y cuando volvió estaba casi normal.

—No sé cómo pedirte perdón—exclamó—. Pero el caso es que anoche...

—No digas nada—replicó ella—. No quiero saber.

El enrojeció, y luego se echó a reír.

—Bien—dijo casi alegremente (a Marjorie casi le agradaba cuando sonreía)—. Dejaremos este asunto.

Ella le ofreció bocadillos, pero él no aceptó. —No puedo comer—dijo estremeciéndose—. Quizá más tarde. ¿A qué hora llegaremos a Brightsea? Supongo que vamos hacia allá.

—Cerca de una hora, señor—dijo el chofer.

Pretoria Smith miró a su reloj y silbó.

—Se ha parado—dijo acercándolo al oído—. ¿Qué hora es?

—Las dos—contestó el chofer.

Pretoria Smith pareció satisfecho.

El auto reanudó la marcha y él se sintió hablador, aunque se daba cuenta de cómo iba.

—Me esperarán mis ropas en la casa—dijo—. Me tomé la libertad de telefonear al sastre de

Londres diciendo que las llevase allí. ¿He hecho bien?

—Claro que sí—contestó ella—. Tienes derecho a enviar tus cosas allí ahora—añadió, haciendo una lastimosa tentativa por parecer alegre.

El la miró.

—Entonces, ¿estamos casados?

—Completamente casados—dijo ella, y no pudo evitar el tono amargo de su voz.

Smith estuvo un cuarto de hora contemplando, en apariencia, el paisaje.

—Me gusta este sitio—dijo al cabo de un rato—. Preferiría no tener que volver a África.

—¿Vuelves?—preguntó ella, con cierto desarrimo—. Quiero decir... ¿volvemos?

—Volveré "yo"—replicó con suavidad él—cuando pase un tiempo prudencial.

Hizo hincapié en estas dos últimas palabras, aunque no tenía idea de lo que podía ser un tiempo prudencial.

—¿Te gusta África?—preguntó ella.

La respuesta fue satisfactoria.

—En cierto modo, sí—dijo él.

—¿Cuándo..., cuándo volverás; después de este viaje?

—¡Oh, quizá tarde años!—replicó Smith.

—¿De veras?

—Por supuesto. Ya te he dicho que me gusta el país y el viejo Salomón. Creo que se equivoca al asegurar que solo le queda poco tiempo de vida. Está bueno y tan sano como cualquier otro. Y a propósito—añadió, volviéndose hacia ella—, no quiere que esperes hasta que muera para que te beneficies de tu matrimonio.

—¿Qué quieres decir?—preguntó ella, sorprendida.

—Sus abogados de Londres han sido autorizados para poner a tu nombre doscientas mil libras el día de tu boda—dijo él—, y yo le... pedí que te enviara la orden en cuanto la ceremonia hubiese terminado.

—¡Doscientas mil libras!—exclamó ella.

Smith asintió.

—Tienes cuenta abierta en el Banco local, ¿no? Allí irá el dinero.

La muchacha lanzó un profundo suspiro de alivio. Su madre podría arreglar sus cuentas con lady Tynewood. Por primera vez reveló Marjorie el secreto de aquella. Se preguntó más tarde por qué lo había hecho, y solo encontró una justificación en las palabras con que había comenzado su relato.

—Ahora eres mi esposo, de modo que debes enterarte de ciertas cosas. Mi madre debe mucho dinero. A la pobre le ha dado recientemente la manía del juego—dijo ella, sonriendo ligeramente—, y

lo siento, porque no ha tenido muchas alegrías en la vida.

—¿Del juego?—dijo Pretoria Smith—. ¿Con quién juega? ¿No será con lady Tynewood?

La joven asintió.

—¿De veras?

Esta vez la sonrisa maliciosa de Pretoria Smith no era muy agradable.

—Odias a lady Tynewood, ¿verdad?—preguntó ella—. Me lo puedes decir, porque yo tampoco la puedo ver.

—¿A ti qué daño te ha hecho?—preguntó él—. A mí, sí, deliberadamente. Arruinó...

Se detuvo, y encogiéndose luego de hombros añadió:

—He de devolver confidencia por confidencia; esta es medio confidencia, mejor dicho: arruinó a un amigo mío muy querido.

Ella le miró inmediatamente.

—¿A su marido?—preguntó, y Smith bajó la cabeza.

—A su marido—repitió—. ¿Conoces la historia de sir James Tynewood?

—Es muy triste, ¿verdad?—preguntó Marjorie.

—No sé si triste o absurda—dijo él—. Yo la conozco muy bien, y uno de estos días te la diré..., te lo prometo. Y ese día, lady Tynewood tendrá que arrepentirse de algo.

Había tal tono de amenaza en su voz, que la muchacha le miró interesada. Pero él no volvió a hablar del asunto hasta que llegaron a la casa.

## 24

## LA NOCHE DE LA BODA

Era una pequeña casa de campo, edificada en la falda de la colina, rodeada de una valla, en la que las rosas comenzaban a abrir sus capullos encarnados. El matrimonio encontró allí té, servido por una vieja cocinera, y no pasaron del todo mal la tarde. La joven tuvo mucho tiempo de reflexionar, porque Pretoria Smith hablaba poco y parecía sumido en sus propios pensamientos. Se pasó casi todo el tiempo, antes de cenar, paseando por el jardín, que daba al mar. Cenaron juntos, y él se mostró mucho más comunicativo que hasta entonces.

El valor de Marjorie iba disminuyendo poco a poco; y cuando la criada entró para pedir permiso para marcharse a ver a su hijo, que era marinero y estaba con licencia en Brightsea, demostró su pánico.

—¡No, no, no!—exclamó—. ¡No vaya usted, mistress Parr! Quédese aquí.

Pretoria Smith, que había estado callado, alzó los ojos sorprendido.

—Pero... tiene que marcharse, Marjorie—dijo—. Si el hijo está con licencia querrá verle, porque no es cosa que se prodiga en estos días.

—No puedo quedarme sola—Marjorie estaba muy nerviosa—. No sé hacer fuego ni nada de eso.

—No hay necesidad de más lumbre que la de la cocina—replicó él, divertido—, y yo haré el té por la mañana.

—No se vaya usted, mistress Parr—insistió, tercamente, la muchacha—. La necesito..., yo no me siento bien, y mi esposo ha estado enfermo.

La vieja miró muy seria a uno y otro, y cuando volvió a la cocina, Pretoria Smith la siguió. Estuvo fuera cinco minutos, y al cabo de un rato entró mistress Parr con el café y se marchó.

Hablaban él y ella de cosas sin importancia, cuando Marjorie oyó cerrarse la puerta.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Es mistress Parr, que se ha ido a su casa a ver a su hijo—contestó Pretoria Smith fríamente—. Es absurdo que te asustes, Marjorie. La pobre mujer se muere de deseos de ver a su chico.

La muchacha se echó a temblar.

—Bien—dijo, dominando su miedo—, como quieras.

Quería añadir algo, y perdió el temor para hacerlo.

—Te oí decir a mistress Parr que pusiera una botella de *whisky* en tu cuarto.

El asintió, mirándola gravemente.

—Bien..., quisiera que no lo hicieses—dijo ella, con cierta angustia.

Smith frunció las cejas.

—Siento que me hayas preguntado eso; pero si te molesta, puedes llevártela a tu propia habitación.

—Me alegraría mucho—dijo ella—. Creerás que soy insoportable, ¿verdad?

Pasó dos horas mortales tratando de mantener la conversación y de interesarse por. algo que no fuera aquel hecho absorbente que domina a todos los demás. Estaba casada, llevaba ya de casada doce horas, y aquel hombre que estaba sentado frente a ella, mal vestido, era su esposo. A las diez interrumpió la conversación.

—Me voy a acostar—dijo, y sin una palabra más dio la vuelta y subió.

Cerró la puerta de su habitación y buscó la llave, pero recordó que su madre, que tenía horror a los incendios, jamás había consentido que se pusiera ninguna cerradura en ningún cuarto. Entonces se sentó en la cama y miró hacia el suelo.

Realmente estaba cansada. Los acontecimientos de aquel día la habían turbado más de lo que esperaba. Pero no logró dormir. Se echó, siempre escuchando, y oyó luego los pasos de él en la escalera. Cruzaron por delante de la puerta; y oyó Marjorie cerrarse muy suavemente la puerta del cuarto de Smith.

Esperó media hora, una hora, sin escuchar ningún ruido. Un reloj de torre del lejano Brightsea dio la una; y aún siguió ella atenta, despierta. La naturaleza la venció al fin y comenzó a dar cabezadas.

Fue un sueño poco tranquilizador, pero al fin su fatiga disminuyó.

Se despertó de pronto, se apartó el rubio cabello de los ojos y se incorporó en la cama. Había oído un ruido. Lo que fuese no se lo podía imaginar. Su corazón latía aceleradamente. Entonces oyó con claridad el crujido de una madera en el pasillo. Alguien se movía allí. Marjorie oía una respiración pesada y. como fascinada, miró hacia la puerta. De repente vio girar el pestillo de esta, porque había dejado la luz encendida. El pestillo dio lentamente la vuelta, y la puerta se abrió poco a poco, como si el intruso tuviera miedo de despertarla. Pretoria Smith entró en el cuarto. Llevaba una bata, y apenas podía tenerse en pie.

Miró torpemente hacia la cama, y detuvo la mirada en el rostro de la joven.

—¿Qué quieres?—murmuró ella.

La cama se estremeció por sus movimientos.

—Quiero ese *whisky*—dijo él con la voz oscura, y Marjorie le miró.

—No, no—replicó, tratando de distraerle—. No debes tomar más. Ya has bebido demasiado; y me dijiste que mandarías la botella a mi cuarto.

—Quiero ese *whisky*—dijo él, como un niño que repite una lección—. Está en tu cuarto..., lo puse yo aquí esta noche.

Volvió los ojos hacia el lavabo y, con gran asombro de Marjorie, la botella estaba allí.

—Es la única cosa que lo evitará—murmuró él.

Se adelantó, y hubiera caído al suelo a no agarrarse al borde de la cama. Marjorie saltó del lecho por el lado opuesto y se puso su bata.

—Te lo llevaré—dijo—. Haz el favor de irte. Yo te lo llevaré a tu cuarto.

—Ahora es lo único que me puede servir—dijo él y se tendió en la cama—. ¡Dios mío! ¡Mi cabeza, mi cabeza!

Ella le miró, sorprendida, de nuevo.

—¿Estás enfermo?—preguntó, y él asintió—. Mamá tiene aquí algunas medicinas.

La joven cruzó la habitación con los pies descalzos y sintiéndose muy débil. Encima del lavabo había un pequeño botiquín, que ella abrió con trémulos dedos.

—No debes beber más. ¿Qué te convendría ahora?

—¿Tienes quinina?—preguntó él.

Ella sacó un frasquito lleno de píldoras.

—Sí, aquí hay algo.

—¡Gracias a Dios!—exclamó él, abriendo el frasco.

—No debes beber—repitió Marjorie.

—¿Beber? Querida—dijo Smith—, hace ocho años que no he tomado una bebida.

Ella apenas si podía dar crédito a sus oídos.

—Pero tú estabas borracho la noche de la cena.

—¿Borracho?—él sonrió, débilmente, dejó caer tres píldoras en la palma de la mano; y, echando atrás la cabeza, las tragó de un golpe—. Tráeme un poco de agua, ¿quieres?

Marjorie le llevó un vaso, que él bebió con ansia.

—No he bebido desde hace ocho años—repitió—. ¿Conque estaba borracho en la cena del príncipe? ¡Pregúntale a él! ¿No nos oíste hablar en el lenguaje swahili? Somos antiguos camaradas de caza, por eso se portó tan bien conmigo.

Ella recordó la jerga en que había hablado Smith cuando estaba junto a la mesa del príncipe.

—Tenía paludismo—prosiguió—, y sigo con él desde que entré en este país. Me encuentro deshecho: este mes siempre me sucede lo mismo.

—¿Paludismo?—exclamó ella, como si comenzara a comprender la verdad—. Y... ¿jamás... te has emborrachado? ¿Ni... ni cuando la boda?

El sonrió.

—Tiene gracia—dijo, pasándose la mano por la frente—. El dolor de cabeza desaparece por completo. ¿Borracho en la boda?—volvió a sonreír—-. Tome casi una dosis mortal de estricnina para poder estar en pie—repuso—. Toca mi mano.

Marjorie la cogió y dio un grito. Estaba tan caliente, que le pareció que se quemaba.

—Tengo una fiebre de ciento cinco, por si quieres saberlo—añadió él débilmente—. Si pudiera tomar café caliente...

Ella salió corriendo de la habitación y bajó; con toda presteza encendió fuego; y cuando acababa de decir a mistress Parr que le molestaba tener que ocuparse de la lumbre, volvió llevando café. El seguía tendido en la cama, y Marjorie le arregló la ropa.

—Descansarás aquí hasta mañana—dijo, imperativamente—. Supongo que tu fiebre no se pegará.

El la miró con aquella extraña sonrisa que le era peculiar.

—No más que... la borrachera—dijo; y, después de esta broma, quedó sumido en un largo y profundo sueño.

La joven se sentó a su lado, mirándole, en la misma postura en que había visto otra mañana amanecer. Todas sus dudas se habían disipado, y hasta la última sospecha desapareció.

Porque, en el fondo de su corazón, ella había creído que el asesino de sir James Tynewood, cuyo cuerpo yacía con el nombre de otra persona en la capilla de Tynewood Chase, era Pretoria Smith.

## 25

## LADY TYNEWOOD PROSIGUE SUS PESQUISAS

"Mi marido aún no se ha repuesto por completo de su ataque de fiebre. Está enfermo de paludismo

desde que desembarcó, y temo ser yo tan responsable como cualquiera por haber hecho creer que el pobre estaba borracho. He escrito a lord Wadham y al duque para decirles lo que pasó la noche de la cena. Llegaremos el mismo día que tú recibas esta; de modo que procura tener disponibles mi cuarto y la habitación que nos sobra. Mi esposo quería alojarse en la fonda; pero, desde luego, es imposible..."

Aquí mistress Stedman interrumpió la lectura con una sucesión de "hums", que querían decir que había llegado a una parte de la carta que no podía ser dicha en voz alta. Alma Tynewood, no obstante, había leído su nombre, porque, aunque estaba sentada a un lado de su amiga, tenía una vista excelente.

—Y esto es todo, querida—dijo la señora Stedman, con poco tacto, mientras doblaba la carta a toda prisa y la guardaba en su escritorio.

—¿De modo que la feliz pareja regresa al hogar, y él no bebe, al menos según dice su esposa?—exclamó Alma Tynewood pensativamente—. ¡Es conmovedor!

—Espero que serán felices—dijo con un suspiro mistress Stedman, moviendo la cabeza tristemente, como si aquello fuera algo imposible.

— ¡Felices!—lady Tynewood parecía divertida—. Ese hombre no podría hacer feliz a ninguna muchacha—dijo con vehemencia insólita—, y no estoy segura de que Marjorie...—se detuvo—. Sin embargo. ya veremos. Tengo grandes deseos de ser amiga de Marjorie, si ella me da alguna ocasión.

Era verdad que quería arreglarse con Marjorie, porque la joven tenía mucho dinero y sería una inagotable reserva de donde podrían aumentar sus rentas Alma y su amigo, si mistress Stedman continuaba con su manía del juego.

—Marjorie es una buena chica—dijo mistress Stedman, arreglándose el vestido—. Claro que hay veces en que se pone muy atrevida; pero eso no tiene nada de raro en una muchacha moderna.

Lady Tynewood miró hacia su taza de té.

—Antes Marjorie trabajaba, ¿verdad?—preguntó con indiferencia, y mistress Stedman se estremeció.

—Sí—contestó a regañadientes—. Por supuesto, nosotros no estuvimos siempre en buena posición. Antes que el tío Salomón nos pagara el dinero que pidió prestado a mi esposo, éramos muy pobres.

Era una ficción suya decir que la generosidad del tío Salomón se debía a un préstamo anterior. El orgullo de mistress Stedman rehusaba admitir reconocimiento alguno. La gratitud era incompatible con la propia dignidad..., y ella era demasiado orgullosa para dar las gracias a nadie.

—Sí, querida, fue una época terrible—dijo, porque entonces ya ella misma se había sugestionado, creyendo que su presente bienestar no se debía sino al tardío arrepentimiento de un deudor.

—Marjorie trabajaba en una casa de abogados, Vanee & Vanee, una firma muy conocida en la capi-

tal. Míster Vanee fue el procurador de mi marido y Marjorie era su preferida. Claro que ella jamás hizo esas cosas menudas que las oficinistas suelen hacer.

—¿Como llevar recados?—sugirió lady Tynewood.

—¡Oh, no!—repuso la otra, disgustada—. Míster Vanee sintió mucho perderla; pero yo me alegré de que lo dejara. Dos noches seguidas vino tarde a casa, tan pálida y temblorosa, que creí que tendría que llamar al médico. La última vez estuvo ausente de la ciudad, con una misión confidencial, y cuando volvió a casa... se desmayó. Lo recuerdo muy bien —añadió mistress Stedman volviendo la cabeza—. porque fue la misma noche en que recibí de mi cuñado Salomón Stedman una orden por valor de mucho dinero.

—Había encontrado la mina, ¿eh?—preguntó, sonriendo, lady Tynewood.

—No. no; la encontró meses después—corrigió la señora Stedman—; pero ya tenía la pista que le llevó a hacer su maravilloso descubrimiento.

Mistress Stedman tenía una vaga idea acerca de lo que era una mina de oro; pero lady Tynewood comprendió lo que había pasado.

—¿Y Marjorie habló alguna vez de lo que había visto o de lo que le había pasado aquellos dos días? —preguntó, con indiferencia, lady Tynewood—. Quiero decir los días que vino tan descompuesta.

Mistress Stedman negó con la cabeza.

—Marjorie nunca me dice nada—repuso—. Es muy poco habladora; y resulta algo fuerte que, siendo yo su madre, me haya quedado sin enterarme. Cuando yo era joven decía todo a mi madre.

Lady Tynewood meditó rápidamente.

—¿Era Vanee, el abogado, gran amigo de Marjorie?—preguntó.

Mistress Stedman asintió.

—Se portó muy bien con Marjorie; claro que no podía hacerlo de otro modo tratándose de la hija de un antiguo cliente...

—¿Ha hablado con ella después de dejar Marjorie la oficina?

Mistress Stedman alzó los ojos, sorprendida.

—¡Alma—dijo sonriendo—, vaya una pregunta más rara! ¿Por qué ese interés por este asunto?

Lady Tynewood se echó a reír.

—Me interesa—replicó—. Tengo curiosidad por saber las relaciones que hubo entre el jefe de Marjorie...—tardó en encontrar una palabra que no ofendiera a mistress Stedman, a la que hubiera molestado mucho lo de "servidora"—y sus antiguos colegas, después de abandonar el empleo.

—Pues es curiosa la pregunta—dijo, con calma, mistress Stedman—, porque siempre me ha dado la sensación de que míster Vanee y Marjorie tenían algún secreto en común. Claro—añadió, en tono de virtud maternal—que no se trata de que míster Vanee ame a Marjorie, porque tiene cincuenta o

más años y mujer y seis hijos, lo que impide esa explicación.

Alma, que tenía más experiencia de la vida, no hubiera desechado en principio aquella posibilidad; pero estaba dispuesta a concederlo en aquel caso concreto.

—Sé que Marjorie andaba preocupada—prosiguió mistress Stedman—, y una vez que hice yo una observación completamente inocente, se puso muy pálida.

—¿Cuál fue esa observación inocente?—preguntó lady Tynewood, tratando de quitar a su tono todo matiz de interés.

—A ver si me acuerdo...—repuso la otra, frunciendo las cejas—. ¡Ah, sí!... Dije que el ama de llaves del doctor Fordham tenía una casa en el otro extremo del pueblo.

—¿El ama de llaves del doctor Fordham?—repitió, lentamente, Alma Tynewood—. ¿Quién es el doctor Fordham?

—Yo no le conozco—replicó, moviendo la cabeza—; pero hace tiempo vivía aquí. Murió de la gripe; y su ama de llaves fue a Tynewood a arreglar los asuntos. Creo que sir James le regaló la casa. Querida, tú debes de saber algo acerca de esto—añadió.

—Nada en absoluto—replicó lady Tynewood—. Pero ¿dónde está esa casa? ¿Sigue ella viviendo allí?

Mistress Stedman asintió.

—Le pregunté a Marjorie por qué le había causado esa impresión el nombre del doctor Fordham; pero, como acostumbra, cambió de conversación.

—¿Cómo se llama el ama de llaves del doctor Fordham?

—Mistress Smith, creo—replicó la otra, algo impaciente—. Realmente, Alma, insistes demasiado. ¿Por qué ese interés por tal mujer? ¡Ah, sí, comprendo!—añadió disculpándose—. Es una casa de sir James, y, naturalmente...

Lady Tynewood se levantó y ofreció una mano fría a mistress Stedman.

Salió de la casa y entró en el automóvil, que le pareció que iba demasiado despacio, aunque realmente ella no tenía ninguna prisa.

Encontró a Augusto Javot paseando por el jardín, muy aburrido. En pocas palabras contó su conversación con mistress Stedman, y todo lo que había averiguado.

—Es mejor que no te preocupes—dijo Javot en tono de consejo—. ¿Por qué meter la nariz en asuntos que no te interesan?

—¿Estás loco?—preguntó ella, enfadada—. ¿No te das cuenta de lo que representa para ti y para mí que sir James haya muerto?

El se acarició la barbilla.

—Me doy cuenta de algunas cosas buenas—repuso—que parece que te han trastornado la cabeza.

Ella se sentó en un banco del jardín y miró, abstraída, el sendero de arena.

—Si James ha muerto—dijo con calma—, Tynewood me pertenece. Y si murió, como yo creo, ese animal de Pretoria Smith tendrá que pagármelas.

—No te preocupes—murmuró el apacible Augusto Javot—. Vives bien; deja, pues, lo demás y disfruta de esto.

—¡Vivir!—exclamó ella—. ¿Llamas a esto vida, enterrada en un poblado entre cerdos y pollos? Me molesta todo esto, Javot. Quero volver a Londres, y con dinero bastante para tener una casa y automóviles. Quiero dar reuniones como las de antes...

—Puedes volver a Londres y alquilar un pisito... —comenzó a decir Javot.

—¡Un pisito!—gritó ella, airada—. ¿Y qué diría toda la pandilla? ¡Molly Sinclair y Billie Vane! ¿Qué crees que dirán, si vuelvo a Londres a vivir modestamente? ¿Acaso te imaginas que sigo en este pueblo porque me gusta? No; es porque no puedo disponer del dinero que me pertenece en derecho. El otro día recibí una carta de Molly diciéndome que por qué no la invitaba a ir a Tynewood. Cree que estoy en Chase, y los demás lo mismo. No volveré a Londres a que me tomen el pelo.

Javot volvió a acariciarse la barbilla.

—Acaso lo pasaras peor en Tynewood—dijo, y lanzando un indignado "¡Bah!", ella dio la vuelta y se marchó.

Javot sonrió y arrancó una hoja muerta de un rosal.

—Así es la vida—dijo.

Y sinceramente lo creía así.

## 26

## LA VUELTA A BRIGHTSEA

El viaje desde Brightsea tuvo para la joven un encanto mucho mayor que el de ida. Aquella figura atlética y bien vestida que estaba a su lado se diferenciaba mucho del Pretoria Smith enfermo que había quedado recostado en un rincón del automóvil el día de la boda. Y si Marjorie Smith no era feliz por completo, al menos estaba tranquila, porque tenía fe en su marido; y la fe y la confianza son los mejores, si no los únicos, sustitutivos del amor. Si no podía decirse que tuviera un marido, al menos había conseguido un amigo, y un amigo al que apreciaba más, conforme avanzaban Los días.

—Me alegro de que hayas accedido a quedarte en casa—dijo ella a propósito de nada. Rompió el silencio que había seguido a la descripción hecha por él de los paisajes africanos—. Si hubieras ido a la fonda, la gente... habría murmurado.

El asintió.

—Quizá mamá sea un poco... indiscreta—añadió ella, luchando entre su amor filial y el deseo de

preparar a su esposo—. Muy buena y amable; pero, a veces, le falta tacto.

—Lo comprendo—dijo él.

—Y luego está lady Tynewood—prosiguió Marjorie, tratando cuanto antes de salir de aquello—. Nos visita con frecuencia. Espero que no te molestará.

El se volvió hacia la joven, sonriendo.

—Siento mi actitud de aquella mañana—dijo—. Claro que la conducta de ese jovenzuelo puede servirme de disculpa. Ya le escribí esta mañana.

—¿Le has escrito?—preguntó ella, sorprendida—. Está muy bien—dijo, satisfecha—. No siento por lady Tynewood más simpatía que tú; pero es amiga de mamá y—añadió con una triste sonrisa—mamá la aprecia mucho...

—Estaré correctísimo con ella—dijo Pretoria Smith, rotundamente—. Me quitaré la chaqueta y la tenderé a sus pies para que no se manche, y cuando la vea, daré tres veces seguidas con la cabeza en el suelo.

—Eres tonto—replicó ella; pero se sentía feliz.

Llegaron a casa de su madre; y mistress Stedman, con la actitud benevolente, pero digna, que creía corresponder a una suegra, les salió al encuentro en el pórtico y les dio la bienvenida.

—Ya están las habitaciones preparadas—dijo—. No he podido consentir que vaya míster Smith a la habitación vacía que tenemos al otro extremo de la casa, querida—añadió, dando un golpecito en el hombro de ella—; así es que le he destinado mi alcoba, que está junto a la tuya.

— ¡Oh, mamá—dijo la joven disgustada—, irte tú de tu cuarto...!

—Ningún sacrificio es grande, tratándose de mi hija—respondió la madre, sonriendo—, y, desde luego, no creo que lo pasaré mal, aunque he abandonado mi cama, o, mejor dicho, la abandonaré.

— Eso no puede ser—replicó con decisión la joven—. No consentiré que te molestes. A mi marido no le importará ir a esa habitación, aunque esté al otro extremo de la casa... ¿Verdad..., Juan?

Pretoria Smith, divertido en su interior, movió la cabeza.

—Realmente, lo preferiría—dijo gravemente—. Recuerde usted, mistress Stedman, que yo no estoy acostumbrado a las dulzuras de esta vida tranquila. Creo—añadió, a pesar de la mirada angustiosa de la joven—que un catre en el pabellón de verano o en el invernadero me vendría muy bien. Echo de menos por la mañana las arañas; y creo que me daría algo si no encuentro un escorpión o dos por la noche entre las sábanas.

Mistress Stedman le oyó con la boca abierta. Para ella, Pretoria Smith era un hombre rudo y callado. Esta era la imagen que se había hecho de él y no quería modificarla. Odiaba todas las modificaciones.

—No volveré a mi cuarto—contestó, sin abandonar el aire de sacrificio que la animaba—. El que

está vacío es algo húmedo y no puedo consentir que vaya tu marido...

—Mamá...—comenzó a decir Marjorie.

—Claro que—añadió mistress Stedman, pensativamente—tu habitación es muy grande, y cuando yo era recién casada, nadie pensó en dos habitaciones. Una grande y un tocador, sí; pero...

Pretoria Smith fue en ayuda de la joven.

—Mistress Stedman—dijo, fingiendo un aire sombrío—, o vuelve usted a su habitación y me manda al cuarto húmedo ese, o me marcho a la fonda y escandalizo a toda la vecindad. Piense qué diría la gente al vernos separados al cabo de tan poco tiempo de la boda.

Este argumento no podía darse de lado, y mistress Stedman hubo de ceder, pero a regañadientes.

—¡Bah!—dijo Marjorie al encontrarse a solas con su marido en el gabinete—. No estuviste muy convincente.

—¿No?—replicó él, indignado—. ¡Me gusta eso! Si no hubiera sido por mí, habríamos resucitado las costumbres victorianas..., sin tocador ninguno.

Ella le miró de modo singular; y se echó a reír.

—Eres un hombre raro—dijo—; pero no estaremos aquí mucho tiempo, ¿verdad? Hablaste de ir a Londres.

—Yo voy a volver allí—repuso él con calma—. Tengo muchas cosas que comprar para llevarme.

—¿Para llevarte?—repitió Marjorie—. ¿A África? ¿Cuándo te marchas?

—El sábado de la semana que viene—contestó él; y hubo una pausa.

—No me dijiste que te marchabas tan pronto.

—Guardé esa buena noticia como una sorpresa —repuso Pretoria Smith; y hubo otra pausa larga.

—El sábado de la semana que viene—dijo ella, para sí, y añadió—: ¿Cuánto tiempo estarás fuera? No leas el periódico mientras te estoy preguntando.

El lo dejó, riendo.

—Quizá años y quizá siempre—replicó alegremente.

—Entonces, yo...—ella no acabó la frase.

—Tú seguirás como hasta aquí mientras yo no convenza al tío Salomón de que este matrimonio fue tan ridículo como innecesario.

—¿Y entonces?—preguntó ella con suavidad.

—Entonces pedirás el divorcio—dijo él—. Siento que tengas esa molestia; pero un caso en que no hay discusión, atrae muy poca publicidad.

—¿Y tú me darás causa para ello?

El asintió.

—No sé qué te parecerá—dijo ella—, pero yo no quiero para nada ese divorcio. Quiero decir que

para mí es lo mismo, porque no quiero casarme con nadie..., aunque quizá tú sí—se apresuró a añadir.

—Eso no es probable—repuso Pretoria Smith—, nada probable.

Ella fue a la ventana, la abrió y recordó, cosa rara, que fue precisamente allí donde tomó la decisión de no casarse con Pretoria Smith. Luego salió al jardín.

Sentía una extraña sensación de desamparo que trató de analizar. Sí, era por la idea de Pretoria Smith y porque a ella le gustaba. Había estado muy amable y le agradaban su ironía y la idea clara que tenía de todo. Marjorie no había tenido más amigos masculinos que Lance. Hizo un gesto al pensar en Lance, o al intentar comparar a los dos hombres; pero no prosiguió su análisis.

Pretoria Smith se reunió con ella y anduvo a su lado.

—Así, pues, después del jueves—dijo ella—, no volveré a verte hasta que vengas a decirme adiós.

—¿Es necesario eso?—preguntó Pretoria Smith, encendiendo un cigarrillo.

Marjorie se encogió de hombros.

—Si no quieres venir, no vengas—repuso—. Realmente, no es necesario, y además, estarás muy ocupado.

—Vendré, ya que lo quieres—dijo con calma Pretoria Smith; y ella no contestó.

Parte de la alegría y animación de la vida habían desaparecido para ella. Quizá porque comprendiera lo falso de su situación o porque recordase el desagradable ultimátum de Salomón Stedman, el caso es que se sintió desanimada y triste.

—Antes que te vayas—dijo la joven—quiero descargar mi mente de un secreto.

El la miró fijamente.

—¿Se refiere a alguien más?—se apresuró a preguntar.

—Debías decir a quién se refiere—corrigió ella; y él enrojeció.

—Eso es—repuso.

—Siéntate aquí—ordenó ella.

Y en el mismo sitio en que había recibido la carta de Salomón Stedman hacía menos de quince días, Marjorie le contó algo que jamás había dicho anteriormente. Pasó un largo rato antes que pudiera hablar; y por fin llegó al fondo del asunto, con una sola frase.

—Se trata de sir James Tynewood—dijo—. Sé que ha muerto. Y sé que tú estabas con él cuando murió.

## 27

## LA HISTORIA DE SIR JAMES TYNEWOOD

Pretoria Smith no hizo comentario alguno. Encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior, tiró esta al suelo y la apagó con el pie cuidadosamente.

—De modo que sir James ha muerto—repitió—. Es verdad que hace tiempo lo sabía.

Ella no contestó, y dijo él luego, con cierta amargura:

—También conozco a la mujer que le mató.

Marjorie no sabía cómo seguir El, medio se volvió y la miró fijamente.

—Quiero oír tu historia—dijo—. Me has sorprendido mucho.

Ella comenzó a hablar deshilvanadamente, pero luego se tranquilizó, y el hombre que estaba a su lado, mirando los macizos de flores, la interrumpió muy pocas veces.

—Cuando éramos pobres, antes que el tío Salomón nos ayudara—dijo ella—, trabajaba yo en el despacho de un abogado. Era secretaria de Jorge Vanee, de la casa Vanee & Vanee. Vanee conoció a mi padre y me quería mucho a mí. Yo era su secretaria particular, y con ese carácter te recibí cuando volviste de África. ¿No recuerdas mi cara?

Con gran sorpresa de la joven, él asintió. —El día que volviste me llamó el jefe; y me entregó una carta escrita a máquina por él mismo. Estaba dirigida a sir James Tynewood, baronet, novecientos cuarenta y siete, Park Mansions. "Miss Stedman—dijo—, quiero que *me* haga usted un gran favor. No me gusta que lleve usted este recado, pero en este caso es necesario que se encargue de la carta alguien en quien yo tenga confianza plena." Me explicó que aquella era la dirección de una actriz llamada Alma Trebizond. "Encontrará usted allí a sir James—añadió—, a quien ha de entregarle esto personalmente, y, si es posible, traiga una contestación. Confío en que guardará usted secreto acerca de lo que allí pueda ver u oír." Yo me sorprendí mucho. Jamás había recibido anteriormente un encargo parecido; pero, por supuesto, estaba decidida a ir. A las cinco y media de la tarde me entregaron la carta, y ya era de noche cuando llegué a la casa, que estaba en una manzana cerca de Regent's Park. Subí en ascensor y encontré la puerta sin dificultad. Al llamar oí mucho ruido en el interior. Tocaban el piano y pasó algún tiempo antes que me atendieran. Por fin salió una criada y entré en el vestíbulo. Indudablemente había allí una reunión, porque oí a dos o tres personas cantar a la vez. Entonces me pasaron a una habitación, y se adelantó sir James. "¿Qué quiere usted?", preguntó. Le dije que venía de la casa Vanee y que tenía una carta que había de entregar en propia mano. El la cogió, la leyó y lanzó un juramento. Había bebido demasiado. "Dígale a Vanee que se vaya al infierno—dijo—, y a Jot, lo mismo." Luego se echó a reír, y antes que yo me diera cuenta me cogió uno de aquellos tipos y quiso hacerme bailar. Entonces vi a Alma Trebizond por primera vez. No sé cómo conseguí escapar de allí. Un hombre me ayudó. Debió de ser míster Javot—dijo la joven estremeciéndose—. Querían que bailara y bebiera. Uno me besó, y sir James no se dio cuenta de mi presencia. Pero logré salir; y fui a la oficina, donde encontré a Vanee, que me aguardaba, y le conté lo que me había sucedido. Por lo menos entregué la carta—exclamó Marjorie, sonriendo.

—¿Qué dijo Vanee?—preguntó Pretoria Smith.

—Estaba muy afectado—replicó la joven—, y volvió a pedirme que no dijera una palabra de lo que había visto u oído. Yo pensé que, como sir James era su cliente, no quería que se hablara mal de él.

—Entonces llegué yo—dijo Pretoria Smith—. ¿Qué sucedió al día siguiente?

—Me llamó de nuevo míster Vanee, que había escrito otra carta. "Me molesta hacerle estos encargos, miss Stedman—dijo—, pero necesito que vaya usted al Droitshire, a casa de sir James Tynewood. y vea al doctor Fordham, amigo de él, a quien dará usted esta carta." Llegué a la estación de Dilmot a las ocho de la noche. Míster Vanee había encargado un automóvil para mí. Me llevaron a Tynewood Chase, y cuando dije a lo que iba me hicieron cruzar inmediatamente la verja. La casa estaba a oscuras y parecía vacía, pero un poco de luz se filtraba por el portal. Llamé varias veces; y al fin me abrió un caballero, del que supe en seguida que era el doctor Fordham. "¿Qué quiere usted?", preguntó secamente, y no parecía dispuesto a hacerme entrar en el vestíbulo; pero llovía mucho y era imposible que yo siguiese fuera. "Tengo una carta para el doctor Fordham", le dije. "Soy yo", replicó; abrió la carta y la leyó. Antes de terminar lanzó una exclamación. "Siéntese aquí un momento—dijo, señalando una silla—, no la haré esperar mucho tiempo." Cruzó una puerta que daba al vestíbulo y la cerró, pero la puerta volvió a abrirse y yo oí voces, una de las cuales reconocí como la de sir James Tynewood. Hablaba enfadado, pero no necesito decirte lo que decía. La otra voz era... ¡la tuya!

Pretoria Smith no dijo nada. Arrojó el cigarrillo y, con calma, sacó la pitillera y cogió otro.

—Sigue.

—Me pregunté qué pasaría, y de repente oí un tiro. Estaba aterrada, aunque llena de curiosidad. También pensé que podía servir de alguna ayuda. Fui hacia la puerta, miré y vi...

Su voz tembló.

—¿Qué viste?—dijo Pretoria Smith, con voz que era apenas un suspiro.

—Sir James Tynewood yacía en el suelo en medio de un charco de sangre. Vi brillar un revólver y a un hombre que se inclinaba sobre el caído y decía algo.

Hubo una pausa.

—¿Qué dijo?—preguntó Pretoria Smith.

—Exclamó: "¡Dios mío! ¡Le he matado!" Luego volvió la cabeza, le vi el rostro y... ¡eras tú!

Pretoria Smith lanzó al aire una bocanada de humo.

—Bien—dijo—, ¿y qué sucedió después?

Marjorie relató su entrevista con el doctor y las palabras de este.

—Eso fue todo—afirmó la joven—. Volví a casa de míster Vanee y le hablé. Era muy tarde cuando llegué a Londres; pero él me esperaba en el andén. Y cuando le conté la escena, me respondió que sir James no había muerto. Me pidió que no hablara con nadie de aquello; y he mantenido mi

palabra hasta hoy.

Pretoria Smith se levantó.

—De modo que crees que yo maté a sir James, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No lo creo—respondió—. Cuando vi en el periódico que sir James había ido al extranjero y que su hermano menor había muerto del tifus comprendí que el doctor Fordham había extendido un certificado falso, porque sir James no tenía hermanos.

—Un hermanastro—dijo Pretoria Smith—. ¿Cómo resolviste eso?—preguntó, mirándola.

—De un modo muy satisfactorio. Algo novelesco. Creo que sir James se mató, y que para salvar a su familia de ese estigma, su hermano fue al extranjero, y a sir James sé le enterró con el nombre de aquel.

—¿No piensas que si fuera así—dijo Pretoria Smith, al cabo de meditar un momento—el hermano vendría uno de estos días a reclamar la fortuna?

—No creo que pueda—replicó ella—. Era solo hermanastro. Pensé que él desaparecería y heredaría todo...

Se detuvo.

—¿Lady Tynewood?—dijo él—. No, eso no es así. Pero ¿quién es el hermanastro?

Ella le lanzó una rápida mirada.

—Si hay algún hermanastro, eres tú—dijo; y él asintió.

—Tienes facultades de deducción dignas del mejor detective—añadió él en son de burla.

## 28

## LA FOTOGRAFÍA

Lady Tynewood tenía uno de esos caracteres infatigables que se crecen al amontonarse los obstáculos que se oponen a ellos.

Quizá Javot se contentara con un acre de rosales y dos de jardín, pero las aficiones de Alma eran muy diferentes. El día que Pretoria Smith y su mujer volvieron, fue ella al pueblo a hablar con otra mistress Smith. El ama de llaves del difunto doctor Fordham vivía en una linda cabaña, apartada de la carretera; y estaba tomando el sol, plácidamente, cuando lady Tynewood llamó a la puerta.

Abrió y saludó a su visitante, a quien conocía de vista. Alma, que la examinó minuciosamente, comprendió que el doctor Fordham no tenía la suficiente confianza en su criada para prevenirla en contra de la mujer de su amigo.

Alma siguió a la obsequiosa mistress Smith al jardín; y aceptó la mecedora que la dueña de la casa le llevó.

—No recibo muchas visitas, milady—dijo.

—Yo no sabía que vivía usted aquí, mistress Smith—replicó, sonriendo, Alma—; de otro modo hubiera venido a casa del ama de llaves de mi viejo amigo el doctor Fordham.

Alma sabía mentir con mucha gracia y amabilidad, y mistress Smith creyó en aquella amistad con tanta mayor razón cuanto que sabía muy poco del hombre a quien había servido durante diez años.

Muy suavemente, lady Tynewood condujo la conversación hacia el doctor Fordham, del que la otra estaba dispuesta a hablar.

—Era muy raro—dijo—. Creo que no cambié con él ni una docena de palabras mientras estuve a su servicio. Pasaba fuera casi todo el- tiempo—añadió.

—¿Tenía parientes?—preguntó Alma.

La otra negó con la cabeza.

—No, señora—repuso—, ni uno.

—Pero ¿quién le heredó a su muerte?

—No tenía casi nada—repuso mistress Smith—, y me lo dejó todo a mí. Cerca de trescientas libras y unas cuantas cosas raras. La casa en que vivíamos no era suya. Pertenecía a sir James, quien amablemente me regaló esta, o por lo menos, sus abogados lo hicieron.

—Debe de haber sido un hombre muy interesante —dijo Alma—. ¿Escribió algún libro?

Mistress Smith, que a pesar de la generosidad de su señor jamás se había interesado por él, negó con la cabeza.

—No, milady, dejó muy pocos papeles, que están arriba. Algunas notas de viaje, un diario o dos y otros documentos, como sus diplomas de Medicina.

Alma Tynewood se vio defraudada. Esperaba que el ama de llaves de Fordham supiera más de él y le dijera algo que arrojara luz sobre el misterio de la desaparición de sir James. A falta de eso, no creía encontrar ninguna cosa de importancia, porque un hombre en la situación del doctor Fordham no era probable que dejase papeles u otra prueba escrita de lo que había hecho.

—A veces pienso—prosiguió mistress Smith—que debía enviar esos papeles al abogado, y varias veces he hecho un paquete para mandárselo a míster Vanee...; esto después de haber descubierto algunos en una caja muy vieja.

Alma vaciló y estuvo a punto de marcharse.

—Supongo que su diario se referirá a sus viajes al extranjero—dijo.

—Sí, milady. ¿Querría usted verlos? Se los enseñaré, porque parece que le interesan.

Salió y volvió con una caja, que abrió.

—Aquí hay uno, milady.

Entregó a su visitante un diario pequeño, pero voluminoso, que Alma examinó.

Estaba lleno de nombres, de sitios y personas desconocidos. Vio algo que le interesó.

"Mientras Jot y yo seguíamos la pista de un león, nos encontramos con otro cazador. Resultó ser nada menos que el duque de Wight, de quien habíamos oído decir que andaba por allí. El duque es muy buena persona, y Jot y él se hicieron muy amigos."

¿Quién era Jot? Ella supuso que el mote de algún desconocido. Hojeó el libro, pero sin ver nada de lo que le preocupaba.

—Estos son sus dos diplomas—dijo mistress Smith—; están en latín.

Lady Tynewood movió la cabeza.

—¿No hay nada más?

—Solo un retrato, milady. Tiene interés, porque el doctor escribió por detrás: "El único que existe"; pero no sé quién será.

Alma Tynewood cogió la fotografía y leyó la inscripción. Luego lo volvió y se levantó.

—¡Por fin!

¡Era el retrato de su esposo, sir James Tynewood!

## 29

## UN VISITANTE NOCTURNO

Mistress Stedman había dicho que daría un largo paseo por el campo; y Marjorie se sorprendió al ver volver a su madre, muy disgustada, mientras Pretoria Smith y ella tomaban el té al aire libre.

—Creí que volverías más tarde, mamá—dijo la joven, mientras él iba por una silla.

—Yo tampoco creí que volvería tan pronto—replicó, enfadada, mistress Stedman—; pero te ruego, Marjorie, que dejes esa costumbre de preguntarme como si fuera un obrero de una fábrica. Me molesta el que parezca que me espían.

—Eso es algo fuerte, mamá—respondió, sonriendo, la chica—. ¿Qué ha pasado? Pareces muy ofendida.

—No estoy ofendida, querida, sino perfectamente 359

tranquila—replicó mistress Stedman—. Una señora debe ocultar sus sentimientos. Pero, realmente, Alma tiene muy poca consideración.

—¿Fuiste a Tynewood?—preguntó la joven, con calma.

—Claro que fui—contestó su madre, con aire de desafío—; yo voy a donde quiero, Marjorie, y no consentiré que me riña mi propia hija, y menos delante de extraños.

—No muy extraños, mistress Stedman—replicó, amablemente, Pretoria Smith—. Ahora soy de la familia.

—Perdone, míster Smith—mistress Stedman se mostró extremadamente cortés—. No debía haberle llamado extraño, porque, ciertamente, se porta usted mejor que Marjorie en ocasiones. Fui a Tynewood a ver a Alma por un asunto particular, que no tiene nada que ver con ciertas cosas que

molestan a Marjorie. Y Alma está más excitada que nunca. Me dijo que no quería jugar esta tarde.

Mistress Stedman había olvidado el carácter particular de su visita.

—Como es natural, pregunté por qué, y me dijo que había hecho un gran descubrimiento, y que Javot y ella estaban muy ocupados. Realmente—mistress Stedman alzó las cejas y movió la cabeza—. Alma estuvo muy brusca.

Marjorie no dijo nada. Únicamente deseaba que Alma hubiese estado tan brusca que jamás volvieran a ser amigas ella y su madre.

—¿Y cuál fue el gran descubrimiento?—exclamó Pretoria Smith—. ¿Un nuevo medio de borrar las arrugas? No puede ser un procedimiento para sacar los ases -de la baraja—añadió—, porque eso se lo ha enseñado Javot hace años.

Mistress Stedman le miró asombrada.

—¿Sacar los ases del fondo de la baraja?—dijo incrédulamente—. ¡Eso sería hacer trampas!

—En efecto—afirmó Pretoria Smith—; y una trampa muy burda, que la descubriría cualquiera que no fuese un novato.

—No puedo pensar eso de Alma—exclamó mistress Stedman—. ¡Jamás! Está usted enconado contra ella y siento que ese prejuicio sea compartido por Marjorie, no sé por qué. A menos—añadió, con una sonrisa de propia compasión—que sea porque Alma ha mostrado preferencia por mi sociedad.

—Créalo usted o no—dijo Pretoria Smith—, si quiere, yo puedo enseñarle cómo se hace esa trampa. Tráigame una baraja y yo sacaré todos los ases y reyes... ¡después de cortar usted!

Mistress Stedman se enfadó, porque aquella tarde estaba dispuesta a enfadarse por cualquier cosa.

—Quizá usted sea capaz de hacerlo, míster Smith —dijo con acritud—; pero no creo que la pobre Alma tenga su experiencia.

—¡Mamá!—exclamó la joven; pero Pretoria Smith se echó a reír, sin dejar de mirar a su suegra.

—Claro que no la tiene—repuso—; pero es que no ha frecuentado los peores salones de África, donde yo me he ganado la vida gracias a la destreza y agilidad de mis lindas manos—añadió, mirándoselas satisfecho; eran muy blancas y pequeñas—. No ha hecho sino...

Se detuvo y la expresión airada de sus ojos desapareció.

—¿Por qué atormentas a mamá?—preguntó la joven, cuando mistress Stedman se hubo ido a su habitación.

—¿De veras? Lo siento—repuso Pretoria Smith, en tono humilde, aunque se estaba riendo—. Pero Alma Trebizond es una bribona.

—No sé por qué dices eso—dijo ella—. No me es simpática Alma; pero no creo que sea así.

—¿No lo crees?—dijo Pretoria Smith—. ¡Sabes que hace trampas!

La muchacha calló, porque había dicho aquello mismo delante de la propia Alma.

Mistress Stedman volvió, algo más amable; pero siempre pensando en lady Tynewood.

—Creo que se preocupa demasiado por nada, aunque claro está que después de tantos años para ella es una sorpresa.

—¿Una sorpresa?—dijo inmediatamente Pretoria Smith—. ¿Qué quiere usted decir?

—Ha encontrado un retrato de su marido—dijo la otra—. Se lo dio mistress Smith. Ya sabe usted que mistress Smith era ama de llaves del doctor Fordham, y por lo visto, tenía una fotografía, que entregó a Alma. Es la única que ella ha visto...

Marjorie miró a su marido, que se había levantado y estaba muy pálido.

—¿Qué va a hacer con ese retrato?—preguntó, con voz ronca.

—Va a hacer que salga en los periódicos—dijo mistress Stedman, satisfecha de la sensación que había causado su noticia—. En un anuncio pidiendo informes sobre el actual paradero de sir James.

—¡Oh! ¿De veras?—exclamó, suavemente, Pretoria Smith; y sin decir una palabra dejó a las dos mujeres y se fue a la casa.

Madre e hija se quedaron con la boca abierta.

Para Alma Tynewood aquel día había sido, en efecto, de mucha ocupación. Javot, aunque su secretario de nombre, no se encargaba de ningún trabajo de literatura, y ella misma tuvo que encargarse de la redacción de los sueltos que habían de aparecer al día siguiente en los periódicos de Londres.

A las diez de la noche, Javot se levantó y bostezó.

—Me voy a la cama, Alma—dijo.

Ella asintió sin volver la cabeza; e introdujo la pluma en el tintero.

—Me llevaré el retrato a mi cuarto—dijo Javot—. Me levantaré antes que tú y estaré más fresco que ahora.

Ella vaciló.

—Bien—dijo; y le entregó la foto.

Javot la miró y sonrió. .

—Es retrato de un borracho—dijo—, aunque no se debe hablar mal de los muertos.

—¿Crees que ha muerto?

Alma se volvió.

—¡Seguro!—dijo el otro, con calma—. No es de esa clase de gente que sufre en silencio y que sabe aguantar. Hubiera vuelto al cabo de unos meses a llorar junto a ti. Además, es cabeza de familia. Suponte que siguiese el consejo de su hermano o estuviera influido por él; ¿hasta cuándo duraría esto? Ella mordiscó el palillero.

—Tienes mucha razón. A veces pareces inteligente, Javot.

—Gracias—dijo Javot, con sarcasmo—. Pondré esta foto debajo de la almohada y dormiré encima de ella.

Dieron las once y media antes que lady Tynewood recogiera los papeles, cerrara el escritorio y subiera a su cuarto. Compartía las opiniones de Javot; pero habría que demostrar aquello para heredar Tynewood Chase y todo lo que Tynewood representaba.

Abrió la caja de joyas que tenía encima del tocador, y recordando que había dado el retrato a Javot la volvió a cerrar. Media hora más tarde dormía como la persona de conciencia más tranquila del mundo.

A las tres se despertó de pronto, cosa insólita en ella, se volvió del otro lado, y comenzaba a dar cabezadas cuando oyó un ruido: el ruido que la había despertado antes, aunque no se dio cuenta. Se levantó en la cama, extendió el brazo y encendió la luz.

E! hombre que estaba al lado de su tocador se volvió, con una pistola en la mano.

—No grite—dijo.

Alma miró al tocador. Su caja de joyas estaba abierta, veía el forro escarlata de la tapa, y una linterna eléctrica brillaba en la mano del desconocido.

—¿Qué quiere usted?—murmuró ella, con voz ronca—. No tengo dinero aquí; las joyas están en el Banco.

No pudo verle el rostro. Lo llevaba oculto bajo un pañuelo de seda roja y además se tapaba con un sombrero de fieltro y una trinchera abotonada hasta la barbilla.

Se oyeron pasos en el corredor, se abrió la puerta y entró Javot. Al principio no vio al intruso.

—¿Hablas en sueños?—preguntó, y entonces se fijó en el enmascarado.

—Arriba las manos—dijo el ladrón; y Javot obedeció—. Quédese ahí, donde pueda verle.

El desconocido llevó el estuche de joyas a la cama y lo volcó.

—Vuelvan la cara al otro lado—ordenó él—. No quiero que vean lo que estoy haciendo.

Alma oyó ruido de papeles y luego una exclamación del desconocido. Después escucharon el rumor de una puerta al cerrarse y volvieron la cabeza. El intruso había desaparecido.

— ¡Síguele!—gritó la mujer—. ¡Síguele!

—Síguele tú—repuso, fríamente, Javot—. No tengo por costumbre seguir a ladrones que llevan una Smith Wesson del treinta y ocho. Déjale que se vaya y luego telefonearemos a la Policía.

—-Eres un cobarde—dijo ella.

—Al menos, estoy vivo—replicó él—. Prefiero ser un cobarde vivo, que un héroe muerto.

Alma volvió a guardar el contenido del estuche que el otro había desparramado por la cama.

—No se ha llevado nada—dijo—. Mis sortijas...

Una puerta se cerró entonces a distancia.

—Ahora—dijo Javot—voy a seguirle.

Y Alma le oyó llamar por teléfono.

## 30

## UNA TAZA DE TE

Aquella noche Marjorie durmió muy mal. Quizá fuera pensando en que... Pero no, no podía ser eso. El hecho de que Pretoria Smith volviera a África no podía preocuparla; y, sin embargo, no pudo menos de meditar en la extraña situación en que ella se quedaría cuando él se fuera.

Sería otra lady Tynewood, una esposa sin marido. Una semana antes, aquello la hubiera llenado de felicidad y alegría. Hoy solo vio las desventajas de su situación; y se disgustó algo.

Encendió la luz y trató de leer. Tynewood tenía una central eléctrica propia instalada por uno de los difuntos *baronets; y* Marjorie había colocado en su cuarto una estufilla, que en las mañanas de frío resultaba una bendición.

Se levantó de la cama, se puso las zapatillas y la bata y llenó una jarra de agua. Pensó hacer una taza de té, y leyó durante un rato.

Se acomodó en el sofá y trató de concentrarse en *El caballero de Francia.* Pero, a cada minuto, volvía a pensar en su propio problema. Tendría que vivir allí siempre, con su madre, casada solo de nombre, unida a un esposo que no quería verla y que, probablemente, le escribiría cartas corteses, de tarde en tarde, preguntando por su salud.

La perspectiva no era tan seductora como una semana antes, o quince días, mejor dicho. Marjorie pensó en sugerirle que ella iría también a África. Pensó que el viaje le vendría bien y que le gustaría ver tierras extrañas. Podría alojarse en El Cabo o quizá en Kimberley; y no tendrían necesidad de verse a menudo. Además, ella tenía muchas ganas de hablar con el pariente que la había forzado a hacer aquel casamiento: con el viejo Salomón Stedman.

Marjorie Stedman y Marjorie Smith discutieron mentalmente aquel asunto.

—Querida—decía Marjorie Stedman—, nunca has querido ver al tío Salomón; y cuando te dijeron, hace dos años, que fueras a El Cabo, te molestaba la idea de hacer un viaje largo por mar.

—-Es verdad—admitió Marjorie Smith—; pero es que no quería viajar sola; y el viejo Salomón no era por entonces un factor tan importante en mi vida.

Los argumentos de Marjorie Smith eran de mucho peso, pero no convencieron a Marjorie Stedman. Hizo el té y se sirvió una taza. Creyó oír algo en el pasillo, y abrió la puerta, a tiempo para ver a Pretoria Smith desaparecer en su habitación.

Miró hacia allá, asombrada. Quizá él tampoco pudiera dormir. Cogió otra taza, la llenó también de té y fue por el pasillo hasta el cuarto de él.

—¿Quién es?—preguntó la voz de Pretoria Smith.

—Marjorie—contestó ella.

Creyó oírle decir: "¡Maldita sea!"; pero esperó haberse equivocado.

—Muchas gracias—dijo él abriendo la puerta—. ¿Qué haces aquí a esta hora?

—¡Vaya una pregunta!—respondió, riendo, ella—. ¿Has dado un paseo?

La trinchera estaba encima de la cama, y Marjorie se fijó en un papel azul que había encima del tocador.

—Espero que podrás dormir—dijo ella turbada.

—No creo. ¿Molestaría a tu madre que fuera yo a hablar contigo?

—No—repuso ella algo agitada—, no creo. Mamá duerme muy profundamente.

El siguió la esbelta figura de la joven por el pasillo, preguntándose por qué iba tan de prisa, hasta que llegaron a la alcoba y la vio arreglar la cama.

—Perdona—dijo él—. Olvidé que dormías aquí.

Sin embargo, cerró la puerta detrás de sí y se sentó, para levantarse de nuevo, haciendo un gesto.

Sacó del bolsillo de detrás del pantalón un pequeño revólver, que dejó en la alfombra, al lado de una silla.

—No te preocupes—dijo—. No está cargado. Nunca llevo al campo revólveres cargados. Hay tanta gente que me gustaría matar, que eso sería una tentación.

—Pero ¿por qué lo llevas?—preguntó ella—. ¿Has cometido un robo?

Con gran asombro suyo, él asintió.

—Un pequeño robo de aficionado—dijo con calma—. Realmente, esta es la segunda alcoba femenina que visito esta noche.

—¿Hablas en serio?—preguntó ella, abriendo los ojos.

—He hecho una visita a lady Tynewood. La confesión es buena para el alma; y una mujer no puede declarar contra su marido.

—Pero ¿de veras?

—Jamás he mentido a las tres de la mañana. Para mí es la hora de más sinceridad de las veinticuatro—dijo él, probando el té—. Uno de estos días te diré a qué fui, porque la visita ha sido provechosa.

Ella miró el revólver con cierta duda.

—No será...

—No, eso no—replicó él, inmediatamente, con cierta brusquedad—. Eso no, por supuesto, querida.

Durante un segundo se había preguntado Marjorie si aquella era el arma que había cortado los días de sir James Tynewood.

—He estado pensando toda la noche—dijo él—. Realmente, a la vuelta es cuando he pensado más.

Se me ocurrió, de repente, que te había hecho un flaco servicio, Marjorie.

—¿Cómo?—preguntó ella.

—Casándome contigo—repuso Pretoria Smith, con calma—. Ni aun para contentar al tío Salomón hubiera debido hacerlo. Es terrible para ti.

—¿Y para ti?

El se encogió de hombros.

—Para mí es lo mismo, con la diferencia de que tendré sobre mi conciencia el pesar de haber arruinado tu vida.

—Por eso no te preocupes—replicó ella, con una alegría que estaba lejos de sentir—. Esto ha embrollado un poco las cosas; pero no creo que haya mucha diferencia para mí. Probablemente, yo hubiese vivido aquí haciéndome una solterona y cuidando gatos y loros, con un antiguo cochero, y cada Navidad ciaría ropas y carbón a los pobres.

—No lo creo así—dijo él—. Es decir—se apresuró a añadir—, creo que hubieras dado ropas y carbón a los pobres, pero no que hubieses quedado soltera. Pero no debes pensar mucho en tu desagradable situación, porque... porque quizá no haga falta el divorcio.

—¿Qué quieres decir?—preguntó ella, fijando los ojos en él.

—Yo voy a internarme por África cuando arregle todo con el viejo Salomón. Iré por el país de los Masai, y quizá atraviese el Barotseland hasta el Congo belga... Me gustaría disparar a los ocapi. No es que piense deliberadamente suicidarme—añadió, con una débil sonrisa—; pero ese es un terreno muy raro, de mucho peligro, aun para un viajero de experiencia; y un hombre con quien hablé en el vapor, me dijo que el veinticinco por ciento de la gente que va allí no vuelve jamás.

—Entonces, tú no irás—dijo ella.

—Espera un momento—él sonrió—. Parece que trato de despertar tu compasión, pero no es verdad—dijo seriamente—. Hay noventa y nueve probabilidades contra ciento de que sea yo uno de esos setenta y cinco que vuelven con la nariz quemada. Ya sé que tú no deseas mi muerte, ni aun para asegurar tu libertad; pero esto es una posibilidad, y los hombres como yo, no se hacen viejos.

Ella inclinó la cabeza.

—Tú también tienes una posibilidad—dijo.

—¿Cómo?—preguntó, inmediatamente, él.

—Has de saber que mi corazón está muy débil y que uno de mis pulmones no marcha del todo bien.

El derramó el té al levantarse.

—¿De veras?—preguntó agitado—. Querida, has de ir mañana mismo a Londres a ver a un especialista. Conozco a un hombre magnífico que podrá aconsejarte, y luego deberías vivir en un sitio de altura. ¿Por qué no ir a Suiza, a Davos o a Caux?

Se detuvo, porque ella estaba riendo tanto, que se le saltaron las lágrimas.

—Pedazo de tonto—dijo—, siéntate. ¡Yo soy la mujer más sana de todo el país! Pero ¿qué te ha parecido la prueba? Claro que sé que tú no desearías mi muerte—añadió gravemente—, y hay noventa y nueve probabilidades contra ciento...

El se inclinó y la cogió por una oreja con suave firmeza.

—¡Diablillo!—exclamó; y no dijo más.

Se levantó, cogió el arma y se fue a su cuarto.

## 31

## LA ACUSACIÓN

—Ya conoce usted a lady Tynewood—dijo mistress Stedman, amablemente.

Esta vez Pretoria Smith estrechó la mano que se le ofrecía.

—La conozco, y temo haber estado muy grosero con ella cuando nos vimos por última vez; pero espero que me haya perdonado.

Alma sonrió lo más dulcemente que pudo.

—Me han dicho que estaba usted muy malo, míster Smith—- dijo.

—En efecto—repuso el otro; y mistress Stedman. impaciente por soltar la noticia, interrumpió las frases convencionales de sentimiento de Alma.

—¿Sabe usted que entró ayer un ladrón en casa de lady Tynewood?

—¿Un ladrón?—dijo Pretoria Smith—. ¡Eso es emocionante! ¿Le mató usted?

—Desgraciadamente, se escapó—repuso lady Tynewood—. Míster Javot, mi secretario, le persiguió.

—¿Y le pegó un tiro cuando huía?—preguntó Pretoria Smith—. Está bien.

—No, no le disparó—Alma estaba algo irritada—. Le perdió de vista en la oscuridad.

—¿Se llevó algo?

—Nada en absoluto—contestó Alma—. Le interrumpimos en su trabajo. Hemos dado parte a la Policía.

—¿Qué clase de hombre era?

—Muy violento—dijo Alma", con un encogimiento de hombros—. No le vi la cara, porque llevaba una máscara, o, mejor, un pañuelo; pero creo que reconocería su voz en cualquier parte.

Miró fijamente a Pretoria Smith.

—¡En cualquier parte!—repitió.

—Está bien—dijo Pretoria Smith—. ¿Qué cree usted que andaba buscando? ¿Sus joyas?

Lady Tynewood no lo sabía. Solo tenía la sospecha de que el visitante había sido Pretoria Smith: y había discutido esta posibilidad por la mañana con Javot, que se mostró escéptico.

—Puede ser un hombre—dijo con calma—contra el que estoy recogiendo pruebas, que quizá creyera que esas pruebas estaban ya en mi poder.

—En ese caso—replicó, alegremente, Pretoria Smith—, hubiera ido al puesto de Policía, a Scotland Yard o a la iglesia de San Giles, en Camberwell—añadió, desviando la mirada.

Lady Tynewood palideció.

No contestó de momento, y luego se volvió a mistress Stedman.

—Bueno, querida, voy a Correos—dijo—. Quiero certificar esto.

Llevaba en la mano un pequeño paquete fuertemente atado con bramante rojo.

—¿Es el retrato?—preguntó mistress Stedman.

—En efecto—repuso Alma—, es el retrato que me colocará en la posición que tengo derecho a ocupar.

— ¡Qué frase más romántica!—dijo Pretoria Smith—. ¿Algún amigo de usted, lady Tynewood?

—Mi marido—dijo la otra; y Pretoria Smith alzó las cejas, con un aire de incredulidad suficiente para irritar a la otra.

Torpemente, rompió la cuerda y los sellos que cerraban el paquete.

—¿Conoce usted a este hombre?—preguntó desafiándole a Pretoria Smith, que durante largo rato miró la fotografía.

Y entonces, antes que Alma Tynewood se diera cuenta de lo que pasaba, se la quitó de las manos y delante de sus mismos ojos la rompió en pedazos. Lanzando un grito de rabia, ella se adelantó; pero Smith, enérgicamente, la hizo retroceder y luego arrojó los restos del retrato a la chimenea.

—Conozco a ese hombre—dijo con calma—; pero no es su esposo, lady Tynewood.

Marjorie había presenciado la escena, atónita. La audacia del hecho, la furia de Alma Tynewood, la fría sonrisa que se dibujaba en los labios de su esposo, todo pasó en un segundo y fue algo inolvidable. Lady Tynewood dio un paso atrás.

—Me las pagarás por esto, Pretoria Smith. '

—Pagaré un millón de veces más[1] que usted, aunque merezca usted un castigo un millón de veces mayor—dijo él gravemente; entonces hubo una interrupción dramática.

Se abrió la puerta y entró un joven.

Marjorie no había visto a Lance Kelman desde su boda; y se le quedó mirando, porque parecía que su rostro había cambiado en tan poco tiempo.

—Alma—dijo el recién llegado—, me dijeron que estabas aquí...—se detuvo al darse cuenta de la situación—. ¿Qué pasa? Tienes el retrato, ¿no?

Ella no contestó, y Lance vio entonces a Pretoria Smith.

—A ti te he cogido—dijo, en son de triunfo y señalándole con un dedo acusador—. ¡Tú eres Nor-

man Garrick, hermanastro de sir James Tynewood, a quien asesinaste hace cuatro años!

## 32

## PARA ACALLAR A PRETORIA SMITH

Fue Pretoria Smith quien rompió el silencio que siguió a aquella frase.

—Después de haber dicho esa maravilla y haber llamado lo suficiente la atención, debe usted marcharse antes que lo eche—dijo—; y usted con él, amiga mía—añadió, dirigiéndose a lady Tynewood.

Ella temblaba. Murmuró.

—Ha muerto. ¡Es verdad!

Se volvió y cogió a Kelman por un brazo.

—Vamos—dijo, y salieron juntos.

Pretoria Smith, desde la ventana, los vio desaparecer y luego se volvió, riendo.

—Bien, querida suegra—dijo—, ¿qué piensa usted de esto?

Mistress Stedman no sabía qué pensar.

—Es horrible—dijo, comprendiendo que aquello no comprometía a nada.

—¡Horrible!—repitió Pretoria Smith, y ella recobró su dignidad.

—Jamás ha sucedido eso en nuestra familia.

—Es una lástima—repuso Pretoria Smith—. ¡En la nuestra han pasado cosas mucho peores! Dos de mis antepasados fueron ahorcados y a uno le cortaron la cabeza. Así que puede usted decir que esto es herencia.

—¡Horrible, horrible!—mistress Stedman movió la cabeza—. Saldrá en todos los periódicos.

—No me importan los periódicos—dijo Pretoria Smith—, con tal que las revistas mensuales no se ocupen de ello. Pero ahora, en serio, mistress Stedman; no debe usted preocuparse, porque no hay de qué.

—Yo soy amiga íntima de lady Tynewood—dijo mistress Stedman abatida—. Y es para mí muy doloroso...

—Será usted amiga de lady Tynewood toda la vida—contestó amablemente Pretoria Smith—. No se preocupe.

Pero mistress Stedman no estaba dispuesta a consolarse; y subió a su cuarto a coordinar sus pensamientos, según dijo.

—¡Pobre señora!—comentó, sonriendo, Pretoria Smith—. Ya le costará trabajo coordinarlos.

—¿Qué significa esto?—preguntó Marjorie—. ¿Eres tú, realmente, Norman Garrick?

—No, no soy Norman Garrick—repuso él, con calma—, y a veces—añadió sonriendo—, no sé ni quién soy ni dónde estoy—lanzó un suspiro—. Creo que lo mejor será volver en seguida a África.

Precisamente, la posibilidad de su ida a África estaba siendo discutida en aquel momento por un comité de tres, de los que míster Javot formaba parte.

—Debe usted obtener el auto de prisión antes que se escape—dijo Kelman—. ¡Conozco a esa clase de gente! Ya le hemos advertido, y lo primero que sabremos de él es que se ha marchado en un vapor.

—Espere un minuto—dijo Javot—. Aclaremos una cosa. Dice usted que es Norman Garrick, el hermanastro de sir James. ¿Cómo lo descubrió usted?

—Fue algo difícil—contestó Lance Kelman, fijándose, lánguidamente, en lady Tynewood, que no estaba en aquel momento para miradas tiernas—. Fue una inspiración y el saber que estaba ayudando a una querida amiga, rehabilitándola a los ojos del mundo, lo que me hizo trabajar de noche y de día...

—Basta de tonterías—dijo Javot, con calma—. y díganos lo que ha descubierto.

Lance Kelman, turbado, tragó saliva.

—Bueno, pues... me fijé en los viajes del doctor Fordham. Llegó a Londres la semana en que usted se casó con sir James—se dirigía a Alma—. No pude conseguir la lista de pasajeros; pero supe que el doctor había llegado con un hombre que volvió a embarcar dos días después. La noche antes de marcharse, ese hombre se alojó en el Gran Hotel Occidental de Southampton, porque la partida del barco había sido aplazada. Estaba solo y dio el nombre de Norman Garrick. Está escrito en el libro de viajeros.

—¿Y eso fue dos días después de mi boda?—dijo Alma.

—Yo no lo juraría con tal exactitud—repuso Kelman—; pero una diferencia de uno o dos días no importa nada. El caso es que dio en el hotel el nombre de Norman Garrick; y la noche que desembarcó alquiló un auto que le llevó a Tynewood Chase. Me he enterado de esto por los del garaje. Esto era lo que sabía, hasta que se me ocurrió ir a hablar con mistress Smith, el ama de llaves del doctor Fordham. Usted recordará, Javot, que yo vine aquí y usted me dijo que lady Tynewood había visto a esa mujer.

Javot asintió.

—Pues yo seguí mis pesquisas de un modo diferente al de Alma—dijo con cierto tono de superioridad en su voz—. No pedí documentos, sino que, yendo al fondo de la cuestión, le pregunté si sabía algo de lo ocurrido hacía cuatro años, y ella me contestó...—se detuvo—que un hombre había sido asesinado en Chase.

—¿Cómo lo sabía?—se apresuró a preguntar Alma.

—Recordaba que el doctor había ido en taxi a la casa para coger vendas y algodón, y que parecía muy agitado. Le contó que estaba herido un señor; pero cuando volvió, repuso que había sido un

lapsus suyo, que lo que quiso decir era que había muerto de repente el hermano de sir James. Ella no sabía ni que estuviese enfermo ese hermano. No había criados en Tynewood Chase, excepto el portero de la verja, porque no vivía nadie allí; sir James iba pocas veces.

—Todo eso parece verdad—dijo, pensativamente, Javot—. Pero, ¿qué es esa tontería de un auto de prisión contra Garrick, o como se llame?

—Pues—repuso Kelman, algo defraudado—supongo que le detendrán cuando Alma dé parte a la Policía.

—Nada de detenerle—dijo Javot, anticipándose a la contestación de Alma—. ¿Y qué dijo de la iglesia de San Giles?

Lady Tynewood repitió las palabras de Pretoria Smith, y Javot inclinó la cabeza.

—Mira en tu estuche de joyas—dijo con aire significativo—, quizá encuentres que falta algo.

Ella subió y volvió al cuarto de hora con el rostro descompuesto.

—¡Lo tiene él!—dijo Javot sombríamente—. Creo que estás en una posición tan peligrosa como Pretoria Smith. Y realmente aún apostaría yo por él, porque ahora comienzo a comprender toda la verdad.

Luego miró al asombrado Lance Kelman y añadió:

—Vuelva usted esta noche. Ahora quería discutir unos asuntos particulares con lady Tynewood.

—¡Oh! Si molesto—repuso Lance, levantándose—, me marcharé.

—Sí, váyase—contestó el otro, con calma—. No olvide que cenamos a las siete y media.

Lance esperó a que lady Tynewood le ayudara; pero como no fue así, se marchó, sintiéndose muy ofendido, y con razón.

—Ahora, Alma—dijo Javot, cuando el otro se hubo ido—, creo que debemos examinar la situación sin hacernos ilusiones.

—¿Qué quieres decir?—preguntó ella, aunque bien lo sabía.

—Quiero decir que Pretoria Smith se ha llevado tu partida de matrimonio—dijo Javot—, y, desgraciadamente, no es la de sir James Tynewood, porque de esa, mediante unos pocos chelines, podríamos obtener una copia, sino que es la partida de un matrimonio que se celebró en la iglesia de San Giles, en Camberwell, entre un tal Augusto Javot y una Alma Trebizond Jones..., y de dónde sacaste el Trebizond solo Dios lo sabe, a menos que tu padre fuese armenio.

Ella se humedeció los labios.

—No se atreverá a acusarme de bigamia—dijo—. Le tenemos cogido.

Javot movió la cabeza.

—Querida esposa—repuso—, créeme: esa clase de hombres es muy difícil de coger. Lo mejor que puedes hacer es ir mañana a verle y tener una franca conversación con él.

—¡Hablarle!—exclamó Alma—. ¿Crees que estoy loca?

—Estarás loca si no lo haces—dijo él—. Por mi parte, a mí me encanta este sitio, y sentiré dejarlo; pero él nos ha pescado a los... o a ti, mejor dicho, porque yo no he cometido ningún delito, a no ser que sea delito perdonar tu bigamia.

—No lo haré—replicó ella, pero con más tranquilidad de la que Javot esperaba—. Déjame pensar. Aquí se ventilan para mí cosas más importantes que para ti.

Alma meditó durante toda la noche, y por la mañana, con gran sorpresa de Augusto, bajó temprano a desayunarse.

—Pronto te has levantado.

—Voy a cazar conejos—dijo ella.

—¿Qué te han hecho los conejos?—preguntó Javot, rompiendo la cáscara de un huevo.

—Necesito distraerme—repuso Alma—, y tengo ganas de matar.

—Buena suerte—dijo amablemente Javot.

Lady Tynewood, dejando el camino principal, tomó un sendero que cruzaba el campo y llegó a un recodo que formaba el límite de la finca de mistress Stedman.

A la sombra de un corpulento tejo, en donde estaba sentado fumando la pipa, la vio Pretoria Smith. Observó que dejaba la escopeta que llevaba apoyada contra la pared antes de entrar en la casa.

Diez minutos más tarde él fue allí y encontró contentísima a mistress Stedman, porque Alma había venido muy amable. Alma se volvió hacia Pretoria Smith cuando este entró y se adelantó hacia él, extendiendo una mano y sonriendo:

—Siento haberme portado tan mal ayer—dijo—. Espero que usted me perdonará.

El hizo como que no veía la mano; pero sonrió.

—Yo también le debo excusas—dijo, con animación; y Marjorie, que comprendió la comedia, se estremeció.

No podía adivinar lo que aquello significaba, porque su marido estaba tan alegre como Alma; bromeó con ella y habló diplomáticamente de su profesión de actriz y de su afición a las situaciones dramáticas. Cuando salieron al jardín, lady Tynewood cogió su escopeta.

—¿Para qué esa arma mortífera?—preguntó Pretoria Smith.

—Para los conejos—respondió lacónicamente Alma Tynewood—. Son un estorbo. Entran en el jardín y destruyen todo.

Entonces vio Marjorie algo que la horrorizó. Lady Tynewood sostenía la escopeta con tal descuido, que apuntaban los dos cañones al corazón de Pretoria Smith.

Si él lo vio, al menos no hizo ningún movimiento.

—No me gustan los conejos—dijo lady Tynewood; y apretó ambos gatillos.

Se oyó un doble chasquido y Alma bajó la escopeta aterrada. Pretoria Smith vio su rostro descompuesto; y sonrió.

—Me tomé la libertad de quitar los cartuchos antes de entrar en el gabinete, lady Tynewood—dijo suavemente—. No me gusta ver escopetas cargadas.

—Ha sido un accidente—exclamó ella.

—Desde luego—Pretoria Smith seguía sonriendo—. Y en este momento simpatizo con usted, porque está en un gran apuro, Alma Javot.

Los labios de ella temblaban. No podía evitarlo.

—No mayor que el de usted—dijo, al fin, en voz baja.

—Consúltelo con Javot—repuso Pretoria Smith; y dio la vuelta.

Marjorie le siguió al gabinete.

—Quiso matarte—dijo, agitada—. Vino aquí para eso.

—¡Oh, no!—repuso Pretoria Smith, dándole un suave golpecito en el hombro—. Te asustas sin necesidad. Cada vez te pareces más a tu madre.

—Dices eso para que me tranquilice—replicó ella—; pero es verdad, ¿no?

El asintió.

—Creo que sí. ¡Pobre mujer!—dijo—. La traté mal, pero sin odio ni malicia. ¡Piensa en la tentación que era para ella!—añadió—. No hablo de la tentación de matarme, sino de la de casarse con aquel pobre chico.

—La has llamado Alma Javot. ¿Por qué?

—Es mujer de Javot; y cuando se casó con... con mi hermano, cometió bigamia—dijo Pretoria Smith.

—Entonces... ¿él era tu hermano?

Smith asintió.

—Estoy dispuesto a seguir pasando una renta a Alma, y creo que debo enviarle rápidamente una nota en este sentido, antes que haga alguna locura.

—¡Pasarle una renta!—exclamó ella—. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que yo soy sir James Tynewood —dijo él con calma; y ella vaciló.

Creyendo que iba a desmayarse, él la cogió.

—Voy a sentarme—dijo Marjorie, con voz trémula—. Este ha sido un día muy agitado.

—No te caerás... ¿verdad?—preguntó él, inquieto.

—No... si tú me sostienes—replicó ella.

El otro se inclinó.

—Si te besara—dijo, con calma—, ¿subiría la sangre a tu cabeza y te levantarías indignada o te des-

mayarías?

—Tengo curiosidad por saberlo—replicó ella, con voz dulce—. ¿Por qué no pruebas?

## 33

## SIR JAMES TYNEWOOD HABLA

—Yo siempre he sido desde mi juventud un vagabundo—dijo Pretoria Smith—. Heredé la baronía cuando tenía diecisiete años y aún estaba en Eton. De Eton salí para África y venía muy poco a Inglaterra. La caza me entusiasmaba; y era un suplicio para mí el tiempo que había de permanecer en casa. Mi madre volvió a casarse, después de la muerte de mi padre, y tuvo un hijo, Norman Garrick. Sir John Garrick era su segundo esposo.

Norman era un muchacho muy rebelde; pero yo le quería, y cuando mamá murió, me hizo prometer que cuidaría de él. Su esposo había fallecido doce meses antes, y el chico quedó bajo mi custodia. No puedo decir que cumpliera los deseos de mi madre al pie de la letra. Supongo que mi egoísmo y el deseo de satisfacer mis aficiones me sacaron de Inglaterra y dejé al muchacho abandonado a sí mismo.

No sé cómo fue, pero el caso es que Norman, que era muy vanidoso, conoció a gente de teatro y debieron presentarle o presentarse él mismo como si fuera sir James Tynewood. Lo podía hacer sin peligro, porque a mí me conocía muy poca gente. Yo pasaba casi todo el tiempo en el extranjero; y Norman era más conocido, aunque se educó en el Continente e iba tan poco por casa como yo. El pobre muchacho perdió la cabeza. Gastó más de lo que tenía. Fal... falsificó mi nombre—Pretoria Smith había vacilado—. Sí, es mejor decir la verdad. Realmente disipó cien mil libras de mi fortuna, la mayor parte de las cuales fueron a parar a manos de esa aventurera, Alma Trebizond, como ella se hace llamar, cuyo verdadero nombre es Alma Javot.

Vanee, el abogado, descubrió que Norman se hacía pasar por mí, y le envió una carta por medio de Marjorie—curiosa coincidencia—para decirle que yo volvía al día siguiente y que lo mejor sería dejar a sus amigos y volver a la finca. Pero Vanee ya le había amenazado antes, y creyó que esto era otra falsa alarma.

Ignoro qué procedimiento emplearon para hacer que se casara con Alma Trebizond; pero realmente la boda se celebró y salió en los periódicos. Me enteré del matrimonio cuando el *Balmoral Castle* llegó a Southampton. Había estado cazando en Sudáfrica; el doctor Fordham me llevó el periódico, y los dos adivinamos lo ocurrido. Yo no sabía qué hacer. Nos alojamos en el Gran Hotel Occidental. Yo di el nombre de mi hermano, porque, indudablemente, con la publicidad que se había dado a aquella boda, si yo decía mi propio nombre, todo el fraude se hubiera descubierto.

Fui directamente a Londres..., tu me viste. A la tarde siguiente llegué a Tynewood Chase. Entre tanto, Alma había leído los diarios y había visto en uno una alusión al famoso collar de los Tynewood,

que es una joya nuestra. Se despertó su ambición y exigió a mi hermano que le entregara inmediatamente ese collar, el cual estaba en mi casa de Banca. Pero el pobre Norman, creyendo que lo guardaba en la caja de caudales de Tynewood Chase, fue allí, y estaba rompiendo una madera para abrir la caja, cuando llegamos Fordham y yo. Yo había citado a Norman en Londres, pero él faltó a la entrevista. Creo que tenía el desesperado proyecto de coger el collar y escaparse con Alma.

Discutimos un poco, yo sin mucho calor, me alegro al recordarlo ahora, y entonces Norman rompió a llorar y me contó la verdad; las falsificaciones, su casamiento y las demás locuras. Mientras hablaba, algo nos interrumpió. Llamaron a la puerta, y como no había criados en la casa, fue Fordham a hacer pasar a Marjorie.

Cuando volvió me encontró al lado del pobre Norman, que estaba sentado con la cabeza entre las manos. Creo que debía de tener en aquel momento el revólver en la mano, porque antes que pudiera yo comprender lo que sucedía, se oyó un tiro y él cayó al suelo.

Yo comprendí que mis reproches le habían obligado a suicidarse..., y de ahí las frases que me oíste pronunciar. Fordham se portó magníficamente. Arriesgó su carrera, dándome un certificado de muerte natural, y mi hermano fue enterrado en la capilla, como tú sabes.

Yo nada tenía que hacer sino marcharme en seguida y hacer lo que pudiese por guardar el secreto de Norman. Desde aquel día, como si hubiera muerto. Hablé con Varice y le dije que pasara una pensión a Alma, pero que no la dejaran entrar en Chase; y salí al día siguiente para África. Y esta es toda la historia—dijo Pretoria Smith—, porque ya se sabe cómo anduve por El Cabo y llegué a conocer al tío Salomón.

Marjorie le miró con los ojos abiertos, sin interrumpirle; y cuando hubo acabado, lanzó un largo suspiro.

—¡Sir James Tynewood!—dijo—. ¡Es maravilloso! Pero ¿quién era Jot? ¿Recuerdas ese nombre?

—Yo soy Jot—repuso sonriendo él—. Son mis iniciales: James Oliver Tynewood. En Eton me llamaban Jot, y siempre fui Jot para Norman. Debías haberlo adivinado.

—¿Que eras tú sir James? ¿Cómo?—preguntó ella, sorprendida.

—¿No sabes que es tradición en la familia que solo los Tynewood pueden casarse en nuestra capilla?

Ella asintió.

—Es maravilloso—dijo—. Aún no puedo creerlo.

—Su excelencia se acostumbrará, tarde o temprano—dijo él; y ella se ruborizó.

—¿Mi excelencia?—repitió—. ¡Ah!, claro, yo...

—Tú eres lady Tynewood—repitió Pretoria Smith.

—Estoy tan sorprendida...

El sonrió.

—¿Crees que si te besara desaparecerían las sombras de tu cerebro y verías las cosas con claridad?

—No sé—replicó ella, débilmente—; pero puedes probar.

## 34

## CONCLUSIÓN

Alma Javot recibió la carta de sir James Tynewood y lloró.

—Se ha portado muy bien—dijo a Javot—; pero yo pienso volver a Londres a trabajar en el teatro. Estará bien en los carteles *Alma* lady Tynewood.

—Todavía te meterán en la cárcel—replicó Javot—. Te llamarás Alma Trebizond, o hablaremos tú y yo.

Había un brillo en los ojos de Javot que ella ya había visto antes.

—De todos modos, no me quedaré aquí—contestó ella—. Si no puedo ser lady Tynewood de Tynewood, menos seré mistress Javot de Tynewood.

—Puedes ser mistress Javot de Kesington, si quieres—dijo su apacible esposo—, y con tal que te portes bien, no tienes por qué tener miedo. Yo me quedaré aquí cuidando de los cerdos. Puedes venir a pasar el fin de semana de un modo decente.

Ella le miró, sorprendida.

—Los años te vuelven cariñoso, Javot.

—Hazme una de tus monadas y verás—replicó Javot, sonriendo—. Pero esta es la vida que me gusta, Alma, entre rosas y abejas. Esto es vivir.

—Para mí, no.

—Lo será desde el sábado al lunes—dijo Javot; y su esposa accedió, pero no sin resistencia.

Mistress Stedman estaba ofendida. Había descubierto que su yerno era un baronet del Reino Unido, y había pensado ocupar ella el ala Este de Tynewood Chase.

—No hay ala Este, mamá—dijo Marjorie—. Además—siguió con esfuerzo—, yo no voy a vivir allí.

—¿Que no vas a vivir allí?—preguntó su madre, asombrada—. ¿Estás loca?

—Mi marido vuelve a África.

—¡Y te deja! ¡Qué tontería! Ya hablaré yo con él acerca de eso.

—No harás nada de eso, madre—dijo la joven, con calma—. Yo puedo cuidar de mis propios asuntos, sin que nadie me ayude.

Los ojos de mistress Stedman se llenaron de lágrimas.

—Comprendo—dijo amargamente—. Hasta mi propia hija se vuelve contra mí. ¡Se ha pasado al

bando de su esposo!

—No seas tonta, mamá—respondió Marjorie riendo—. El vuelve a África; de modo que yo no tengo nada que hacer en Chase. ¿Verdad, James?

—Jimmy me suena mejor—dijo sir James Tynewood, que había entrado en aquel momento—. No, en varias semanas, y aun meses, no iremos a vivir a Chase; pero he desistido de mi viaje a África. ¿Le importará que me quede aquí, mistress Stedman?

—Encantada, sir James—respondió la suegra.

—Y más tarde—dijo sir James Tynewood—vendrá usted a Chase con nosotros. Construiremos un ala Este que tendrá una vista preciosa.

Mistress Stedman miró triunfalmente a su hija.

—Has estado oyendo—afirmó Marjorie, cuando su madre se hubo ido.

—Claro que sí. Me paso la vida con el oído pegado a las puertas—repuso sir James.

—¿Y no vuelves a África del Sur?

—Me quedaré aquí—dijo Jim.

Hubo una pausa.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en poder ir a Chase?—dijo ella.

—Semanas y semanas—contestó, con amabilidad, Jim—. ¿Estás segura de que a tu madre no le molesta que me quede aquí?

—Está encantada por tener un verdadero baronet en la casa—dijo la joven—. Pero, ¿no es muy húmeda tu habitación?

—No, no mucho—repuso él, sorprendido—. Jamás he visto ninguna señal de humedad.

—¿No es tremendamente incómoda?—dijo ella.

—De ningún modo—replicó Jim—. Nunca me he quejado.

—¿No tienes a veces deseos de levantarte y de calentar té en una estufa eléctrica?—preguntó Marjorie, ya desesperada.

James Tynewood sonrió y la cogió por una oreja.

—Lo haremos—dijo.